



PHARMAKON

Digital

REDE TYA DO CAMPO FREUDIANO - RED TYA DEL CAMPO FREUDIANO

AVILMAR MAIA - "Caixa de Pandora", 38x26x17cm - Resina, pó de granito. 2016.



LA ESPECIFICIDAD DE LA TOXICOMANÍA

NOVIEMBRE 2016 - Vol 2



COMITÉ EDITORIAL:

Directora:

Elisa Alvarenga

Editora en portugués:

Maria Wilma de Faria

Comité editorial:

Cassandra Dias, Claudia Maria Generoso, Leonardo Scofield, Luiz Francisco Espindola Camargo, Márcia Mezêncio, Maria Célia Kato, Oscar Reymundo, Pablo Sauce.

Editor en español:

Darío Galante

Comité editorial:

Raquel Vargas, Maximiliano Zenarola, Claudio Spivak, Marcos Fina, Miriam Pais y Estefanía Elizalde.

Consultores:

Judith Miller, Ernesto Sinatra, Fabián Naparstek
Antonio Beneti, Jesús Santiago

Creación y publicación:

Bruno Senna

LA ESPECIFICIDAD DE LA TOXICOMANÍA
NOVIEMBRE 2016 - VOLUME 2

EDITORIAL	5
ADOLESCENCIA	
TOXICOMANÍA Y ADICCIÓN EN UN CASO DE UN ADOLESCENTE <i>Claudia Maria Generoso</i>	8
UN PARTENAIRE POSSIBLE PARA LA INFANCIA INTOXICADA <i>Gabriela Dargenton</i>	11
CONFERENCIA	
CIERRE DE LAS JORNADAS DE ESTUDIOS DE CARTELES DE LA ESCUELA FREUDIANA <i>Jacques Lacan</i>	15
CLÁSICOS	
PARA UNA INVESTIGACIÓN SOBRE EL GOCE AUTOERÓTICO <i>Jacques-Alain Miller</i>	25
ENTREVISTAS	
INTRODUCCIÓN	32
NATALIA ANDREINI	33
OSCAR REYMUNDO	36
PABLO SAUCE	38
RAQUEL VARGAS	40
ESTÉTICA DEL CONSUMO	
RESEÑA DEL LIBRO DE JÉSUS SANTIAGO: LA RUPTURA CON EL GOCE FÁLICO Y SUS INCIDENCIAS EN EL USO CONTEMPORÁNEO DE LAS DROGAS <i>Lilany Pacheco</i>	44
TEXTOS TEMÁTICOS	
CINCO AXIOMAS APLICADOS A LA CLÍNICA DE LA TOXICOMANÍA <i>Darío Galante</i>	48
LA ESPECIFICIDAD DE LA TOXICOMANÍA <i>Maria Wilma Faria</i>	54
UN TIRANO ABSULOBO <i>Jean-Louis Aucremanne</i>	58
EL JUEGO DE AZAR: UNA ADICCIÓN SINGULAR <i>Rodolphe Adam</i>	61



LA FUNCIÓN DEL TÓXICO EN LA ERA DEL HIPERCONSUMO

Eugenio Díaz

67

CON LA MANDÍBULA ENTUMIDA

Ana Viganó

70

DE UNA ADICCIÓN A OTRA

Nelson Feldman

73



EDITORIAL

Elisa Alvarenga (Belo Horizonte, Brasil)

Analista Miembro de la Escuela (AME) de la Escola Brasileira de Psicanálise (EBP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP)

Luego del lanzamiento de la Revista **Pharmakon** Digital con el tema “Imágenes e intoxicaciones”, que privilegió las adicciones contemporáneas ligadas al «imperio de las imágenes», este número de **Pharmakon** Digital retoma la propuesta formulada por Mauricio Tarrab al final del II Coloquio Internacional de la Red TyA, que se desarrolló el día 3 de septiembre de 2015, en la víspera del VII Encuentro Americano de Psicoanálisis de la Orientación Lacaniana, de que retornemos a la cuestión de la especificidad de la toxicomanía entre las adicciones: ¿qué podemos decir de la fijación de un sujeto al objeto droga? ¿Habría una especificidad de la toxicomanía en relación a otras adicciones, características, o no, de la contemporaneidad?

Con su versión bilingüe, el primer número de **Pharmakon** Digital fortaleció los lazos de la joven Red TyA-Brasil con la sólida Red TyA-Argentina, trayendo nuevos aires al trabajo desarrollado por colegas de las otras Escuelas de la AMP. Ya en este segundo número, la estructura de la Red TyA, que acompaña los contornos del Campo Freudiano, tal como lo deseó Judith Miller, sea en América, sea en Europa, es posta de relevo para la elección de los autores invitados, oriundos de diferentes países de nuestro Campo, homenajeando el esfuerzo de Judith Miller para hacer existir una verdadera Red de Investigación que nos permita avanzar en el abordaje de las toxicomanías, el alcoholismo y otras adicciones, dentro de la orientación lacaniana de psicoanálisis.

Partimos de la conferencia de Lacan en la clausura de las Jornadas de Carteles de la Escuela Freudiana de París, en abril de 1975, en la cual Lacan presenta una definición hasta entonces inusitada: «La droga es lo que permite romper el casamiento con el pequeño hace pipí». Esta conferencia de Lacan, donde está en el orden del día el concepto de *parlêtre*, correlato de una definición del inconciente a partir del agujero, nos permite pensar la droga como aquello que posibilita un rechazo mortal del inconciente.

Agradecemos a Jacques-Alain Miller por la autorización para publicarla, así como también para la republicación de su texto, clásico en la Red TyA, *Para una investigación sobre el goce autoerótico*. A partir de su tesis de la experiencia toxicómana como insubordinación al servicio sexual, Miller propone una diferenciación entre el goce de la droga y el goce homosexual, y, finalmente, entre el goce de la droga y el goce autoerótico, masturbatorio, que no pasa por el cuerpo del otro, pero que asegura al sujeto su casamiento con el pequeño hace pipí. Este último, que pasa por el goce fálico y es compatible con la presencia del otro imaginario en la fantasía, nos permite pensar la especificidad de la toxicomanía, que no pasa por el Otro, ni tampoco por el goce fálico. A partir de estas premisas, que orientan este número de **Pharmakon** Digital, cada autor tratará, a su manera, nuestra cuestión.

En la Sección *Entrevistas*, cuatro colegas –Oscar Reymundo, Pablo Sauce, Raquel Vargas y Natalia Andreini– responden las dos preguntas formuladas, destacando lo que para ellos constituye lo específico de la

fijación a la droga. La genial idea de Lacan, que evoca el goce del toxicómano con la figura «de las cosquillas a la parrilla», puede servirnos para pensar la diferencia entre las adicciones, en las que todavía opera el falo, y las verdaderas toxicomanías.

Los *Textos Temáticos* muestran, desde diferentes perspectivas, la especificidad de la toxicomanía, o mejor aún, su diferencia con las adicciones específicas. Como apunta Maria Wilma Faria, si en la primera impera la fijeza de un modo de goce, en las segundas tenemos la repetición significante. Trátase de saber de qué sustancia hablamos cuando la droga se introduce en el cuerpo, cuya sustancia es para Lacan «sustancia gozante». Darío Galante destaca la importancia del término *parlêtre* y del síntoma como acontecimiento de cuerpo, para retomar los principios éticos presentados en cinco axiomas propuestos por Jacques-Alain Miller, que nos orientan al recibir sujetos hipermodernos, tales como los que encontramos en la clínica de las toxicomanías. La figura del adicto nos sirve como contraejemplo para destacar la especificidad del goce del alcohol o de la droga: Rodolphe Adam muestra cómo la figura del jugador permite diferenciar, desde Freud, los determinantes de un caso de adicción de aquellos de un caso de toxicomanía, así como Nelson Feldman, en un caso de adicción a la pornografía, revela sus determinaciones significantes. Por otro lado, Jean-Louis Aucremane presenta un caso tratado institucionalmente que demuestra las coordenadas de la elección de la droga en la dirección del tratamiento de un verdadero toxicómano. Eugenio Díaz muestra que la función de la droga como brújula clínica permanece vigente, a pesar de las «neurociencias del consumo» y de las adicciones contemporáneas; en cuanto a Ana Viganó, trabaja cómo la «narcocultura» permite una aproximación a la fase más oscura del objeto droga y a su satisfacción alojada en el cuerpo.

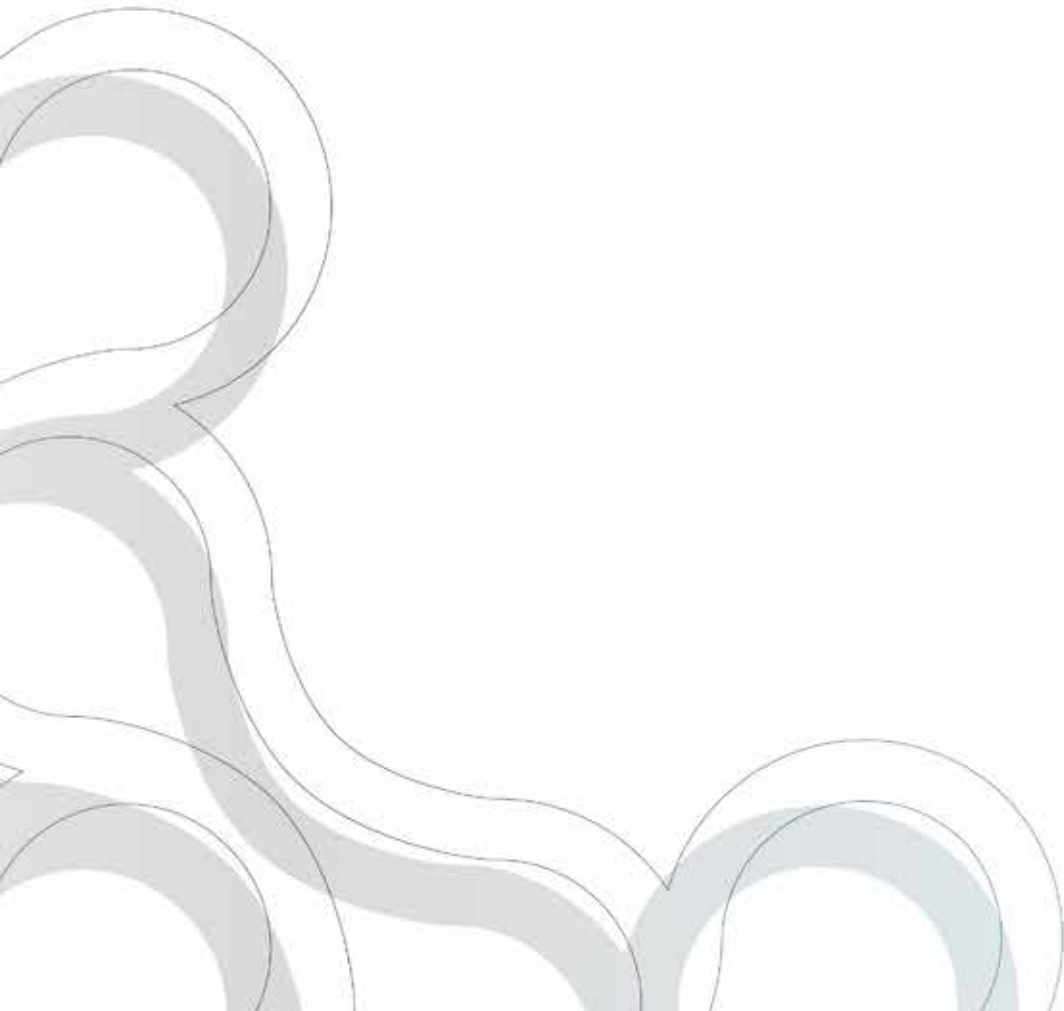
En la Sección *Adolescencia*, Gabriela Dargentón y Cláudia Generoso comparten su práctica clínica con los niños y jóvenes, y las aporías e invenciones en la dirección del tratamiento de los cada vez más jóvenes pacientes usuarios de drogas, un desafío más para la Red TyA.

Y, finalmente, en la Sección *Ética de Consumo*, tenemos la reseña hecha por Lilany Pacheco del libro de Jesús Santiago, *La droga del toxicómano*, que será relanzado brevemente entre nosotros, teniendo en cuenta el alcance y el actual horizonte clínico diseñado por la ultimísima enseñanza de Lacan. La discusión exhaustiva de la tesis de Lacan sobre la droga nos llevará a las diferentes posibilidades de coexistencia o exclusividad entre la forclusión del goce fálico y la forclusión del Nombre del Padre, abriendo nuevas perspectivas de investigación.

Agradecemos una vez más a Judith Miller por haber sustentado la apuesta del Campo Freudiano en la Red TyA, y a Jacques-Alain Miller por su apoyo para que pudiéramos publicar el texto de Lacan y el suyo, piedras angulares en la clínica de las toxicomanías. Y, finalmente, agradecemos a Mauricio Tarrab – cuyo deseo nos orientó en el de desafío de retornarnos, de manera decidida, a la especificidad de la toxicomanía en el vasto campo de las adicciones –, así como a los autores que nos acompañan en esta empresa.

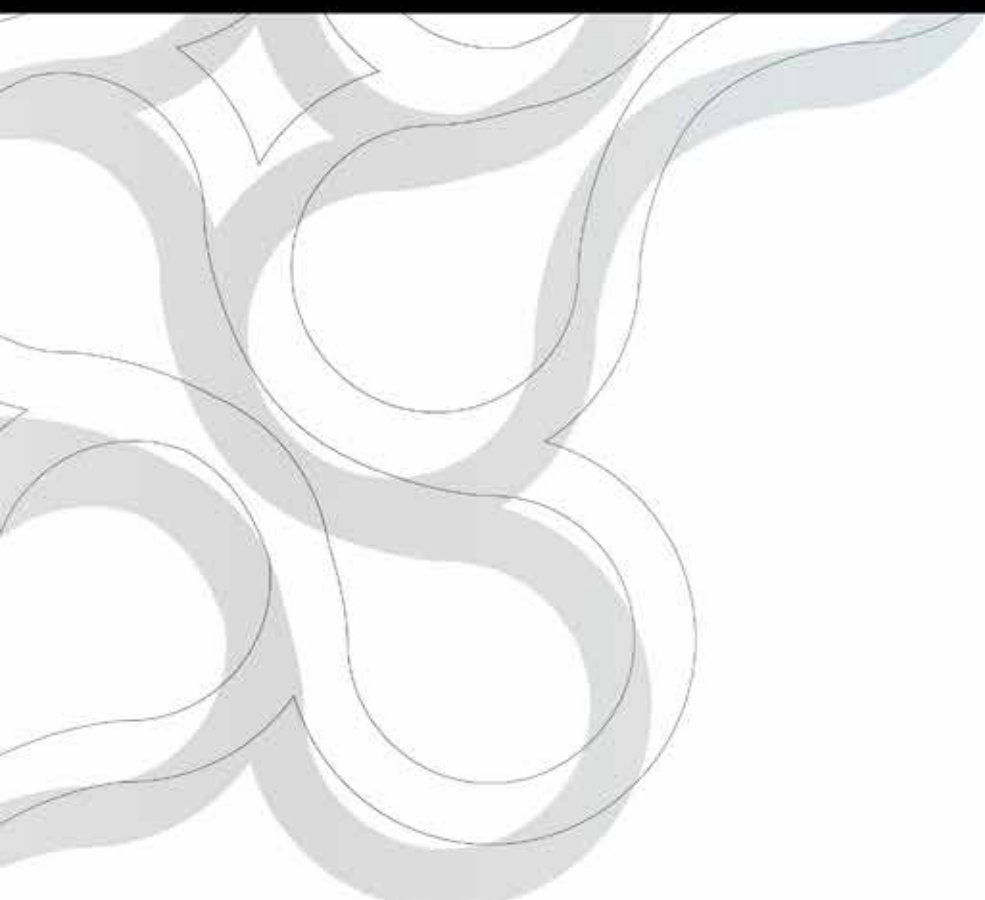
¡Buena lectura!

Traducción del portugués: Darío Galante



 PHARMAKON Digital

ADOLESCENCIA



TOXICOMANÍA Y ADICCIÓN EN UN CASO DE UN ADOLESCENTE*

DRUG ADDICTION AND ADDICTION IN A TEENAGER CASE

Cláudia Maria Generoso (Belo Horizonte, Brasil)

Psicoanalista, Psicóloga en Centro de Atención Psicosocial de Alcohol y Drogas, coordinadora adjunta del Núcleo de Toxicomanía do Instituto de Psicanálise e Saúde Mental de Minas Gerais

Resumen: A partir de un caso clínico se pretende trazar una diferenciación entre las toxicomanías y las adicciones en la adolescencia.

Palabras claves: adolescencia, toxicomanías, adicciones.

Abstract: From a clinical case it is intended to outline a distinction between drug addictions and addictions in adolescence.

Keywords: adolescence, drug addiction, addiction.

Si la diferenciación entre las toxicomanías y las adicciones es algo difícil de hacer, en la adolescencia tal diferenciación se torna aún más imprecisa. En esta etapa, la búsqueda de nuevas sensaciones a través de objetos de consumo, de juegos virtuales, del uso de sustancias en el cuerpo como el alcohol y otras drogas se hace presente. El uso de drogas no siempre se torna una toxicomanía, puede funcionar como un fenómeno de socialización y separación de la vida infantil, como una forma de lidiar con la mutación del cuerpo y el llamado al no saber sexual. Ya podemos situar a las toxicomanías como lo que Miller (1995) nominó *goce autoerótico y ruptura con el Otro*. Recorro el caso de «Humo» para intentar distinguir estas dos vertientes: adicciones y toxicomanías.

«Humo» tenía 17 años cuando fue traído por su madre debido al uso de drogas y su participación en delitos. Estaba amenazado de muerte a causa de deudas con el tráfico, lo que lleva a la familia a mudarse constantemente. El modo de vestirse y hablar eran típicos del mundo del hip-hop: gorra, cadenas, ropa que a los ojos de la madre parecían de un delincuente. No se reconocía sin la gorra ni las cadenas, con una cruz en el cuello. Se propone cambiar su vida, había dejado las drogas desde hace unos días, así como el delito. *Hacia todo lo que la madre quería, igualmente ella lo insultaba queriendo más cambios*. Distinguía las funciones de las drogas que usaba: cocaína cuando precisaba *tener coraje para hacer acciones en los delitos, como robar o matar*; lanza perfume debido a su efecto rápido, que lo dejaba tonto; marihuana para calmar su cuerpo y su pensamiento.

Conoce la marihuana a los 12 años a través de un amigo que se tornó un referente en su vida, aunque sabía que era un camino errado. Dice haberse *viciado* con los juegos de la computadora *Grand Theft Auto* (GTA) a los nueve años, después le gustaba la temática de los enfrentamientos entre las facciones, robos y muertes, mundo que lo atraía. En la misma época comenzó a robar impulsado por su amigo. A los trece pasó a vender drogas y se envolvió en el tráfico en la función de *vapor***. Encontró también un grupo en el barrio que considera como familia, siendo reconocido y respetado. El sobrenombre «Humo» debe ser por el hecho de estar

siempre envuelto por el humo de la marihuana.

Fue en uno de los enfrentamientos del tráfico que su mejor amigo murió, después de que comenzó a matar personas para los traficantes. Al realizar los disparos las personas gritaban pidiendo que no las mataran. El recuerdo de esos gritos retornaba *perturbándolo*, siendo uno de los motivos que lo llevaban a usar marihuana: relajar, alejarlos de su mente. Perturbación que denomina *recuerdos del mal que hizo a otros*. Se siente nervioso y no le gusta que evoquen el nombre de *pelada*, refiriéndose al término *desgracia*, muerte. Al ver a su amigo muerto se apropia de la cruz que él llevaba en su cuello. Pasa a considerar que carga la cruz de la muerte de su amigo, aunque no haya sido el autor del crimen. La muerte siempre ronda en su vida, desde las amenazas en las palabras de su madre de «¿por qué naciste?» Lo nomina de *mentiroso, manipulador, sin juicio*, lo amenaza con dejarlo solo en el mundo, aunque siempre se muda de vivienda con él. El padre nunca lo asumió como hijo. De él le quedaron las marcas del *vicio por el juego* (cartas, máquinas electrónicas, fútbol) y la nominación materna de ser manipulador y sin juicio, así como el padre.

Asocia el encuentro con las drogas con el abandono sentido a los 11 años, al percibir que la madre cuidaba más a su hermana menor. El segundo embarazo de la madre coincide con la etapa en la que *Humo* comenzó con los problemas en la escuela, tomando a su amigo como referente. Momento delicado de la entrada en la pubertad, pasando a tener sentimientos inquietantes de abandono y la elección de un Otro del delito como referencia en la vida.

Siguiendo a Miller (2016, p. 24), actualmente «la pubertad desemboca sobre una realidad degradada e inmoral» donde los jóvenes evocan el gran Otro bajo una forma degradada y nociva. En el momento de salida de la infancia, *Humo* encontró en el grupo del barrio *otra familia*, compartiendo *giras*, robos, drogas, llevándonos a pensar en lo que Miller llamó socialización sintomática.

Durante el tratamiento *Humo* evidenció un comportamiento irritable, siempre hablando *sobre el delito y la voluntad de matar a alguien*, causando incomodidad a las personas. Era constante el pedido de medicación para estar calmo y que no le importaran los problemas en su casa, como los *reclamos y exigencias* de la madre. Muchas veces tomaba medicación de más, y asimismo somnoliento insistía en ser medicado. Buscaba con la medicación los mismos efectos que obtenía con la marihuana: calmarse, función singular de esa droga para el malestar vivenciado en el cuerpo. Avalaba sentirse mejor con la marihuana, sin estar dopado, y pensaba en retomar el uso de esta droga.

El mundo de las drogas y el delito era una perspectiva que siempre retornaba, siendo atormentado por pensamientos de *vender el alma para el demonio y conseguir lo que quería*, tal como tener a su ex novia a su lado. Sabe por un traficante que, al hacer ese pacto, tuvo todo lo que deseaba. Pero la novia, así como la madre, exigían que estuviese limpio, sin las drogas y el delito. Resistía al pacto por saber que sería cobrado por el diablo, que tomaría su vida y lo mataría. Considera el camino fuera de las drogas y el delito como muy lento, no ve efectos inmediatos de lo que quiere, sugiriendo un movimiento de cortocircuito entre el ver y el concluir que se muestra mortífero. Es sobre esos conflictos que conversamos en el tratamiento, apostando a la posibilidad de

tener un tiempo mayor para conseguir construir caminos menos devastadores.

El comentario de Maria Wilma apunta a las diferencias entre las funciones del uso de las drogas en la vida de *Humo*, delimitando las vertientes de las toxicomanías y de las adicciones. La marihuana como droga de preferencia cumple una función de aplacar la angustia sentida en su cuerpo y en los recuerdos perturbadores concernientes a la muerte, pensándolo más en la vertiente de las toxicomanías. Como dice Miller (1995), es «un objeto de la más imperiosa demanda», en una relación de goce sin límites, causando la desaparición del sujeto. Es la misma función que buscaba con la medicación, entrando en el movimiento reiterado de desligamiento designado por él como calmar, alejar el malestar que no cesaba. Es con esa droga que ganó una identidad a través del sobrenombre *Humo*, representando el efecto de la nominación. En la vertiente de esa designación, *humo* puede ser tanto lo que borra frente a la visión de un Otro, que obstruye, como lo que le da una posición de ser respetado. Mientras que la cocaína y el lanza perfumes son usados con cierta medida para dar coraje para cumplir una tarea, divertirse con el grupo. La marihuana ejerce un papel ambiguo de desligarlo, separarlo de la perturbación que retorna por la vía materna –la muerte– y de darle un lugar simbólico.

Sobre las adicciones, podemos situarlas antes de la relación tóxica con la marihuana, cuando era viciado con los juegos GTA, reeditando un trazo que advenga del padre. Esa vertiente de su adicción se configura por las marcas paternas transmitidas por la madre: *sin juicio, manipulador y adicto a los juegos*. Valiéndose de eso es que opera, mismo con toda la debilidad, este padre. Podemos indagar, así, si las drogas –y con ellas las amenazas de muerte, el borramiento del sujeto– no serían, al principio, una manera de este joven de romper y separarse del Otro parental, mucho más de que una manera de que el hablante encontrara su lugar en el mundo, ofreciendo una brecha para las toxicomanías.

Traducción del portugués: Estefanía Elizalde

NOTAS

* Caso clínico presentado en el Departamento de Toxicomanía (TyA) del IPSM-MG el 05/04/16 y comentado por Maria Wilma Faria, a quien agradezco sus comentarios.

** Es quien vende las drogas en los puntos de tráfico. Tiene la responsabilidad de tratar bien a la clientela y cobra una suma de dinero o de drogas. [N. del Trad.]

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

MILLER, J.- A. “Em direção a adolescência”, en *Opção Lacaniana. Revista Brasileira Internacional de Psicanálise*, N° 72, São Paulo, Edições Eolia, 2016, p. 20-29.

MILLER, J.- A. “Para una investigación sobre el goce autoerótico”, en *Fundamentos de la clínica I*, Buenos Aires, Atuel – TyA, 1995.

UN PARTENAIRE POSSIBLE PARA LA INFANCIA INTOXICADA

A POSSIBLE PARTNERSHIP FOR THE INTOXICATED CHILDHOOD

Gabriela Dargentón (Córdoba, Argentina)

Analista Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, AE (1999-2002), Responsable del Departamento de Investigación de Psicoanálisis con niños CIEC N.R.C., Directora Editorial de la Revista "Notas de Niños"

Resumen: El trabajo se propone abordar la cuestión de las adicciones en la infancia y el particular lugar del analista en ello.

Palabras clave: infancia, adicciones, psicoanálisis.

Abstract: The papers deals with addictions in childhood and the role of the psychoanalyst therein.

Keywords: childhood, addictions, psychoanalysis

Tuve que constatar en la clínica que el problema del consumo –alcohol en estos casos que recibí en mi consultorio privado– tomaba relieves jamás vistos antes. No me refiero solamente a la cantidad (ni de lo que consumen, ni de las demandas) sino al relieve que le da la temprana edad que tienen los que consumen –apenas 10, 11 años– y la naturaleza, diría, de cada una de estas demandas de niños.

Fue necesario detenerme en una detallada exploración clínica para escuchar la cualidad del *partenaire* en cuestión en cada caso (el alcohol, aunque quizás, más precisamente, *la petaquita*) y la trama en que éste se introdujo en la economía libidinal del niño. Quiero decir que, en algunos casos, el consumo de alcohol no fue el motivo de consulta, quizás ni era su demanda, sino que fue necesario un trabajo sereno y seguro para encontrar con cada uno *lo* que llevaba «la petaquita del lado de adentro del saco». Allí se recortó –luego de un tiempo de trabajo– un gesto que se repetía sin pensar: tocarse el lado interior del saco donde se escondía ese objeto, luego de lo cual había alivio.

El *partenaire* analista con el que hice frente a cada uno en ningún caso se vistió de superyó, ni apelé al par prohibición-permisos del consumo, sino que cada uno mostraba una vía en la que lo sólo del Uno del cuerpo primaba, y el hablante no estaba allí para decir, para comparecer con el Otro el hecho de cómo fue que esa satisfacción vino a esa soledad. Algo enmudecía, con la forma de un silencio en el borde mismo del cuerpo donde la satisfacción del consumo venía a no cesar de no escribirse. A ese singular sitio –el de encarnar silenciosa pero expectante de que «hay para decir»– fue a parar el deseo del analista en cada caso, por los meandros de sus singulares gustos. No olvidaba a J.-A. Miller cuando nos dice: «Lo real del vínculo social es la inexistencia de la relación sexual. Lo real del inconsciente es el cuerpo hablante» (Miller, 2014, p.31.). Arrancarle palabras al silencio mismo con el que se taponaba la satisfacción y el agujero oral fue la apuesta.

El hecho de que la demanda, en cada caso, no se originase en el problema crucial del consumo no fue un

obstáculo; por el contrario, fue la vía que me permitió adentrarme en escuchar la función que en cada uno tenía el alcohol. Y, al hacerlo, escuchar la paradoja que consistía en un funcionamiento que, estando destinado a soportar el lazo social –si no la inhibición paralizaba el cuerpo– la consecuencia era quedar «planchado». Es decir que, al mismo tiempo que se separaba del Otro, lo construía de una manera posible de abordar: el mundo no era tan enorme.

En este sentido es que dije que, si bien la sustancia del alcohol toma cierta independencia luego en las consecuencias de goce que escribe en el cuerpo, es la petaquita la que da la consistencia de un objeto que alivia cuando es palpado cada mañana antes de salir. Era un objeto sobre el cuerpo que garantizaba que se podría soportar el lazo.

Éric Laurent (Laurent, 1991, p. 71) señala que es «en la toxicomanía donde se observa el esfuerzo, el más sostenido, para encarnar el objeto de goce en un objeto del mundo. [...] y que en esto lo que se busca es la verificación del vacío que rodea al goce en el ser humano».

ÉPOCA, CONSUMOS Y PADRE

VERIFICAMOS CADA VEZ MÁS CÓMO LA TRANSFORMACIÓN DEL ORDEN SIMBÓLICO Y, CON ÉL, LA CAÍDA DE LOS SEMBLANTES QUE TRAMABAN UNA RED QUE ENVOLVÍA AQUEL REAL, TRANSFORMÓ –ENTRE OTRAS COSAS– LAS FORMAS FAMILIARES Y, CON ELLAS, LOS ELEMENTOS QUE LAS CONSTITUÍAN. EL PADRE, QUE ATESORABA SER UN GUARDIÁN DE LA LEY EN EL DESEO, ES HOY MÁS BIEN UN HIJO DE LA LENGUA, UN INSTRUMENTO POSIBLE ENTRE OTROS PARA ABROCHAR LAS SATISFACCIONES DIVERSAS ENTRE EL CUERPO Y LAS PALABRAS. EN UN SIGLO DONDE –COMO DICEN LOS SOCIÓLOGOS– EL BIEN MÁS PRECIADO ES EL TRABAJO (POR SU FALTA), EL PADRE DEL SEMINARIO XVII, ESE QUE SE DEFINE POR SER «EL QUE TRABAJA» EN EL SENTIDO DEL AMO MODERNO, ES HOY MÁS BIEN UN ESCLAVO, SI ES QUE LO TIENE AL TRABAJO.

Padres presentes en el discurso del niño, en su condición de «grandes trabajadores», me demostraban cómo el consumo en la infancia no viene necesariamente de la mano de la psicosis, sino que también puede hincarse en una fuerte idealización imaginaria del padre por parte del niño, que si bien no deja anónimo ese deseo, lo hace más bien inalcanzable. De este modo, la idealización y la soledad infantil podrían ser cara y contracara de la misma banda. A mayor idealización en la época del Otro que no existe, más afecto del solo «en el cuerpo». Vale decir que, si la consecuencia real del padre en la lengua se esfuma, se evapora, la idealización se transforma, en muchos casos, en una experiencia de exigencia superyoica vacía. Así, el cuerpo del niño queda a expensas de cualquier encuentro fatídico que alivie o disipe en algo el empuje feroz del superyó.

En un tiempo donde ningún ideal está convocado a responder respecto de algún lazo, el efecto del consumo de alcohol en la infancia como experiencia en el cuerpo acompaña una soledad que, así, se profundiza, por supuesto, y toma la cara de la pulsión de muerte.

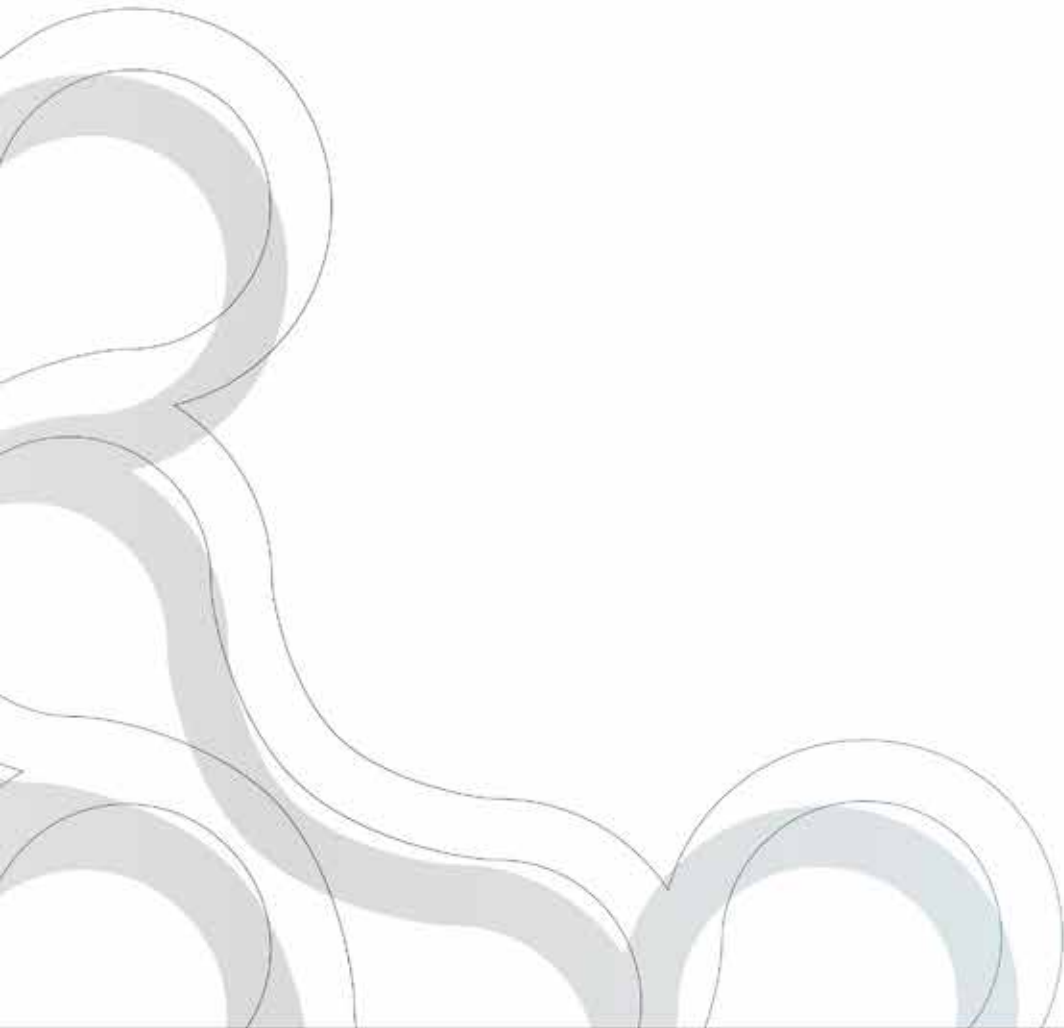
En nuestra época actual, la oferta de trabajos cada vez más competitivos y con regímenes de exigencia infernales, ocupan gran parte del goce del padre. Este desdobra así su satisfacción entre la obtención fálica, en cierto sentido viril de su posición de sostén de familia, y la satisfacción de la obtención de objetos a consumir a la altura de la época. La contrapartida es, en muchos casos, también doble: la soledad de los cuerpos y, por otra parte, lo que subrayo del rasgo más difícil para tratar en los casos de niños, la interpretación del niño del padre idealizado para vérselas con esa forma de presencia paterna, una operación subjetiva del niño.

En su libro, F. Naparstek desarrolla detalladamente las diferencias que se encuentran entre las distintas concepciones de Lacan respecto del padre y su incidencia con el consumo. Allí señala claramente que: «[...] ese padre Ideal tiene una contracara, de tan muerto que es, de repente aparece –aunque sea en una fiesta cada tanto– la ferocidad del goce. Lo que se presenta es lo que no se pudo tramitar, ese goce que es siempre inherente a la vida, es decir, aquello que del padre no se pudo terminar de matar» (Naparstek, 2005, p. 69). Es una bella fórmula para indicar un camino ético posible que atravesase el ideal en favor de atrapar algo del Real en juego. Es preciso, para eso, como lo dice Jacques-Alain Miller, «llegar a las tripas con la interpretación» (Miller, 2014, p. 32).

Quizás el psicoanálisis pueda ofrecer un tipo de lazo donde el objeto en juego pueda revelar su condición de semblante y el analista pueda a su vez captar también esa forma singular que tiene lo Real en cada síntoma para reinventar, a partir de allí, con cada niño un mundo en el cual vivir como niño no tenga por condición «ser un grande».

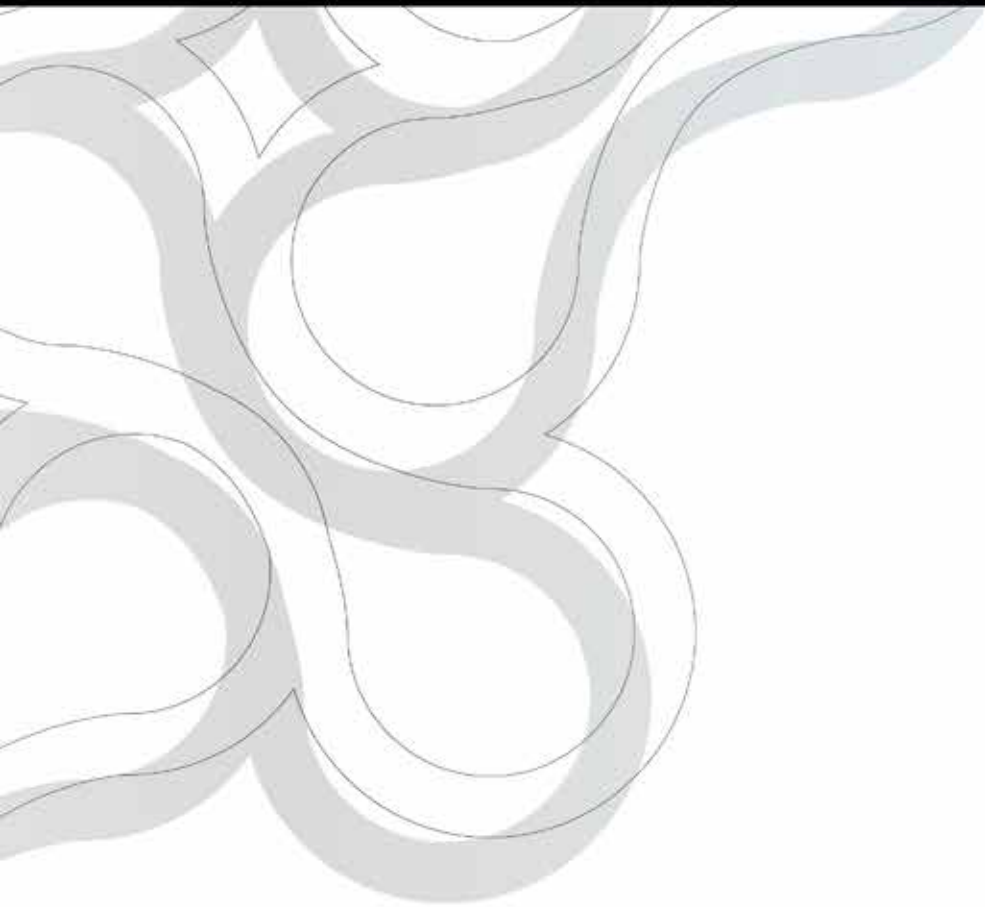
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- LAURENT, E. “Del hacer al decir. Sujeto, goce y modernidad. Nueva serie”, Ed. Plural, 1991.
MILLER, J.-A. “El inconsciente y el cuerpo hablante”, en *Revista Lacaniana* n° 17, Ed. Grama, Noviembre 2014.
NAPARSTEK, F. “Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo”, Ed Grama, 2005.



 PHARMAKON Digital

CONFERENCIAS



CIERRE DE LAS JORNADAS DE ESTUDIOS DE CARTELES DE LA ESCUELA FREUDIANA*

CLOSING OF CARTEL STUDY DAYS OF FREUDIEN SCHOOL

Jacques Lacan

Resumen: En el texto el autor presenta la estructura de un “cartel” y también otros dispositivos de la Escuela. Articula el agujero de lo simbólico con el cuerpo como imaginario y con el real sin sentido. Lacan dice que la droga es una manera de romper el matrimonio con el “pequeño pipí”.

Palabras clave: cartel, jouissance, castración, falo, droga.

Abstract: In the text the author presents the structure of a “cartel” as well as other devices of the School. He articulates the symbolic hole with the body as imaginary and with the senseless real. Lacan states that the drug is a way of breaking the marriage with the «little peepee”.

Keywords: cartel, jouissance, castration, phallus, drug.

He dicho ciertas cosas, y lamento que mi querida Solange no haya estado, pero –¡a pesar que sin embargo es su costumbre!– no podía estar en todas partes a la vez, entonces voy a repetirlas para ella. He dicho algunas cosas cuya esencia se refiere a la matemática y partía –dado que esa es la ley de la palabra, el que uno se refiera a palabras anteriores– de Bertrand Russell, que no es un recién llegado entre los matemáticos, muy lejos de ello, porque es él quien en los *Principia* que sospecho que ustedes conocen, que al menos tienen ustedes este título en su cabeza, fue quien llegó a enunciar que los matemáticos no sabían de lo que hablaban. Le propuse una modificación de esta fórmula a alguien que tiene una formación matemática, y obtuve la aprobación de otra persona a la que no conozco, una joven que se presentó luego como matemática. Parece que a ella (no sé si para el matemático del que hablo lo que dije tenía algún sentido) esto le produjo alguna satisfacción, el que yo haya sustituido este “no saben de lo que hablan”, por un “por el contrario saben muy bien de quien hablan”.

Voy a limitarme por el momento a esto, porque al “de quien” en cuestión –que puede estar soportado por un nombre, por una referencia–, llamarlo matemática, es dar a la matemática, como me lo hicieron ver, el valor de una persona. Podemos hacer la pregunta. Por supuesto se han hecho objeciones a la cuestión. De todos modos podría sostenerse que una persona, que pudiendo considerarse esencialmente como lo que es, sustancia para un pensamiento, es decir lo que llamamos sustancia pensante, no está excluido que podamos empujar las cosas lo bastante lejos como para identificar la matemática a una persona.

Pero si estuve presente en ese lugar donde se discutía acerca de la función del cartel, es particularmente porque yo insistí en ello. Insistí particularmente en que aquello que dije en mi proposición para el funcionamiento de la Escuela, luego de estas jornadas, reciba (es así como nos expresamos) una inyección de energía. Me gustaría que la práctica de esos carteles que yo imaginaba se instaurara de una manera más estable en la Escuela.

El punto central para lo que se justifica la indicación del término “cartel”, no puedo decir de ahora en más, porque no veo porqué hacer una ruptura; hasta el presente cada uno hizo acto de candidatura para ser miembro

de la Escuela a título individual, hay que decirlo. Ocurre así, lo hemos visto a nivel de un organismo que se llama Directorio, si sí o no íbamos a admitir a alguien como miembro de la Escuela. Es algo bien entendido, bien planteado en el principio de lo que regula la admisión a la Escuela, que sin embargo no es de ningún modo obligatorio ser analista, y que por lo contrario, la Escuela puede aprender de cualquiera formado en cualquier otra disciplina diferente del análisis, que pueda contribuir con lo que comúnmente llamamos sus conocimientos, para volcar en los archivos de aquello que a nosotros analistas nos falta –lo que está demasiado probado–, para aportarnos algún material con el que podamos en suma soportar nuestra práctica. Es incluso sobre esto que se basa la idea de lo que hay que llamar con un término, y ocurre que he elegido este año el término consistencia para designar justamente lo que resiste, lo que tiene alguna posibilidad de formar parte de un real.

Entonces lo que hay que explicar en lo que estoy proponiendo, en mi enunciado, mi proposición, es que se entre a la Escuela no a título individual, sino a título de un cartel, lo que sería evidentemente deseable ver que se realice a continuación, y lo que les repito, no puede definirse como lo que de ahora en más es la condición, pero sería deseable que esto les entre en la cabeza, que se entra allí como varias cabezas y en nombre, a título de un cartel.

Hay una segunda faz en esta noción de cartel: es porque y como lo propongo (porque está aún allí), constituido por un número que no va lejos, un número mínimo; ¿por qué ese número mínimo?, lo enuncié a título de cuatro, porque dije tres más una persona, y no me atreví a ir más lejos que cinco, lo que adicionado a una persona da seis, porque considero deseable que el cartel sea de cuatro a seis. Esto debe justificarse, y es lo que espero articular suficientemente quizá ya en mi próximo Seminario, dado que ahora no pienso que haya más de dos para terminar el año, ya que el anfiteatro que ocupo y en el que ustedes asisten en gran número –demasiado numeroso a mi gusto– debe movilizarse a causa de los exámenes a partir de un cierto momento de mayo que aún está por determinarse.

Por lo tanto, es en esos últimos dos seminarios donde espero justificar, justificar para ustedes, para su entendimiento, por qué es exigible ese número mínimo, quiero decir, que queda entre los primerísimos, por qué se necesita que no supere ese número.

Hay para ello razones que espero hacerles captar, ligadas a la estructura misma, que no disminuye ese número por debajo de una cierta tasa y que considera especialmente demasiado poco el dos e incluso el tres. Tendría que justificar esto, porque evidentemente he insistido bastante en el tres como para que pueda parecer que es deseable. Porque les repito que el cuatro, en primer lugar, es lo que queda por situar.

Sin embargo hay cosas que deberían incitarnos a tener menos prudencia, digamos, una menor prudencia que sería también un menor rigor. De todos modos se trata de una experiencia patente que las comunidades existentes y que no por nada se llaman religiosas, no han visto nunca, e incluso nunca visto sin reticencia, esta limitación del número. Parece que no hay allí límite a lo que la comunidad religiosa pudiera representar. Esto ciertamente tiene su razón. Y son razones, les repito, que espero hacerles notar. El anonimato que preside a la comunidad religiosa es algo que debe hacerles presentir que en este pequeño número hay un lazo con el hecho de que en este pequeño grupo cada uno porta su nombre.

Es seguro que no tenemos el mismo objeto que aquel que domina el hecho de la comunidad religiosa, que lo que nos interesa en nuestra práctica no es lo que interesa a una comunidad religiosa. Cuando la llamo “religiosa” es una manera de hablar. Quiero decir que no pongo a todas las religiones en la misma bolsa: ya he especificado a aquella que domina en lo que podemos llamar nuestra comarca, el cristianismo, que no salió de la nada, que salió de la judía, y que la lleva aún de una manera muy singular (la relación entre la comunidad judía y la comunidad cristiana está marcada con algo que espero que el término supervivenciano les parezca exagerado para designar la manera en que la religión judía continúa siendo conducida por la cristiana –es una manera de connotarla, podría haber muchas otras maneras de indicarlo, maneras a las que quizá vuelva más tarde). La comunidad religiosa tiene como fundamento lo que podemos indicar de manera bastante inadecuada como mito, el mito que designa ese Dios que está muy lejos de ser simple, es incluso complejo, e incluso tan complejo que hizo falta que la comunidad cristiana se deje torcer el brazo y articularlo como trinitario; dije ya en su momento en mi Seminario lo que pensaba, que no solo la comunidad cristiana se dio cuenta que no había Dios que se sostuviera sino siendo triple.

Lo curioso es que se habló mucho, se escribió mucho sobre esta trinidad, pero nunca se dio ninguna justificación, por supuesto, y yo creo equivocado o no, que tengo el privilegio de haber dado, con mi nudo de tres, una forma a lo que podemos llamar su real.

Alguien me hizo saber que vio en la Biblioteca Nacional, en una exposición de miniaturas -se los señalo porque lo recibo con mucho interés– algo que se encontraría actualmente (la persona tomó nota) en la Biblioteca Comunal de Chartres; alguien entonces (espero verlo porque después de todo hay que controlar) habría visto un nudo borromeo con el enunciado “trinitas” a un costado. Habría visto los tres pequeños trazos con los que saben que eventualmente simbolizo ese nudo borromeo, esos tres pequeños trazos que se cruzan de un cierto modo a la manera en que se colocan los fusiles apoyados unos con otros; se ponen tres fusiles y se sostienen, se los apoya en redondo uno contra otro, y es lo mismo –no se los dije en el Seminario porque no me parecía algo para decir demasiado-, pero cada uno sabe que en una cosa que sirve de símbolo a un cierto gaelismo, e incluso a una Bretaña que está despertándose, el trisquel es lo que realiza esos tres pequeños trozos de real tales como yo se los dibujo habitualmente en el pizarrón como punto de partida, y que entonces a ese trisquel reducido –que también es un nudo borromeo completado por la forma–, a ese trisquel se le adjuntaría la indicación escrita “trinitas”.

¿Qué es lo que produce una relación en todo esto? Nuestra relación se limita a esto, que si yo definiera algo que podría decirse que es el análisis, lo llamaría no religión de cualquier Ser supremo, como ocurre con muchos de entre nosotros que no han podido desprenderse nunca de eso, ya he dicho que no estoy seguro de no haber sido tomado en flagrante delito de deísmo, y ustedes tal vez van a poder verlo enseguida. Si hablo de religión del deseo, no parece de todos modos ser eso, sobretodo si el deseo me parece que está ligado no solo a una noción de agujero, de agujero donde vienen muchas cosas a arremolinarse y son engullidas, pero adjuntar allí esta noción de remolino, evidentemente es hacer múltiple a ese agujero, y con esto quiero decir hacerlo al menos conjunción. Para que ustedes dibujen un remolino recuerden mi nudo, hacen falta al menos tres para que se

constituya un agujero que produce remolinos. Si no hay agujero, no veo bien cómo podríamos soportar nuestra técnica que se refiere esencialmente a algo que es triple, y que sugiere un triple agujero.

En todo caso es seguro que para lo que pertenece a lo simbólico, hay algo sensible que constituye agujero. No solo es probable, sino manifiesto, que todo lo que se refiere a lo imaginario, es decir, a lo corporal, es lo que surgió en primer lugar; allí no solo constituye agujero, sino que el análisis piensa todo lo que se refiere al cuerpo en esos términos, y toda la cuestión es saber en qué la incidencia del lenguaje, la incidencia de lo simbólico, es necesaria para pensar lo que en torno del cuerpo, fue pensado en el análisis ligado a diversos agujeros. No es necesario aquí señalar en qué medida lo es lo oral, lo anal, sin contar los otros que he creído que debía agregar para dar cuenta de lo que es la pulsión, no es necesario señalar que la función de los orificios en el cuerpo está allí para designarnos que no es un simple equívoco transportar el término “agujero” de lo simbólico a lo imaginario.

Sobre el tema de lo real, es claro que trato de hacer funcionar a ese real a partir de este simple señalamiento, que definirlo como universo es imponerlo como cíclico, como circular, que introducir allí el Uno –pues es esa la noción de universo–, es hacerlo englobante en relación con ese cuerpo que lo habita, es hacerlo mundo. No estoy seguro que lo real constituya un mundo, y por eso trato de articular algo que diga, que se atreva por primera vez a avanzar que no es seguro que lo real constituya un todo. Evidentemente es difícil ver qué física podríamos instaurar, si no fuera admitir que al menos algunas porciones de este universo pueden aislarse, cerrarse. En esto se basa, supongo que lo saben, la noción misma de energía. La idea de que la energía es constante es el principio y la base sobre la cual se basa la noción misma de ley en la física, y la idea de que hay un todo es algo sin lo cual no vemos cómo podría sostenerse la ciencia.

Pero después de todo, es curioso que no tengamos ninguna clase de idea perceptible de los confines de este universo, y lo que anticipo –me atrevo a anticipar–, es algo que en principio sería esto: que a nosotros analistas nada nos obliga a hacer de lo real algo que sea un universo, algo cerrado. La idea de que este universo es simplemente la consistencia, la consistencia de una cuerda que se sostiene, no basta para hacerlo cíclico, pero ya es bastante como hipótesis y para nosotros puede bastar; quiero decir que con dos ciclos y una recta infinita, lo que es mucho decir para lo real, hacemos un nudo, un nudo borromeo que se sostiene completamente, que constituye verdaderamente un nudo.

De manera que podamos nosotros sostener la idea de que lo real es no todo, es un reaseguro que no deja de tener su interés para los físicos, y los físicos llegaron a hacerse a la idea de que quizá pueda pensarse lo real sin poner allí una constante, la constante llamada energía. Ya allí se esboza la idea de que la constante no es la consistencia. Reducir la constante a la consistencia quizá sea algo que los físicos puedan soportar.

Pero finalmente, no estoy aquí para comprometerlos en una física por venir, nuestro asunto es darnos cuenta de algo impactante en toda nuestra experiencia histórica y que es esencial para nosotros, que hay nombres. Y el que haya nombres parece ser un hecho completamente nodal, quiero decir que desde que la humanidad tiene memoria se han dado nombres a las cosas, incluso está ya en Freud, y se trata de algo que debe interesarnos. No por nada cuando escribí “La cosa freudiana”, recuerdo que hubo a mi alrededor un montón de personas

que se disgustaron: “Por qué lo llama así, *la cosa*, es vergonzoso, todo lo que intentamos es oponernos a esa cosificación”. Nunca fui de esa opinión, nunca pensé que cuando se produjo una ruptura, la del ‘53, fue porque había una divergencia sobre el hecho de cosificar o no cosificar aquello de lo que se trataba en nuestra práctica, fue por cosificar de la buena manera. Si llamé algo “La Cosa freudiana” es para indicar que está Freud en la Cosa, en la Cosa que él nombró. Lo que nombró es el inconsciente, y el término “freudiana” no tiene en absoluto allí la función de un predicado, no es una cosa que retroactivamente tiene la propiedad de ser freudiana. Es seguro que porque Freud lo ha enunciado es una Cosa y que como recientemente se lo sugerí a alguien, hablar del inconsciente como de lo que antes de Freud no existía, no es una mala manera de expresarse por una buena razón, después de todo una cosa no ex-iste, no comienza a jugar sino a partir del momento en que es realmente nombrada por alguien.

Entonces, a partir de nuestra experiencia, trato de llegar a reducir ese nombrable porque podemos permitimos recubrir con nombres toda clase de cosas; eso se ha hecho siempre e incluso a diestra y siniestra. Trato de remitirme a nombrar solo lo que llamo con Freud el *Urverdrängt*, lo que se resume finalmente a nombrar el agujero. Se trata de partir de la idea de agujero (*trou*), es decir, no del *fiat lux* sino de *fiat trou*, y pienso que Freud al avanzar sobre la idea del inconsciente no hizo otra cosa. Digo muy tempranamente que hay algo que hace agujero y que a su alrededor se reparte el inconsciente, y que este inconsciente tiene la propiedad de no ser más que aspirado por ese agujero, tan bien aspirado que no tenemos la costumbre de retener ni siquiera un pequeño trozo, y hay que decirlo, se esfuma por completo en ese agujero. Hablar de la Cosa freudiana como constituida esencialmente por ese agujero, ese agujero que tiene un emplazamiento en lo simbólico, es decir algo que al menos en todo caso yo lo pruebo, se puede sostener un cierto tiempo, como de ese tiempo ya hace un rato largo, y como durante ese tiempo no ha habido muchas contradicciones que se refieran a lo que he enunciado, esto comenzó a soportarse al menos por haber durado todo ese tiempo.

Que yo identifico ese agujero con la topología es algo a lo que hice alusión en mi último Seminario; creo que ya indiqué que la topología hace percibir al menos para algunos, que no se concibe sin ese nudo, y como lo dije hace poco en otro grupo; no es simplemente algo que está en lo real, aunque sea en esto que reside su rigor de nudo; lo interesante es que esta en lo mental, y es la primera vez que vemos algo que conjuga lo mental y lo real en ese punto, donde lo mental también constituye nudo. Es verdaderamente imposible a la vez no poner el nudo en lo mental y al mismo tiempo percibir que lo mental está allí profundamente inadaptado, es decir que lo piensa tan difícilmente a ese nudo que no podemos no ver allí algo que nos daría lo que llamé en mi último Seminario un presentimiento de lo que podría muy bien ser al fin de cuentas el agujero en cuestión.

Todo esto, por supuesto, es una precipitación, por qué no decirlo, después de la errancia. Cada uno sabe que me he jactado con la dialéctica y que hice uso del término antes de arribar a este remolino; es la ocasión de darnos cuenta que cualquiera que hable de dialéctica siempre evoca una sustancia. La dialéctica es esencialmente predicativa, produce antinomia, y no hay ningún predicado que en sí mismo no se sostenga en una sustancia, ya que es muy difícil hablar *a-sustantivamente*, sobre todo porque cada uno de nosotros se imagina ser una sustancia. Evidentemente es muy difícil quitarles esto de la cabeza, aunque todo demuestre que cada uno de ustedes

no son como mucho más que un pequeño agujero, un agujero ciertamente complejo y turbulento, pero es muy muy difícil que se piensen como sustancia, como no sea sustancia que tiene esta propiedad de ser pensante, y entonces se vuelve verdaderamente desesperante el pensar hasta qué punto vuestro pensamiento es manifiestamente impotente. Parece que a pesar de todo es más sólido referirse a otras categorías, y darse cuenta que por ejemplo se puede enunciar sin que sean absurdas proposiciones como esta, decirlas con alguna oportunidad de dar justo en el blanco, si hay lo indecible (lo evocaba hace un momento) es un indecible que no se sostiene más que de esto: que nosotros lo anudamos, que hay indecible, pero que la idea solo nos llega de esta garantía que tomamos de la matemática, precisamente, que no hay no-nudo, si puedo decirlo, pues es la única definición posible de lo real; y ceñir los nudos, aunque más no fuera para no deslizar indefinidamente, es aquello a lo que nos dedicamos en el análisis.

Porque ¿qué es el análisis al fin de cuentas? A pesar de todo es esta cosa que se distingue por lo siguiente, que nosotros nos hemos permitido una suerte de irrupción de lo privado en lo público. Lo privado, evoca la muralla, los asuntitos de cada uno. Los asuntitos de cada uno tienen un núcleo perfectamente característico, son asuntos sexuales. Ese es el núcleo de lo privado. De todos modos es un poco raro que eso público donde hacemos emerger lo privado, que “público” tenga un lazo completamente manifiesto, para los etimologistas, con *publis*, es decir que lo que es público es lo que emerge de lo que es vergonzoso, porque ¿cómo distinguir lo privado de aquello que nos da vergüenza?

Es claro que la indecencia de todo esto, indecencia de lo que ocurre en un análisis, esta indecencia, si puedo decirlo, gracias a la castración —el análisis está bien hecho para evocar su dimensión a partir de Freud—, esta indecencia desaparece.

Toda la cuestión es la siguiente: ¿el plus de gozar es extraer un goce de la castración? En todo caso es todo lo que le está permitido por el momento, a cualquier persona, si el término “persona” designara a alguien. Designa una sustancia pensante, sin duda, pero aquello en lo que nos esforzamos incluso cuando nuestras preocupaciones no son para nada sustanciales, ni sustantóforas, aquello en lo que nos esforzamos, es hacer entrar esta noción de sustancia pensante en un real. Pero esto no va de suyo, por supuesto, porque hay un montón de cosas que nos estorban. Nos estorba por ejemplo la idea de la vida. Es una idea así, es muy curioso que a pesar de todo Freud haya promovido el Eros, pero que no se haya atrevido a identificarlo con la idea de la vida, y que haya a pesar de todo distinguido la vida del cuerpo y la vida en tanto que portada por el cuerpo en el germen.

A pesar del uso que hace Freud de ella, hay algo con lo que la vida no tiene nada que hacer, es lo que pasa como su antinomia, la muerte.

Pensemos lo que pensemos, la muerte es puramente imaginaria. Si no existiera el “cuerpo”, si no existiera el cadáver, ¿qué es lo que nos permitiría vincular la vida y la muerte? Naturalmente nosotros acordamos en anudar la idea del *puerro* (*poireau*), del *manejo* de *cadáveres* (*botte de cadavres*), incluso es nuestra ocupación principal. Si no existiera esto, si no hubiera estatuas, ese lado rabioso de los seres llamados humanos que fabrican sus propias estatuas, es decir cosas que no tienen nada que ver con el cuerpo pero que a pesar de todo se parecen a él, hay que bendecir las religiones que prohibieron esa obscenidad; además ¡es horrible de ver!

¡Qué hay más horrible que ver un ser humano, lo pregunto! Un ser humano, una forma humana. Es curioso... verdaderamente hace falta la religión llamada católica para que se haga sus delicias con ello. Evidentemente tiene algo para ganar en el asunto, es patente, vemos muy bien el mecanismo; juega con lo bello. Por otra parte, que es toda esta historia para desternillarse de risa del Evangelio, sino la exaltación de lo bello. Se los mostraré en otra ocasión.

Finalmente, *perinde ac cadaver* quiere decir que la castración, a pesar de todo, la castración de la que nosotros mismos llegamos a percibir que es un goce, ¿por qué es un goce? Lo vemos muy bien, es porque nos produce angustia. ¿Pero entonces, qué es la angustia?

Es curioso que no se haya extraído un poco la moraleja del pequeño Hans de Freud. La angustia está muy precisamente localizada en un punto de la evolución de ese gusano humano, es el momento en que el hombrecito o la futura mujercita se da cuenta ¿de qué? Se da cuenta que está casado con su pija. Ustedes me perdonarán que lo llame así, es lo que generalmente se llama pene o pito, y que se infla cuando se dan cuenta que no hay allí nada mejor con que hacer falo, lo que evidentemente es una complicación, una complicación ligada al hecho del nudo, a la ex-sistencia del nudo. Pero si hay algo que en los cinco psicoanálisis está hecho para mostrarnos la relación de la angustia con el descubrimiento del pequeño-pipi, llamémoslo también así, es pese a todo claro, es seguro que puede concebirse que para la niña, como se dice, se despliega mejor, por eso ella es más feliz, se despliega porque necesita un cierto tiempo para darse cuenta que no tiene el pequeño pipí, y eso le produce angustia también, pero es una angustia por referencia, por referencia a aquel que está aquejado por él; digo “aquejado”, porque hablé de matrimonio, y todo lo que permite escapar a ese matrimonio evidentemente es bienvenido, de allí el éxito de la droga, por ejemplo, no hay ninguna otra definición de la droga más que esta, es lo que permite romper el matrimonio con el pequeño pipí.

Pero dejemos esto de lado y volvamos a cosas serias, es decir que no sería un mala manera de encarar lo que llamamos vida considerarla como parásita.

Sería exagerado decir que es parásita de la muerte, sería hacer un vínculo demasiado estrecho en relación con lo que acabo de decir, que no hay la menor relación como no sea este asunto de cuerpo que se arroja al agujero. Justamente es eso lo que tal vez nos dice que es la vida, que es el parásito de algo que verdaderamente no se concibe más que como agujero, es incluso en torno de eso que lo real hace lo cíclico, se quiere que la vida parasite en este «habitáculo» que parasita a la vida. A partir de lo cual se deriva. No puedo decir que Freud haya llegado hasta allí, pero a pesar de ello no digo poco; que el germen sea un parásito es lo que me parece surgir del «más allá del principio del placer». Evidentemente, no lo dijo de manera clara, pero habría producido menos escándalo dicho entonces, que cuando ahora lo digo. Pero eso hubiera aliviado las cosas, eso le hubiera permitido llamar de otro modo el principio de realidad, que simplemente es un principio de fantasma colectivo, lo dije anoche al jurado de admisión. “¿Cuáles son sus criterios?” me preguntan en lo que respecta al jurado de admisión, para nombrar a alguien AME. Voy a decírselos: es lo que llamamos la sensatez, es decir la cosa más difundida del mundo. La sensatez es esto: “A ese le podemos tener confianza”, nada más. No hay otro criterio en absoluto. Hay personas a las que se propone para el título de AME, y si quienes están en ese lugar y fueron

elegidos incuestionablemente por votación, porque se les tiene confianza en relación con la sensatez, que no darán esa garantía a cualquiera, es un principio de puro fantasma, de fantasma colectivo sin duda; ¿esto es lo que quiere decir el principio de realidad? Es completamente seguro. Nos damos cuenta por el uso que todos los pequeños fantasmas privados conjugan, se conjugan en un manajo, como dije hace un momento, lo que por supuesto no sorprende respecto a la relación de la cosa con la muerte, por eso evocaba la sensatez, resumiendo, los no demasiado peligrosos, eso es lo que llaman el principio de realidad. En tanto se opone al principio del placer, se opone muy seriamente porque el principio del placer no tiene estrictamente más que una definición posible, el menor goce. Eso es lo que quiere decir “menos se goza mejor”.

De modo que esto nos conduce a plantear un cierto número de parejas en lo tocante a lo real, lo imaginario y lo simbólico.

Lo real para nosotros, por uso, es antinómico del sentido como el cero se opone al uno. Lo real es estrictamente lo que no tiene sentido. Por eso nuestra interpretación no tiene que ver con lo real más que porque la dosificamos. Nosotros la dosificamos y la limitamos a la reducción del síntoma. Hay síntomas que no se reducen, es absolutamente seguro, y entre otros especialmente el psicoanálisis. El psicoanálisis es un síntoma, un síntoma social, y conviene connotar su existencia. Si el psicoanálisis no es un síntoma, no veo qué es lo que hizo que apareciera tan tardíamente. Apareció tan tardíamente en la medida en que hace falta que algo de la relación con la sustancia se conserve (sin duda porque está en peligro), con la sustancia del ser humano.

Entonces, tratemos de plantear juntos algo que sitúe lo imaginario en relación con otra cosa.

Lo imaginario no tiene ningún otro soporte más que esto, que tiene el cuerpo, y en tanto ese cuerpo se desanuda del goce fálico, lo imaginario puede tener consistencia. Es precisamente en tanto que el goce fálico ocurría en otra parte, y es un tema de historia señalar cómo se lo escamoteaba, en esa medida surgió la idea del mundo. Es la oposición, no de un cero y de un uno, sino la de un menos a un más. En la medida en que se opera la castración, donde hay menos falo, subsiste lo imaginario, todo el mundo lo sabe, porque por eso se llama pre-genitales a los estados que constituyen el soporte más común de todos los comportamientos llamados humanos.

¿Y lo simbólico? Lo simbólico es simple. No hay oposición a lo simbólico, no hay oposición, hay agujero, el agujero original. Lo simbólico solo tiene un partenaire trucado. En la medida en que no hay Otro del Otro, es decir que el ser y su negación son exactamente lo mismo, como todo el mundo lo sabe, los especialistas en dialéctica se los dicen de inmediato: el no-ser existe porque ustedes hablan de él, lo que prueba hasta qué punto el no ser es exactamente equivalente; gracias a esto el descubrimiento del análisis es justamente que aunque el ser y el no-ser sean lo mismo, hace falta que haya un agujero que permita sostener todo junto, y que en suma todo esto se resume así: que solo hay creación, y cada vez que decimos una palabra, hacemos surgir de la nada, ex-nihilo, una cosa; es nuestro destino de seres humanos, por eso no cogemos, salvo excepción, con una mujer de vez en cuando, sino que cogemos con la Cosa.

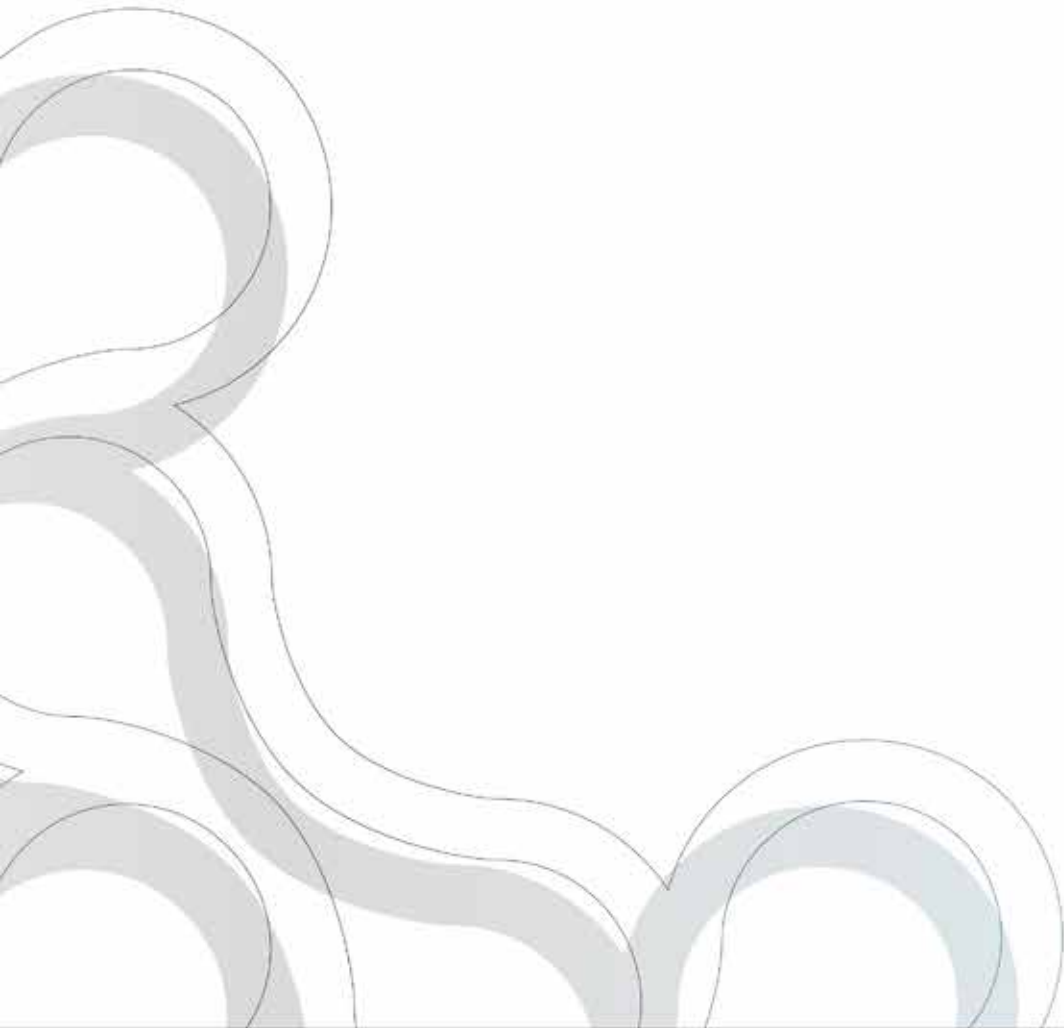
¿Y las mujeres crean? Lo escuché hace un rato, hay alguien que me gustó mucho (no es para decir que lo que Michele Montrelay decía antes no me hubiera gustado también) pero hay alguien llamada Anne Colot quien me hizo notar que de todos modos la mujer no es para nada pan comido, y lo que dijo fue bastante pertinente.

Gracias a Dios no usó la palabra creatividad. Habló de la creación como algo que hace que apenas si una mujer sabe quién es su bebé, el bebé es como la vida, es patente en el ser humano que es un parásito, un parásito es algo que empieza a existir solo si le da un nombre, en tanto no tiene nombre ¿qué es? Entonces la creatividad... Alguien me hizo una entrevista sobre la creatividad de la mujer. Debo decir que no estoy muy de acuerdo, no es para nada necesario que una mujer sea creativa para ser interesante, basta con que ella cuente, eso es lo que tiene su peso.

Entonces resumamos. ¿Qué es un síntoma? Es algo que tiene la mayor relación con el inconsciente (es lo que se ve en la práctica). Entonces, lo que yo quisiera es que el psicoanálisis, como lo he dicho hace un momento, dure, dure el tiempo que haga falta, ni un minuto más por supuesto, en tanto que síntoma, porque a pesar de todo es un síntoma tranquilizador. (Aplausos).

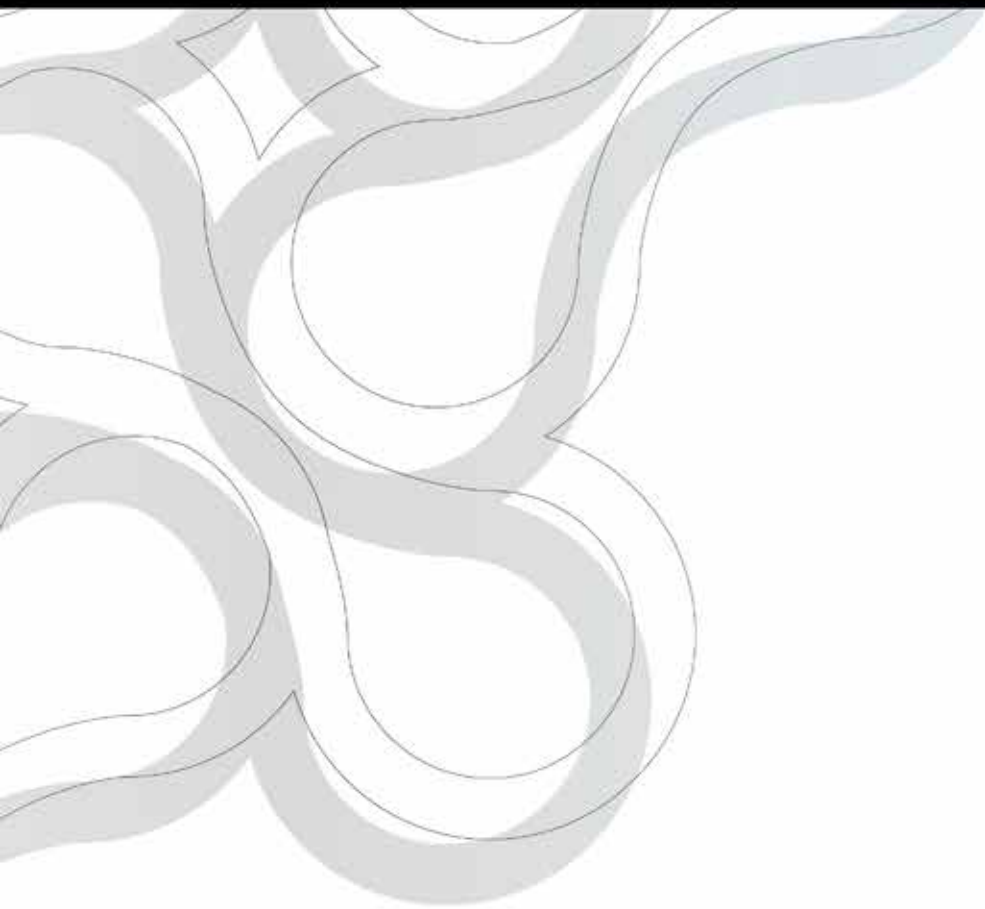
* Intervención de Jacques Lacan en la sesión de Cierre de las Jornadas de Estudios de Carteles, de abril de 1975, en la *École Freudienne de Paris*, publicada en *Lettres de l'École Freudienne*, 1976, n.18, p. 263-270. Texto publicado con la amable autorización de Jacques-Alain Miller.

Traducción del francés: Silvia Baudini



 PHARMAKON Digital

CLÁSICOS



PARA UNA INVESTIGACIÓN SOBRE EL GOCE AUTOERÓTICO*

FOR AN INVESTIGATION INTO AUTOEROTIC JOUISSANCE

Jacques-Alain Miller (Paris, Francia)

Analista Miembro de la Escuela (AME) de la École de la Cause Freudienne (ECF). Miembro y Fundador de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP)

Resumen: El texto ubica la especificidad del goce toxicomaniaco, goce que no pasa por el Otro y que tiene como característica el autoerotismo. El recurso a la droga es planteado como una salida para la angustia frente al deseo del Otro.

Palabras clave: toxicomanía, goce, objeto droga.

Abstract: The text shows the specificity of the jouissance of the drug addict, which does not pass through the Other and is characterized by self erotism. The resource to the drug is proposed as a way out for anxiety, in face of the desire of the Other.

Keywords: Drug addiction, jouissance, object drug.

Me encuentro aquí en posición de agradecer a aquellos que han tenido a bien responder sin prejuizar a la invitación que les llegó del Campo Freudiano del Departamento de psicoanálisis, por intermedio del GRETA.

Podría atenerme a lo ya dicho en esta Jornada; y, si digo algunas palabras más, deberían ser sometidas a discusión como todo lo que ha sido dicho hasta ahora.

EL FALO EN CUESTIÓN

Es cierto que este momento de cierre no es de ninguna manera un momento de concluir, que esta clausura no es una conclusión, que no es sino una puesta en suspenso, pues esta Jornada nos deja en suspenso.

Ahora bien, ¿qué es lo que permite concluir, de una manera general? Siempre una articulación lógica, y esto vale también para la clínica psicoanalítica, en la medida en que ella se articula (si es freudiana) con las funciones de una categoría que nos viene indiscutiblemente de Freud –incluso si ha esperado a Lacan para ser formalizada–, a saber: el falo. Porque el psicoanálisis no atañe al sujeto sino en tanto que éste se relaciona con esa categoría, en tanto se inscribe en la función fálica según modalidades diversas.

Esta categoría está claramente articulada en Freud, puesto que él distingue, aparte del registro del fin sexual, el del problema sexual, es decir, del problema de la castración en tanto concierne a un saber, un conocimiento (el término es de Freud) sobre el sexo. Tratándose de la toxicomanía, esta categoría freudiana de falo, ¿aparece o no como operatoria?

Hay allí una dificultad. Su signo es que, comúnmente, en la cura del toxicómano, se habla del destete y no de la castración. ¿Creemos poder efectuar esta operación de renuncia a la droga por la palabra, o bien el destete de la –o de las– sustancias tóxicas es la condición, la condición previa a la cura por la palabra?

La segunda opción es la que nos ha presentado M. Olievenstein. Desde el punto de vista del Campo Freudiano ¿no podemos decir, en efecto, que el recurso a la sustancia tóxica es precisamente utilizado para cerrarle

al sujeto el acceso al problema sexual?

UN REAL QUE INSISTE

Es cierto que la toxicomanía le impone la modestia al psicoanalista. Y me parece que la mayor parte de los psicoanalistas que han asistido a esta Jornada vinieron para aprender de aquellos que, más regularmente que ellos, han tratado toxicómanos.

Si Lacan invitaba a los psicoanalistas a no retroceder frente a las psicosis, es justamente porque el psicótico es demandante con respecto al psicoanálisis. ¿Pero lo es el toxicómano? Y si lo fuera, ¿no sería más bien el analista el que retrocedería frente a la toxicomanía? En efecto, la toxicomanía presenta al analista un síntoma sobre el cual los efectos de verdad de la palabra pueden aparecer sin asidero, un síntoma, pues, que obliga a desunir las estructuras de ficción de la verdad y un real que resiste o que insiste.

Nos queda que la droga da lugar a una auténtica experiencia para el sujeto, que no podríamos poner en duda, y que incluso ha producido su propio vocabulario, sus propias expresiones. No es, sin embargo, una experiencia de lenguaje, sino, por el contrario, lo que permite un cortocircuito sin mediación, una modificación de los estados de conciencia, la percepción de sensaciones nuevas, la perturbación de las significaciones vividas del cuerpo y del mundo.

Por otra parte, hemos visto, con la exposición de Michel Reynaud, que incluso existe una zona de indiferenciación, de recubrimiento entre el tóxico y la terapéutica.

Ha estudiado casos que podríamos llamar verdaderas terapéutico-manías, cuya referencia podría muy bien ser el *pharmakon* analizado por Derrida, citado por Dugarin, y que está en el centro de la reciente obra de Sylvie Le Poulichet.

Esta Jornada ha juntado al toxicómano y al terapeuta. Ha dado la palabra a los terapeutas, que hablan más gustosamente que los toxicómanos; ha reunido a los hombres que están en ese campo, pues son ellos quienes tienen derecho a la palabra, dado que son ellos quienes autorizan al Campo Freudiano a interesarse por la toxicomanía.

EL OBJETO DROGA

Pero, a partir de la experiencia analítica, ¿qué podemos decir de la toxicomanía? Hemos comenzado a verlo hoy: los psicoanalistas subrayan que algo obstaculiza la entrada y el mantenimiento en análisis del toxicómano. Se trata entonces de un saber negativo. Mas ¿cómo articularlo en algunas preguntas que podríamos encontrar la ocasión de retomar?

La primera de estas preguntas se refiere al término mismo de toxicómano. ¿En qué medida es un atributo clínicamente válido del sujeto; es aquel el sujeto de la palabra? Con gusto habría planteado al Prof. Bergeret esta pregunta: ¿es la toxicomanía una categoría clínica bien formulada? ¿Y en qué sentido? ¿Cómo se articula con las estructuras freudianas? ¿No habría que distinguir la toxicomanía como categoría clínica y el objeto droga, para retomar una expresión usada aquí –el objeto droga en tanto puede encontrarse inscripto en diferentes estructuras clínicas, neurosis, psicosis y perversión–?

Quizás encuentre allí su lugar el dicho de Lacan, recordado por Bernard Lecoeur y Hugo Freda: «la droga es lo que permite al sujeto escapar o romper su casamiento con el pequeño pipí».

No es una definición de la toxicomanía, sino una tentativa de definición de la droga en tanto tal. Quizás hay que darle todo su valor a esta distinción, quizás en la experiencia analítica nos preguntemos menos por la toxicomanía que por la droga en su relación con el sujeto. Por eso considero que no está establecido que la toxicomanía pueda entrar en tanto tal en el Campo Freudiano, sino solamente bajo las especies –puede ser que toquemos allí uno de los límites del psicoanálisis– de la pregunta sobre el objeto droga en su relación con el sujeto.

UN OBJETO CAUSA DE GOCE

A partir de allí, la droga aparece como un objeto que concierne menos al sujeto de la palabra que al sujeto del goce, en tanto ella permite obtener goce sin pasar por el Otro.

La experiencia toxicomaniaca parece hecha en efecto para justificar el uso que hacen algunos de entre nosotros del término goce como distinto del de placer. El placer está siempre coordinado a la noción de una armonía, de cierto buen uso, incluso de una sabiduría –así Michel Foucault podía hablar del uso de los placeres–. Ahora bien, hemos visto que hasta la psiquiatría soviética, de la que nos ha hablado Claudio Ingerflom, cuando trata de comprender la toxicomanía, encuentra la paradoja de este curioso hedonismo, de este deseo hipertrofiado de obtener placer. En consecuencia, me parece que la experiencia toxicomaniaca justifica que se introduzca el término de goce para calificar lo que en este caso se sitúa más allá del principio de placer, lo que no está ligado a una moderación de la satisfacción, sino por el contrario a un exceso, a una exacerbación de la satisfacción que concluye con la pulsión de muerte.

De este modo, la fórmula de Markos Zafiroopoulos «el toxicómano no existe» se justifica ciertamente si se designa así el hecho de que la categoría clínica de la toxicomanía no está bien formada. Pero no resulta menos por ello que con el nombre de toxicómano se designe a un sujeto que ha entrado en cierta relación con la droga y que consiente en definirse cada vez más, en simplificarse a sí mismo, en esta relación con la droga.

A partir de que no negamos la especificidad de los fenómenos toxicomaniacos, ¿desde el punto de vista psicoanalítico, no habría que decir que la droga se transforma en el verdadero *partenaire* esencial incluso exclusivo del sujeto, un *partenaire* que le permite hacer un *impasse* con respecto al Otro y particularmente con respecto al Otro sexual?

A partir de ahí, podríamos estar tentados de decir que la droga procura o produce un excedente de goce, un plus de gozar imposible de desconocer bajo su faz del estado llamado de falta, de falta de goce. En consecuencia, podríamos también estar tentados de hacer de la droga un objeto *a* en el sentido de Lacan. Pero estoy totalmente de acuerdo con el Dr. Magoudi en decir que no podemos en ningún caso hacer de la droga una causa del deseo. Como máximo podemos hacer de ella una causa de goce, un objeto de la más imperiosa demanda, y que tiene en común con la pulsión anular al Otro –la droga como objeto da acceso a un goce que no pasa por el Otro y en particular por el cuerpo del Otro como sexual–.

INSUBORDINACIÓN AL SERVICIO SEXUAL

En la experiencia analítica encontramos corrientemente el recurso a la droga como salida de la angustia, como salida a la angustia frente al deseo del Otro, con el fin de apartarse de ello. Decir que con la droga se trata de un goce que no pasa por el Otro es, pues, un punto de referencia muy flojo que habría quizás que ajustar comenzando por oponer este goce con el goce homosexual, que moviliza el cuerpo del otro con la condición de que sea el mismo, que entonces pasa por el Otro, pero con la condición de reducirlo a lo mismo. Agreguemos que esto sólo vale para la homosexualidad masculina, la que exige que el cuerpo del otro presente un rasgo particular, el de estar en posesión del órgano. Desde allí podemos hablar de la renegación de la castración como principio de perversión, pero esto supone que el problema sexual haya sido planteado como tal por el sujeto y que le haya encontrado esta solución. Entonces, tendríamos que contrastar primero el goce que no pasa por el Otro, y el goce homosexual. Segundo, existe otro tipo de goce que no pasa por el cuerpo del Otro, sino por el propio cuerpo, que se inscribe bajo la rúbrica del autoerotismo. Digamos que es un goce cínico, que rechaza al Otro, que rehúsa que el goce del cuerpo propio sea metaforizado por el goce del cuerpo del Otro –y que queda en la historia ligado a la figura de Diógenes–, que opera ese corto circuito llevado a cabo en el acto de la masturbación, que precisamente asegura al sujeto su casamiento con el pequeño pipí.

Por allí, sin duda, el cínico contraviene la interdicción que recae sobre el goce y que es ante todo interdicción del goce autoerótico –al punto que podemos decir que la interdicción del incesto como interdicción del cuerpo de la madre no hace más que metaforizar la interdicción primordial del goce autoerótico–. Pero este goce que pasa por el goce fálico es compatible con –e incluso ocasionalmente exige– el mantenimiento del otro imaginario en el fantasma.

Así, vemos quizá desprenderse la especificidad del goce toxicomaniaco que, en efecto, no pasa por el Otro, pero tampoco por el goce fálico.

Entonces, Lacan está justificado al caracterizarlo ante todo por el hecho que «rompe el casamiento con el hace pipí»: permite no plantear el problema sexual.

Por otra parte, un capítulo debería ser desarrollado: «toxicomanía y psicosis». Philippe Sopena evocó a los que han preferido la toxicomanía a la psicosis. Es cierto que en la toxicomanía no podemos hablar en tanto tal de forclusión, dado que en la psicosis, si bien hay forclusión de la castración, esta retorna desde lo real, en particular en la paranoia, al punto que Freud pudo decir que el Edipo está demostrado en la paranoia.

La toxicomanía es menos una solución al problema sexual que la huida ante el hecho de plantearse ese problema.

Si quisiéramos encontrar una categoría donde poner la toxicomanía en frente de la forclusión en la psicosis, podríamos quizás apelar a la insubordinación –la insubordinación, diría yo, ya que Hugo Freda habló del servicio militar– al servicio sexual.

UN PLUS DE GOCE PARTICULAR

Dando un paso más que aquel que consiste en problematizar la toxicomanía a partir de la experiencia analítica, podríamos interrogarnos sobre lo que la toxicomanía misma aclara acerca del sujeto de la palabra.

Nada, en efecto, nos objetaría decir que aquellos que no son toxicómanos –y aquellos que no se entregaron dos veces a esa experiencia, como lo recomienda Olievenstein– no se *disparen*, no sean aplastados por la palabra. Es porque existe un goce de la palabra, al cual estamos enganchados, es precisamente por eso que hacemos tantos coloquios.

Lo que llamamos destitución subjetiva desde entonces sería también el destete del goce de la palabra –y el final del análisis, ¿por qué no?, un *desenganche*–. Pero, evidentemente, la droga materializa o substantiviza este goce que no es un placer, este goce que vale más que la vida como función vital.

Por otra parte, si en el análisis nos enfrentamos con un sujeto que juega su partida en relación con un saber sobre el sexo, y que la juega en la palabra, por el contrario, el que es llamado –quizás abusivamente– sujeto de la toxicomanía es un cínico extremo. Y se comprende que la biología molecular se vea tentada de abordar la toxicomanía a nivel del órgano causa, es decir, del cerebro, haciendo un *impasse* sobre la relación con el Otro –sin duda, la toxicomanía se presta a esto–.

Sin embargo, desde el punto de vista de la experiencia analítica, ¿no se puede mantener que, en la droga, la posición subjetiva está no obstante implicada? Y allí estaría de acuerdo con el imperativo del Dr. Carpentier de una vuelta a la medicina del sentido –siendo todo el problema obtener del sujeto que dé sentido, y, en particular sentido sexual a su dependencia–. Ahora bien, la toxicomanía lo obstaculiza, pues en el análisis el sujeto espera el objeto del sujeto supuesto saber –y es lo que establece la transferencia–, es decir, que el objeto en cuestión, el plus de gozar, se sostiene esencialmente de la palabra, mientras que, en la toxicomanía, el plus de gozar está adherido a un producto de la industria.

En el fondo, el analista debería ser un *dealer* de la droga de la palabra –esta problemática fue evocada por el Dr. Olievenstein–.

DESHACER LA IDENTIFICACIÓN

Dejemos de lado el hecho de que, en la realidad social, existe el Otro de la droga, al que se le paga y a quien se dirige la demanda, pues este Otro de la droga, como lo recordaba el Prof. Bergeret, no tiene de ningún modo la solución del problema. ¿El acceso al goce de la droga para un sujeto no ha estado siempre trazado por lo que le ha venido de la palabra? En su punto de origen, ¿la elección de la droga no ha estado siempre condicionada por el significante? Para esta pregunta hay sólo respuestas particulares, caso por caso. Me parece que la exposición realmente sensacional de Hugo Freda lo ha demostrado, indicando una salida, y que se recortó con la de Markos Zafiropoulos sobre ese punto: en todos los casos, la posibilidad del análisis pasa por el esfuerzo de deshacer la identificación bruta al «yo soy toxicómano». En consecuencia, desde el punto de vista de la experiencia analítica, todo lo que refuerce esa identificación está contraindicado –es menester que aparezca para el

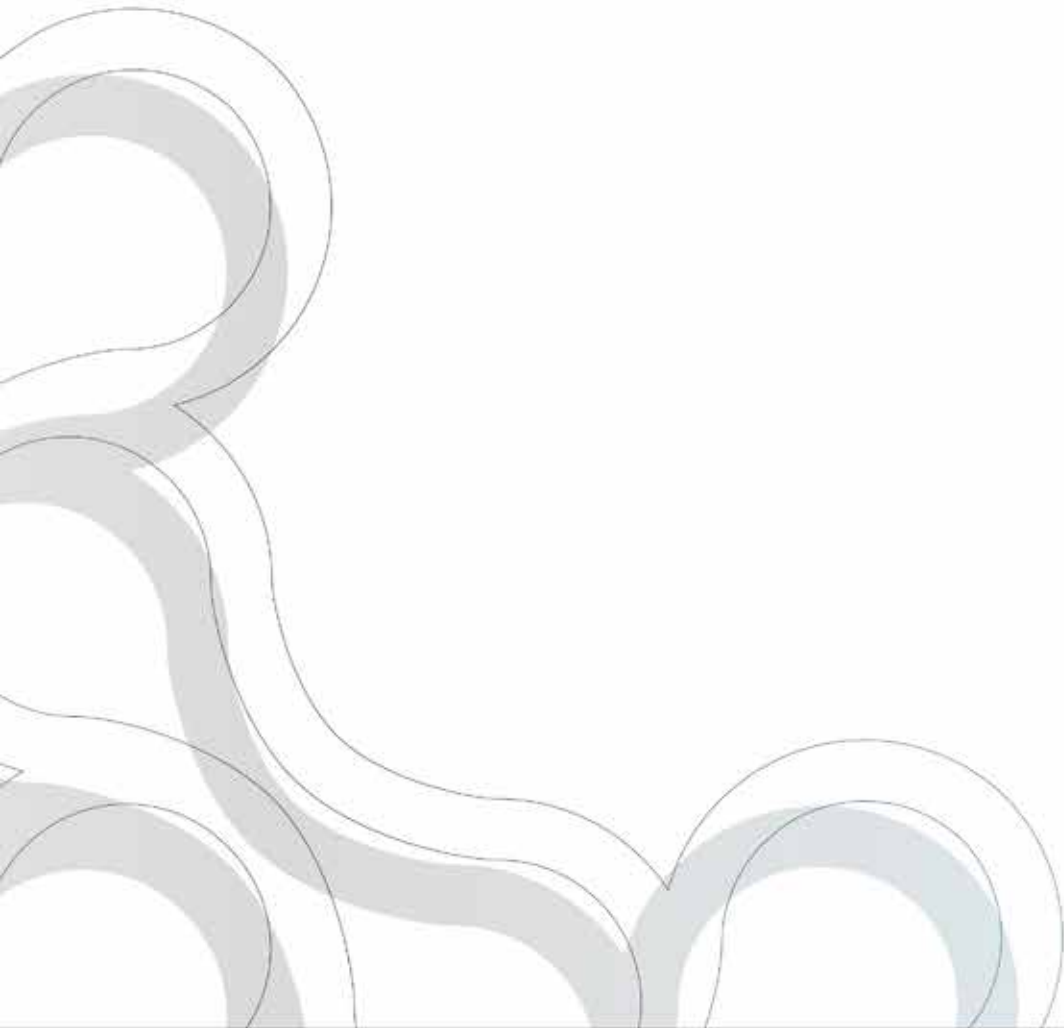
sujeto, no como necesaria, sino como contingente—.

No hice aquí más que establecer una lista de preguntas, las cuales me parece podrían retomarse en una Jornada próxima para establecer un balance, después de que haya transcurrido un cierto tiempo para comprender.

*Este texto consiste en la clausura de las Jornadas del GRETA –*Groupe de Recherche et d'Études sur la Toxicomanie et l'Alcoolisme*– de 1989: “Cloture: Le toxicomane et ses thérapeutes”, publicado en *Analytica* N° 57 (Navarin Editeur). Las modificaciones cuentan con la autorización del autor).

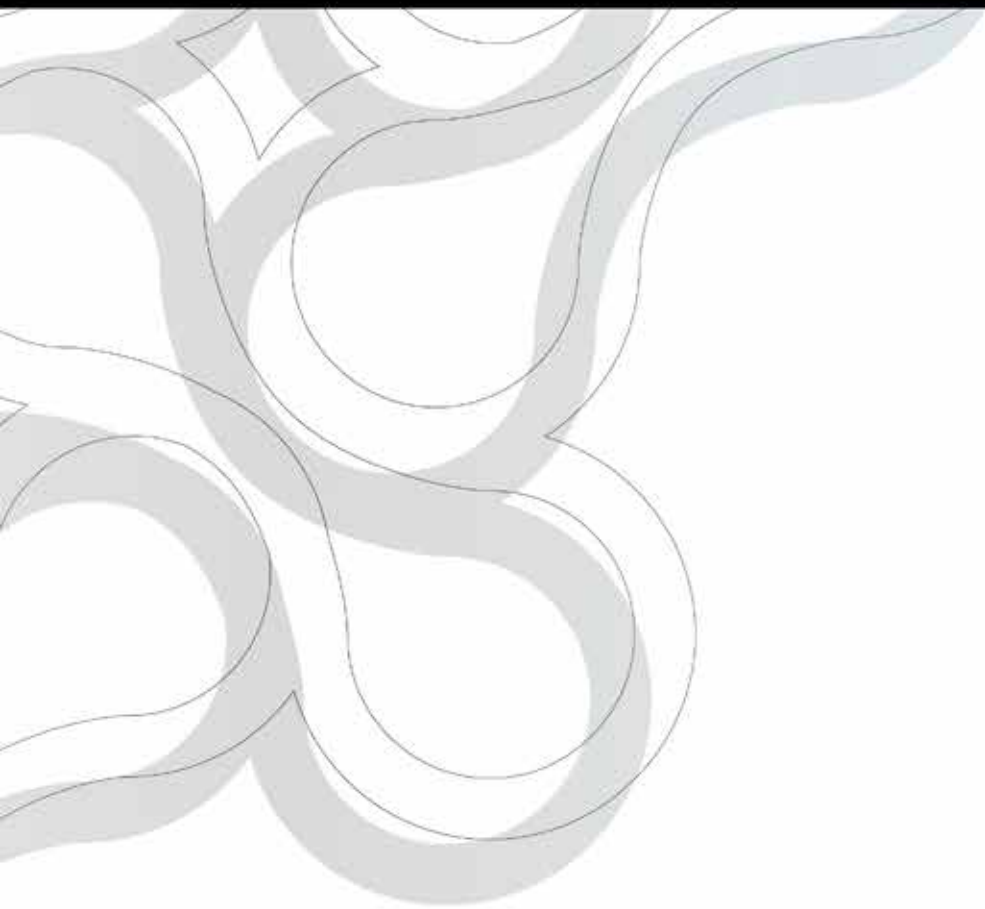
Traducción del francés: Eleonora Tomei

Corrección: Ana Ruth Najles



 PHARMAKON Digital

ENTREVISTAS



INTRODUCCIÓN A LA SECCIÓN ENTREVISTAS

En esta Sección inauguramos un diálogo virtual entre los participantes del TyA.

A partir de nuestra Conversación realizada en Río de Janeiro, por ocasión del Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, en abril de 2016, surgió la idea de debatir sobre algunos temas que atraviesan nuestra clínica más allá de nuestros encuentros. Pensamos entonces que Pharmakon Digital es el medio ideal para poner en práctica un debate sobre los temas que los participantes de la Red TyA venimos proponiendo. En esta oportunidad, en concordancia con el tema de esta edición –la especificidad de las toxicomanías–, les proponemos a los participantes que contesten dos preguntas que insisten en nuestra práctica.

La primera pregunta es:

¿CÓMO ENTIENDE USTED LA FIJACIÓN DE UN SUJETO AL OBJETO DROGA?

La segunda, por su parte, inquiriere:

¿CUÁL ES PARA USTED LA ESPECIFICIDAD DE LA TOXICOMANÍA RESPECTO DE LA GENERALIZACIÓN ACTUAL DE LAS ASÍ DENOMINADAS ADICCIONES?

El lector podrá apreciar la riqueza de las respuestas que deja traslucir el hecho de que la red TyA no es solo una decisión política de los psicoanalistas dedicados a la clínica de las toxicomanías, sino también una verdadera apuesta epistémica.

Dario Galante

Natália Andreini (Córdoba, Argentina)

Analista Practicante de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Responsable por TyA Córdoba.

1. ¿CÓMO ENTIENDE USTED LA FIJACIÓN DE UN SUJETO AL OBJETO DROGA?

- «Cuando fumo marihuana, el mundo se acomoda para mí, entiendo el universo, es difícil de explicar».
- «Puedo reírme de todo y, así, olvidarme de los problemas».
- «Lo hago antes de entrar a la escuela para relajarme».
- «Todo cambia de color... es más intenso».
- «Cuando empiezo con la cocaína, no puedo para».

Elijo empezar con frases dichas por sujetos que consumen para poner en primer lugar la palabra de quienes nos consultan, y, también, para subrayar la satisfacción que conlleva. Está en juego una satisfacción, desde allí arrancamos. Es así como avenimos a la vida, arrancamos con una satisfacción y nos fijamos a ella. Eso se inscribe como una marca que sella nuestra singularidad. Para Freud, esa marca, devenida fijación, fue una piedra en el camino que llevaba a interrumpir el trayecto analítico.

Jacques Lacan, por su parte, se sirve del descubrimiento freudiano, pero cambia su ubicación en el mapa epistémico, ya que, a partir de la orientación por lo real, la fijación se encuentra desde el comienzo y traza un camino que se orienta a producir un *saber hacer con eso* que es una marca, un hecho de la experiencia corporal, un modo de satisfacción, de goce.

Empezar por el goce modifica sustancialmente la lectura de lo epistémico y la orientación de la cura en los tratamientos. Ahora bien, que la fijación sea al objeto droga, tal como lo plantea la pregunta, requiere de algunas precisiones más. El goce, en parte, se localiza en objetos que Lacan llama con una letra: «a», objeto «*petit a*». Estos tienen una dimensión subjetiva, y su denominación no dice mucho en términos de lenguaje, ni de sentido, porque, más bien, se encarnan en los relieves del cuerpo.

A medida que crecemos, dichos objetos van encontrando subrogados en otros que son de fabricación humana. Un ejemplo es el chupete, que reemplaza a la succión del pecho de la madre; con éste inauguramos un sinfín de objetos que pueden ir a ese lugar localizado de goce. El objeto *petit «a»* no se define en sí mismo, sino a partir de la función que cumpla. Ya sea como causa de goce, como plus de gozar, como resto u objeto de amor.

Aquellos otros producidos por la fabricación humana pueden ofrecer satisfacciones sustitutivas, o ir al lugar de una prótesis para el sujeto, y, así, compensar funciones que no están, o, también, ofertar «un más» de satisfacción y producir el borramiento de las regulaciones que están al servicio de producir un equilibrio para cada sujeto. En este último grupo ubicamos al objeto droga. Este objeto oferta una adhesión que lanza a un goce infinito. Se trata de una elección forzada, en tanto que detrás del velo que la cubre se encuentra el imperativo

a gozar bajo el cual se aliena el sujeto con esta adhesión. Cuando la relación con el objeto droga interpela las ficciones que el sujeto se dio para relacionarse con los otros y darse un lugar en el mundo, deviene en una fijación difícil y peligrosa de conmovér.

2. ¿CUÁL ES PARA USTED LA ESPECIFICIDAD DE LA TOXICOMANÍA EN RELACIÓN CON LA GENERALIZACIÓN ACTUAL DE LAS ASÍ DENOMINADAS ADICCIONES?

Notarán que decimos *generalización*, no *universalización*. Esto es así porque, en el último trayecto de su enseñanza, Lacan no apela a lo universal, no busca llevar las cosas al nivel de la verdad, sino al terreno del goce y su tratamiento. «Las Adicciones» se han generalizado y han dejado a las denominadas «toxicomanías» para un uso restringido.

Las adicciones, en plural, los sujetos las definen como algo que no pueden dejar de hacer, como algo de lo que no logran des-adherirse o soltar. Para nombrar esa particular relación que se entabla, elijo un neologismo utilizado por un sujeto que me consulta: él se dice «adicionado» cuando se encuentra enredado en un hacer, y enciende un fanatismo tal que lo lleva a desinteresarse por todo lo demás. Aquello que estaba en los márgenes –encarnado por los adictos a las drogas– se movió hacia el centro y fue tomado por el mercado. Ahora –con algunos retoques cosméticos– todos tenemos derechos y hasta obligaciones de «adicionarnos» a uno o varios objetos devenidos, así, mercancías. También entran en esta serie actividades que se pueden desempeñar como hobbies, deportes, el trabajo, los viajes, etc.

Con el psicoanálisis sabemos que los sujetos habitamos el lenguaje y somos habitados por él. La lengua que hablamos se modifica, sufre cambios. Así, la denominación «adicciones», en el uso generalizado que hoy tiene, es el efecto de la inyección de esta palabra en el lenguaje que usamos, lo cual no es sin incidencias en la economía del goce. Ahora, nos preguntamos: ¿cuál sería dicha incidencia? ¿Acaso el uso generalizado de esta expresión es un intento de hacer con este fenómeno de goce, o sólo nombra una alienación? Para pensar esta alienación hoy, es necesario hacerla consonar con la mercantilización, ya que el capitalismo salvaje ofrece mercancías como un arsenal de medios para alcanzar la satisfacción, incidiendo en los modos de goce, en tanto oferta satisfacciones que no alcanzan a erradicar la falta de goce, sino, por el contrario, intensifican su frenesí. El desenfreno del goce avanza a la par de la degradación del sujeto como tal. El movimiento de generalización de las adicciones ha dejado el uso de la expresión «toxicomanía» al campo restringido del consumo de sustancias tóxicas.

Respecto de la «toxicomanía», se escuchan reacciones que van a favor de coaccionar esta satisfacción, con excusas que dicen ir a favor de la vida. El de las toxicomanías es un campo del que todos quieren excluirse y sólo se encuentran dentro como por sorpresa. Se escucha: «A mí no me va a pasar»; también: «Mi hijo está exento de eso»; o: «puedo dejar cuando quiera». Son frases que nos muestran que se trata de un imperativo difícil de subjetivar. Sólo se lo reconoce cuando se desencadenó, cuando ya es un hecho frente a nuestros ojos.

Lo siniestro –tal como lo describe Freud–, lo más propio, que es vivido como viniendo de afuera en tanto en un fuera de tiempo y lugar, va quedando como propio, y, en ocasiones, como privativo de las toxicomanías. Esto dificulta la posibilidad de reconocernos en esta verdad con la que vivimos hoy. Este privilegio depositado en el campo de las toxicomanías resuena en lecturas que se refieren a los fenómenos que irrumpen en el ámbito de lo público. Y que, por lo general son leídos y «explicados» por el consumo de sustancias. Funciona para soslayar, o cerrar, cualquier herida abierta producida por algún hecho que denuncia lo peor. Que pone en evidencia lo peor de cada quien, frente a lo cual «no queremos saber nada».

Podríamos decir que el uso de aquello que nombra a la «toxicomanía» y su campo ha quedado restringido para acarrear con lo peor. En cambio, las denominadas «adicciones» cuentan con la anuencia de la mayoría, y hasta con cierto glamur. Para ir concluyendo, diría que el mercado ha tocado a la puerta de un punto sensible de nuestra subjetividad, en esa marca estampada en el cuerpo que conmemora e inaugura, cada vez, nuestra relación con la satisfacción. Esa que nos hace singular y, paradójicamente, en donde más nos cuesta reconocernos. Esa relación nos vincula con un modo de vivir que se reitera cada vez. En ese sentido, todos somos adictos a esa marca fundamental. Desde aquella mítica, primera experiencia de satisfacción, se patentiza el carácter adictivo que se pone en juego en la relación con el goce. El ejemplo *princeps* es la relación con el chupete y aquello que nunca deja de estar en tanto modo de satisfacción: puede mudarse de objeto, pero la marca no cesa de incidir.

El mercado toca a esa puerta, ofertando colmar la satisfacción, comandarla con un sinfín de mercancías, con lo que, en realidad, lanza al infinito de la satisfacción frenética que antes mencioné, dislocando al sujeto portador de esa marca. El psicoanálisis invita a los sujetos a andar el camino de esa satisfacción. Un trayecto que requiere de un sujeto decidido a caminar en dirección a reconocerse en esa ralladura que lo marcó y hoy lo hace vivir. Camino, el del psicoanálisis, que devendrá en un «saber hacer» con lo más singular que nos habita, lo que nos mantiene fijados a la vida con otros. Proceso que esta operación, lejos de lanzarnos a un infinito, deja siempre un resto como saldo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FREUD, S. “Análisis terminable e interminable”, en Obras Completas, Tomo XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
FREUD, S. “Lo ominoso”, en Obras Completas, Tomo XVII, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
LACAN, J. “El seminario, Libro 10. La angustia”, Buenos Aires, Paidós, 2008.
MILLER, J.-A. “El ser y el uno”, inédito.

Oscar Reymundo (Florianópolis, Brasil)

Psicoanalista. Miembro de la Escola Brasileira de Psicanálise (EBP). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

1. ¿CÓMO ENTIENDE USTED LA FIJACIÓN DE UN SUJETO AL OBJETO DROGA?

Estamos transitando una época en la cual nos enfrentamos, dentro y fuera de los consultorios, con un fuerte empuje a la constitución de sujetos que no se caracterizan más por ser lo que un significante representa para otro significante, sino que se presenta representado por su fijación de goce. A diferencia de los tiempos en que el Complejo de Edipo realizaba su función pacificadora de ordenador de la realidad, hoy los síntomas que podríamos llamar contemporáneos no se ajustan más y son refractarios a la suposición de un saber en el Otro capaz de establecer un modo de regulación de goce que permita elaborar una vida con otros. Por otro lado, y como modo de defenderse de lo real de la falta en ser, el así llamado sujeto hipermoderno responde con una identificación con un goce vehiculizado por una satisfacción mortífera que puede encontrar en la sustancia tóxica su objeto. «Soy cocainómano», «soy porrero» o, más recientemente, «soy adicto» son los modos de nombrar la adherencia compulsiva al goce en una sustancia tóxica, aunque el significante *adicto* no hace referencia directa al uso compulsivo de la sustancia. En los tiempos que corren, vemos que los objetos de las adicciones se multiplican en series interminables.

Uno de los modos de inyectar palabras en lo real que orienta la existencia de los seres hablantes es decir que nada es para siempre. Tampoco es para siempre la felicidad que, cuando lo hace, se presenta de modo episódico, ocasional. Digamos que la propia vida atenta contra una felicidad plena y duradera, fruto de una satisfacción ininterrumpida. El trabajo necesario para separarse de la miseria neurótica puede llevarnos a la modestia que implica en consentir con la infelicidad de todos los días, consentir con un imposible que orienta la vida y que, al mismo tiempo, nos invita a inventarnos soluciones para eso que se presenta como extraño, perturbador y enigmático para cada uno, esto es, el goce, el cuerpo, el deseo, en la relación con los otros que hablan y, porque hablan, demandan. Alcanzar esa solución, siempre singular, puede ser motivo de satisfacción y de felicidad, que, por cierto, no será para siempre. En el caso de los seres hablantes y sus invenciones, es imposible una operación sin resto, a pesar del sueño del capitalismo de que sería posible no perder nada y ganar siempre. Resto que es necesario saber tratar y con el cual es fundamental poder producir un saber hacer que posibilite estar en el lazo social con los otros. Y es precisamente en este punto en donde las drogas encuentran su lugar en la economía libidinal del sujeto. En su tentativa de evitar o escapar del malestar propio de lo que falla y de lo que no encaja, apostando a la infinitización de una satisfacción sin efectos de trastorno, la estupefacción aparece como una posible elección del sujeto. Elección que no será sin efectos para la subjetividad. A veces, esa estupefacción hace a la vida más o menos soportable de llevar con otros, como es en el caso de las psicosis; otras veces, hace imposible la propia vida, haciendo que el sujeto se precipite en un goce que, por excesivo, es nocivo y autodestructivo. Como si un destino de la repetición se impusiese al sujeto a través de un consumo compulsivo al servicio del superyó que, sea cual sea la nobleza simbólica con la que se pueda presentar, siempre tiene una

relación inseparable con la pulsión de muerte.

2. ¿CUÁL ES PARA USTED LA ESPECIFICIDAD DE LA TOXICOMANÍA EN RELACIÓN CON LA GENERALIZACIÓN ACTUAL DE LAS ASÍ DENOMINADAS ADICCIONES?

El problema es, diría, el ruido que me hace a partir de los últimos años el uso de los términos *adicción* y *adictos*; se esgrime, mediante esos significantes, la pretensión de abarcar todos los actos compulsivos a los cuales los seres hablantes se pueden precipitar, borrando así lo específico a ser desentrañado en cada uno de estos actos. Al mismo tiempo, hay toda una historia, relativamente reciente, ligada al significante *adicciones*, que ha forcluido el concepto clásico de toxicomanía, a punto tal de no tener en cuenta la relación singular que un sujeto puede tener, por ejemplo, con una sustancia que, introducida en el cuerpo, produce un tipo especial de satisfacción. Tal satisfacción debe ser ubicada cada vez para entender lo que está en juego en cada sujeto en el acto de intoxicarse (Salamone, 2011, p. 44). Por lo tanto, «ser adicto» –o el rótulo que fuera– define un ser que organiza un tipo de abordaje de ese ser a contramano de la ética psicoanalítica y de la política del síntoma. Yo pienso que con el significante toxicomanía, en el modo en como se lo emplea en el psicoanálisis de la Orientación Lacaniana –práctica en la cual estamos alertados de no dar consistencia al «ser toxicómano»–, no solo se hace referencia a un goce que se obtiene a través de la práctica de la intoxicación, sino también en cuanto al uso que cada uno hace de la sustancia, uso que no se puede generalizar y diluir llamando a alguien *adicto*. El uso de la sustancia no es ajeno al modo en que cada uno se estructuró en su relación con el lenguaje. Digamos que el uso que hacemos en la Orientación Lacaniana del término *toxicomanía* es solidario del viejo concepto de *pharmakon*. No es por casualidad que ése sea el nombre de la publicación de los grupos y de las instituciones de Toxicomanía y Alcoholismo del Campo Freudiano. Además, no podemos perder de vista que con el término *adicción* se borra esa definición tan original que hace Lacan del significante *droga* al decir que una droga es lo que permite romper el matrimonio del sujeto con el falo (Salamone, 2011, p. 45), destacando que es justamente esa ruptura lo que caracteriza la especificidad del goce en las toxicomanías.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

SALAMONE, L. “Cuando la droga falla”, Caracas, Pomaire, 2011.

Pablo Sauce (Salvador, Brasil)

Miembro de la Escola Brasileira de Psicanálise (EBP). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Coordinador del Núcleo de Investigación sobre Toxicomanía y Alcoholismo del Instituto de Psicanálise da Bahia (TyA-Ba)

1. ¿CÓMO ENTIENDE USTED LA FIJACIÓN DE UN SUJETO AL OBJETO DROGA?

Me interesa abordar la especificidad de la droga a partir del *impasse* que ésta provoca en la operación analítica.

La hipótesis freudiana de la *Fixierung* –fijación (de goce)– se apoya en el concepto de libido y supone un desplazamiento: algo que debería desplazarse, desarrollarse, se fija o retorna. Es decir, que lo que debería ser substituido permanece: un modo de satisfacción que reproduce una pérdida de goce imposible de ser recuperada.

Una fantasía tiene la función de localizar –fijar– el objeto perdido *en* el cuerpo del Otro, en un movimiento de recuperación de ese goce perdido. De esta manera, lo que mantiene un modo de goce en el lugar es el Otro: es la voluntad inscrita *en* el Otro (Miller, 2005, p. 157).

Actualmente hay una enorme dificultad, propia del goce contemporáneo, de localizar el modo de goce a partir del Otro. En este sentido podemos entender las adicciones contemporáneas como envolviendo cierto tipo de sujeto que no logró colocar el objeto *a en* el Otro. Así es que, al ser excluido de la estructura de la lógica del significante, el objeto queda localizado en ese espacio que no es ni dentro ni fuera.

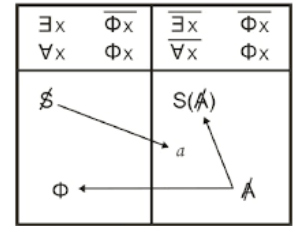
Una consecuencia de esta exclusión, en el nivel del cuerpo, es que no hay ningún límite para la producción del objeto *a* como plus-de-gozar. Otra consecuencia es que el objeto *a* pasa a deambular solo, separado de los cuerpos, pero dispuesto a retornar sobre ellos en cualquier momento. De este modo, en la toxicomanía, el objeto, en su vertiente de plus-de-gozar, está adherido a un producto de la industria (Brousse, 2008, p. 24).

Uno de los modos de retorno del objeto *a* como plus-de-gozar sobre el organismo es el objeto *droga*. Es en ese sentido que entiendo la *función* del objeto *droga* para un sujeto. Por otra parte, entenderla como *función* nos permite operar en el campo de las toxicomanías: *wo Es war, soll ich werden, donde la droga estaba, yo, como sujeto, debo advenir*. A partir de la suposición de que la droga usurpó el lugar del sujeto que, en lo más íntimo, se encuentra *en* el lugar del Otro. La droga materializa este plus-de-gozar. De este modo, cuando un sujeto más se encuentre (des)orientado por el discurso tecno-capitalista, los efectos del encuentro contingente con una droga podrán producir un acontecimiento de goce inolvidable (Miller, 2005, p. 190), y, a partir de ahí, asumir un modo de goce como una verdadera investidura.

2. ¿CUÁL ES PARA USTED LA ESPECIFICIDAD DE LA TOXICOMANÍA EN RELACIÓN CON LA GENERALIZACIÓN ACTUAL DE LAS ASÍ DENOMINADAS ADICCIONES?

El *más allá* –del principio del placer– concierne siempre a la ruptura del equilibrio, que puede comenzar con las cosquillas, y, como dice Lacan, terminar en la parrilla (Miller, 2005, p. 159).

A partir de la hipótesis de la feminización del mundo, y de la particularidad del modo de goce contemporáneo, determinado por la positivización –mostración del goce que hay– y no más por su negativización (Sinatra, 2013, p. 25), podemos orientarnos con las fórmulas de la sexuación. El lado femenino de la fórmula conlleva la suspensión entre dos vertientes: por una parte, la del vacío existencial con su falta de límite, $S(\bar{A})$ –vertiente de la parrilla–; y, por la otra, la que se dirige al goce fálico (Φ), categoría que sostiene el acceso al todo, a la excepción y al límite –vertiente de las cosquillas–:



A título de hipótesis, propongo diferenciar la especificidad de la toxicomanía de la generalización de las adicciones a partir de la suspensión del fiel de la balanza, en cada caso, entre esas dos vertientes: en el extremo de la vertiente de la parrilla $S(\bar{A})$ colocaría la verdadera toxicomanía, donde la categoría del falo no sería operatoria (insubordinación al servicio sexual) y el objeto droga funcionaria, sin excepción, como condensador de goce.

Del otro extremo (Φ), en la vertiente de las cosquillas, la masturbación como paradigma de las adicciones generalizadas, donde tendríamos la subordinación al goce fálico. En el caso de las adicciones generalizadas, se trataría de un tipo de goce –cínico– que no pasa por el cuerpo del Otro, sino por el propio cuerpo (autoerotismo): hay un rechazo consistente en que el goce del propio cuerpo no sea metaforizado por el goce del cuerpo del Otro. Por eso equivale al primer tiempo de la tesis freudiana sobre la adicción, donde, a través del acto de la masturbación, se opera un corto-circuito que *asegura* al sujeto el casamiento con el goce fálico, y que no descarta la inclusión del otro imaginario en la fantasía. Se trata aquí de un goce fragmentado, sexual.

En la vertiente de la especificidad de la toxicomanía, además de no pasar por el Otro, como en las adicciones generalizadas, tampoco pasa por el goce fálico. Tenemos aquí la tesis lacaniana de que la droga permite *romper* el «casamiento con el pequeño pipí», pues permite la fuga del problema sexual. Salvo en la psicosis, claro, donde la ruptura es anterior al encuentro con la droga.

Según la tesis lacaniana sobre la droga (Naparstek, 2005, p. 39), en las adicciones generalizadas tendríamos la inscripción del falo –primer tiempo–, pero, por la falta de su puesta en función –segundo tiempo–, el goce quedaría estancado, no se desplazaría. Por otra parte, la especificidad de la toxicomanía implica la no inscripción del falo –tiempo cero– donde el goce permanece real, como goce del órgano, y se hace necesario el objeto droga para aparejarlo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BROUSSE, M.-H. “Objetos soletados no corpo”, in *Arquivos da Biblioteca*, 5, Rio de Janeiro, EBP-Rio, Junho de 2008.
 MILLER, J.-A. “A volatilização da *Fixierung* freudiana” (cap. 14), in *Silet: os paradoxos da pulsão, de Freud a Lacan*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar Ed., 2005.
 MILLER, J.-A. “Modos de gozo” (cap. 11), in *Silet: os paradoxos da pulsão, de Freud a Lacan*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar Ed., 2005.
 NAPARSTEK, F. “La tesis lacaniana sobre la droga” (Clase IV), in *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2005.
 SINATRA, E. “La feminización del mundo” (Cap. II), in *L@s nuev@s adict@s: la implosión del género en la feminización del mundo*, Buenos Aires, Ed. Tres Haches, 2013.

Raquel Vargas (Buenos Aires, Argentina)

Psicoanalista. Miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis

1. ¿CÓMO ENTIENDE USTED LA FIJACIÓN DE UN SUJETO AL OBJETO DROGA?

«Quizá quien no padece de neurosis tampoco necesita de intoxicación alguna para aturdirse». (Freud, 1927, p. 48)

El epígrafe que elegimos para enmarcar la respuesta a estos dos interrogantes nos sitúa del siguiente modo: hay aturridos, y, entre ellos, hay un tipo especial que necesita para su estado un objeto del mundo, una sustancia de la realidad.

¿Qué podemos decir respecto de la fijación de un sujeto al objeto droga? Tal vez convenga situar en primer lugar el concepto de fijación. Es un concepto que Freud resaltó y señala de modo general un estancamiento de la libido que podemos entender como una falta de movilidad.

Lo que sigue para despejar el interrogante es que esa quietud tiene un lugar referido al tóxico, al objeto droga. Dejaremos de lado, por el momento, la noción de sujeto y la de objeto, que, si las pensamos desde la perspectiva del psicoanálisis, es decir, de alguien que se somete a la experiencia analítica, tiene coordenadas precisas a partir de la verificación del funcionamiento –o no– de la castración.

La fijación al objeto droga ubica a alguien ligado a un ciclo de repeticiones en el consumo de esa sustancia. Podemos ubicar puntos diferenciales en ese sintagma amplio que es: el objeto droga. Es preciso hacer diferencias entre ellas como lo indica J.-Alain Miller (Miller, 1996-97, p. 52). A partir de las diferencias que establece en el uso de las mismas –marihuana, heroína, cocaína o alcohol– notamos que esta práctica puede o no interrumpir el lazo social.

Cabe aquí la pregunta sobre si, cuando decimos fijación al objeto droga, estamos ubicando una patología que llega a un grado máximo que conocemos como separación del Otro.

El sujeto prefiere este objeto a cualquier otro. Esta preferencia se revela en la práctica que conocemos como goce toxicómano y es una preferencia incluso más potente que cualquier sentimiento de preservación de la propia vida que parte de su cuerpo. Es un goce que no quiere el bien del sujeto y, por lo tanto, es un goce que cuestiona lo que Freud quiso hacer existir como pulsión de autoconservación.

La droga tiene su éxito, dice Lacan (Lacan, 1975, p. 16) y es el de la ruptura del matrimonio con «el pequeño hace pipi». Agregamos, entonces, que se trata de una fijación paradójica, ya que lo que revela es una ruptura. Nos preguntamos frecuentemente en esta vía sobre la función del tóxico.

2. ¿CUÁL ES PARA USTED LA ESPECIFICIDAD DE LA TOXICOMANÍA RESPECTO DE LA GENERALIZACIÓN ACTUAL DE LAS ASÍ DENOMINADAS ADICCIONES?

De modo amplio, la droga es el punto de referencia que nombra una práctica, la toxicomanía (Freda, 1997, p. 307). Para ubicar la especificidad de la toxicomanía, diremos que ella se define como un modo de gozar que es directo (Miller, 1997, p. 311), donde se prescinde del Otro y se hace solo.

Esa prescindencia se inicia en el falo, y eso constata una relación con su función, es decir, con la castración ¿Qué es la castración? Es la esperanza de que el goce se vuelva *partenaire* porque obligaría al sujeto a encontrar el complemento de goce que hace falta en el Otro (Miller, 1996-97, p. 67).

La droga se ubica en la toxicomanía como un tipo particular de *partenaire* y se justifica, así, hacerlo entrar en el registro de la relación del sujeto moderno con el objeto de consumo. Su especificidad es doble. Por un lado, se refiere al objeto droga como lo hemos destacado, y, por otro, se lo reconoce como un elemento sincrónico en el desarrollo social contemporáneo y su relación directa con el plus de gozar. (Miller, 1997, p. 312).

Las adicciones designan un campo más amplio que no ubica un objeto fijo necesariamente.

La palabra *addictus* designó en tiempos muy antiguos a un tipo muy concreto de esclavos. Literalmente, se traduce como «entregado a otro» al que se le debe enorme dinero o favores. Tal vez a partir de este pequeño elemento antiguo pueda comprenderse mejor que la modernidad la generalice al punto de que cualquier cosa puede designar una forma de adicción, o sea, de esclavitud.

Lacan habló desde el comienzo de su enseñanza de esa figura, el esclavo. Lo encontramos desde siempre en la historia de la realidad humana excepto en China. Es preciso ubicar en el esclavo un elemento atemporal, por su presencia generalizada, que es lo que Freud descubre con el nombre de pulsión. Lacan señala algo sobre este punto en el seminario que se conoce como *Los no incautos yerran* o *Los nombres de padre*. Lo citamos: «La única civilización verdaderamente mordida por el goce, era preciso que tuviera esclavos. Porque quienes gozaban eran ellos. Sin los esclavos, nada de goce» (Lacan, 20/01/1973).

La generalización del término adicción se justifica si lo pensamos en relación a la pulsión. La pulsión es algo que domina, impone su satisfacción. Si la castración encuentra su función, la pulsión acepta un circuito y la palabra presta su materialidad.

Se puede también ser esclavo de la palabra. Lacan expresó su deseo de un discurso sin palabras. ¿Era el anhelo de un discurso sin esclavos? ¿Se puede ser adicto-esclavo de tantas maneras! La esclavitud parece una condición inicial que se imprime a partir primer shock pulsional que experimenta el sujeto.

Se intuye en las llamadas adicciones un movimiento, un desplazamiento, mientras que en la toxicomanía no. La toxicomanía ¿es una esclavitud realizada, sin amo? ¿Las adicciones son las esclavitudes en busca del amo?

Para concluir, diremos unas palabras sobre el sujeto y el objeto, ya que son términos incluidos en el primer interrogante. El objeto *a* que forjó Lacan no es el objeto droga. El objeto *a* no es una sustancia. Es vacío, borde. Las materializaciones del vacío pueden encarnarse en sustancias y objetos. Son modos de poblar el desierto que crece como lo anunció Nietzsche. El sujeto, aquí, se divide o desaparece.

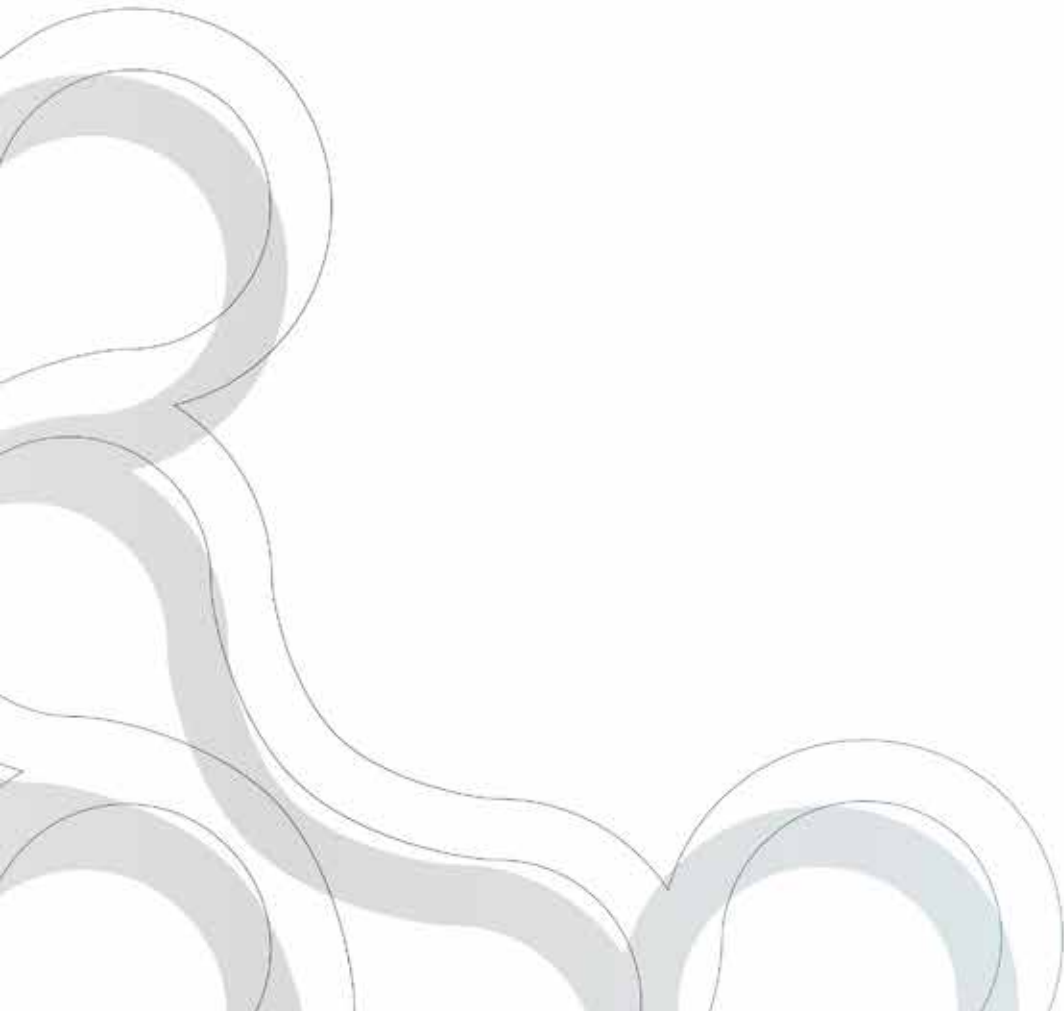
De modo que no es seguro que cuando hablamos del objeto droga podamos hablar de sujeto, que es siempre lógico y parte de 0, de un vacío, tal como lo entendemos en la experiencia de la palabra y del lenguaje.

Sujeto y objeto en psicoanálisis designan la posibilidad de una gramática en el desierto en el que, como nos

dice Lacan, suele haber un mundo loco (Lacan, 1966/67, p. 11).

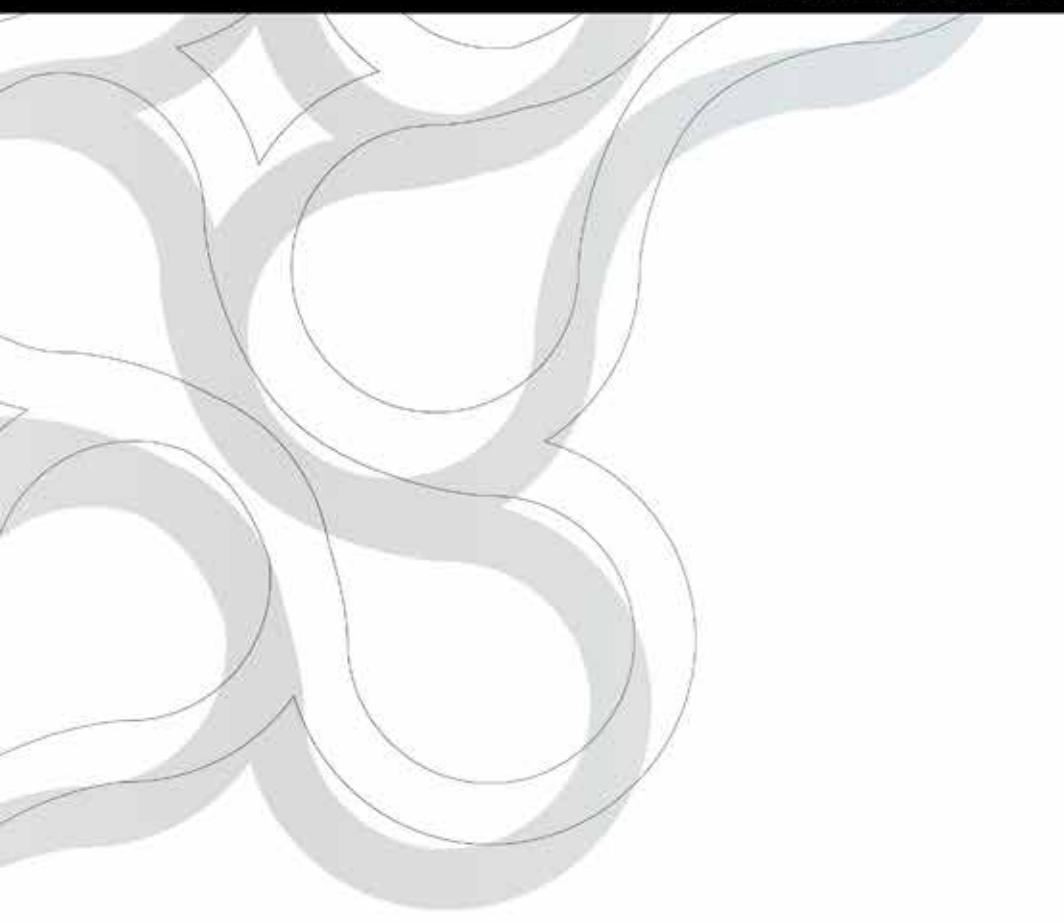
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S., El porvenir de una ilusión, Ed. Amorrortu, Tomo XXI, Bs.As.
Miller, J.-A. La teoría del Partenaire, Revista Lacaniana año X nro.19. EOL 2015
Lacan, J. Cierre de las Jornadas de Estudio de Carteles de la Escuela Freudiana, publicado en este número de Pharmakon Digital.
Freda, H. La toxicomanía, una nueva forma de síntoma, ponencia en la clase del 2 de abril de 1997 en El Otro que no existe y sus comités de ética, ed. Paidós, 2005.
Miller J. -A. El Otro que no existe y sus comités de ética, ed. Paidós, 2005.
Lacan J. Los no incautos yerran, Clase 2, inédito.
Lacan, J. La lógica del fantasma, Lacaniana, año VII, nro 10, EOL, 2010



 PHARMAKON Digital

ESTÉTICAS DE CONSUMO



RESEÑA DEL LIBRO DE JESÚS SANTIAGO: LA RUP- TURA CON EL GOCE FÁLICO Y SUS INCIDENCIAS EN EL USO CONTEMPORÁNEO DE LAS DROGAS THE BREAK WITH THE PHALLIC JOUISSANCE AND ITS IMPLI- CATIONS FOR CONTEMPORARY USE OF DRUGS

Lilany Pacheco (Belo Horizonte, Brasil)

Miembro de la Escola Brasileira de Psicanálise (EBP). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Coordinadora del Núcleo de Toxicomanía y Alcoholismo del Instituto de Psicanálise e Saúde Mental de Minas Gerais

Resumen: La reseña del libro de Jesús Santiago, *La droga del toxicómano: Una compañía cínica en la era de la ciencia*, se focaliza en la discusión entablada por el autor sobre la definición lacaniana de la droga como aquello que permite romper el casamiento con el falo, y el lugar de esta conceptualización en la enseñanza de Lacan, de forma de esclarecer las incidencias de esta afirmación respecto al uso de las drogas en la contemporaneidad.

Palabras clave: psicoanálisis, toxicomanía, droga, ruptura con el falo.

Abstract: The book review of Jesús Santiago's "The drug addict: a cynical partnership in the era of science", focused the discussion made by the author of the lacanian definition of the drug as allowing to break the marriage with the phallus and the place of this conceptualization in Lacan's teachings, in order to clarify the implications of this statement to think the use of drugs in contemporary times.

Keywords: psychoanalysis, drug addiction, drug, break with the phallus.

El encuentro con el libro *La droga del toxicómano* se dio antes del lanzamiento de la primera edición, en 2001. En 1994 Jesús Santiago me confió una edición en rústica con la traducción de su tesis realizada en la Universidad de París VIII. La lectura de ese trabajo de tesis tuvo un efecto decisivo en mi formación psicoanalítica, dada su participación decidida en la llamada «orientación lacaniana», esa que todos conocemos como sostenida desde los inicios de los años 80 por Jacques-Alain Miller. Escrito al inicio de los años 90, teniendo una primera edición impresa en 2001, el autor advierte haber hecho modificaciones en función de sus avances sobre el tema. El tiempo transcurrido desde su primera edición permitió que saludásemos el libro de Jesús Santiago por la primorosa revisión realizada de la obra de Freud, los posfreudianos y Lacan, de la cual podemos extraer coordenadas inestimables para una clínica psicoanalítica de las toxicomanías, a saber:

1. Para Lacan, el fenómeno toxicómano se caracteriza por el uso metódico y ordenado de los diversos productos que materializan el efecto real de la ciencia sobre el cuerpo.
2. Siendo esto así, el uso de estas sustancias tóxicas se convierte en objeto de una hipótesis que se inscribe en el horizonte de la llamada dimensión ética del goce.
3. Abordar la toxicomanía desde el punto de vista ético del goce del cuerpo lleva, ciertamente, a concebirla como un modo particular de satisfacción, diferente de la dependencia biológica propia de toda concepción moral, represiva y biologicista en relación al acto toxicómano.

4. Históricamente, las drogas son convocadas para responder a lo que las antiguas escuelas de pensamiento nunca eludieron como una de las propias leyes de su reflexión ética: la cuestión del goce del cuerpo.

5. Actualmente, la ciencia ofrece operadores químicos capaces de constituirse en reguladores de la economía libidinal misma, cuya única finalidad es extraer satisfacción en el plano del cuerpo. Esa sería la técnica de cuerpo que podría considerarse como un plus-de-gozar especial, en razón del modo de captación de los excedentes de goce generados por el uso de la droga y las parejas cínicas de la contemporaneidad.

6. Circunscribir el factor económico —o la dimensión ética del goce— presente en la relación del sujeto con la droga lleva a recusar toda concepción del acto toxicómano basada en la problemática noción de dependencia química, que se restringe al aspecto de represión o de desintoxicación vía abstinencia de las drogas, admitiéndose, por lo tanto, la originalidad del psicoanálisis y las consecuencias del deseo del analista frente a cualquier voluntad de obturar lo real por las falsas ciencias reclamadas en la orientación del tratamiento del uso de drogas en la contemporaneidad.

7. Finalmente, entre los puntos ya destacados del fundamental trabajo de investigación realizado por Jesús Santiago en *La droga del toxicómano*, encontramos, de modo inédito, las coordenadas para la extracción de un abordaje clínico propiamente lacaniano de la droga, cotejado con las proposiciones de Freud y los posfreudianos, que intentaran infructuosamente situar la distinción entre el objeto droga y el objeto «genital», recayendo siempre en la hipótesis de la toxicomanía como perversión.

8. Basándose en los escritos de Lacan sobre Psicoanálisis y Medicina, Jesús Santiago ilumina el hecho de que «la cuestión clínica de la droga expone, precisamente, la paradoja de la satisfacción extraída de un objeto cuya nocividad tóxica para el organismo la investigación científica se limita a repetir de forma monótona e indefinida. Esa paradoja consiste, pues, en que el sujeto no persigue, forzosamente, un objeto que le procura el bien» (Santiago, 2001, p. 147-153). Así, hay una diferencia en cuanto al objeto, puerta abierta a los *gadgets*, tal como es explicitado en la introducción al capítulo IX, objetos listos para gozar de forma muy particular, objetos que no siempre tienen un efecto de substancia actuando sobre el cuerpo, sino coincidiendo con la indiferencia en cuanto al objeto y toda la vertiente paradójica de la satisfacción de la pulsión y sus relaciones con el cuerpo.

La perspectiva de añadir los avances sobre el tema se concretará en la nueva edición de *La droga del toxicómano*, teniendo en cuenta el alcance y los actuales horizontes clínicos perfilados por la ultimísima enseñanza de Lacan. En este momento pretendo destacar el trabajo realizado por Jesús Santiago en el capítulo titulado «Voluntad de ser infiel al goce fálico», en el cual el autor retoma la definición lacaniana de la droga formulada en la *Cierre de las Jornadas de Estudio de Carteles de la Escuela Freudiana* (1975). Lacan establece una articulación precisa sobre el uso de la droga por el sujeto. Localiza la angustia en el momento en que el «hombrecito [...] se da cuenta de que está casado con su pija. [...] es lo que generalmente se llama pene o pito, y que se infla cuando se dan cuenta que no hay allí nada mejor con que hacer falo. [...] Pero —prosigue Lacan— si hay algo que en los cinco psicoanálisis está hecho para mostrarnos la relación de la angustia con el descubrimiento del pequeño-pipí [...], porque hablé de matrimonio, y todo lo que permite escapar a ese matrimonio evidente-

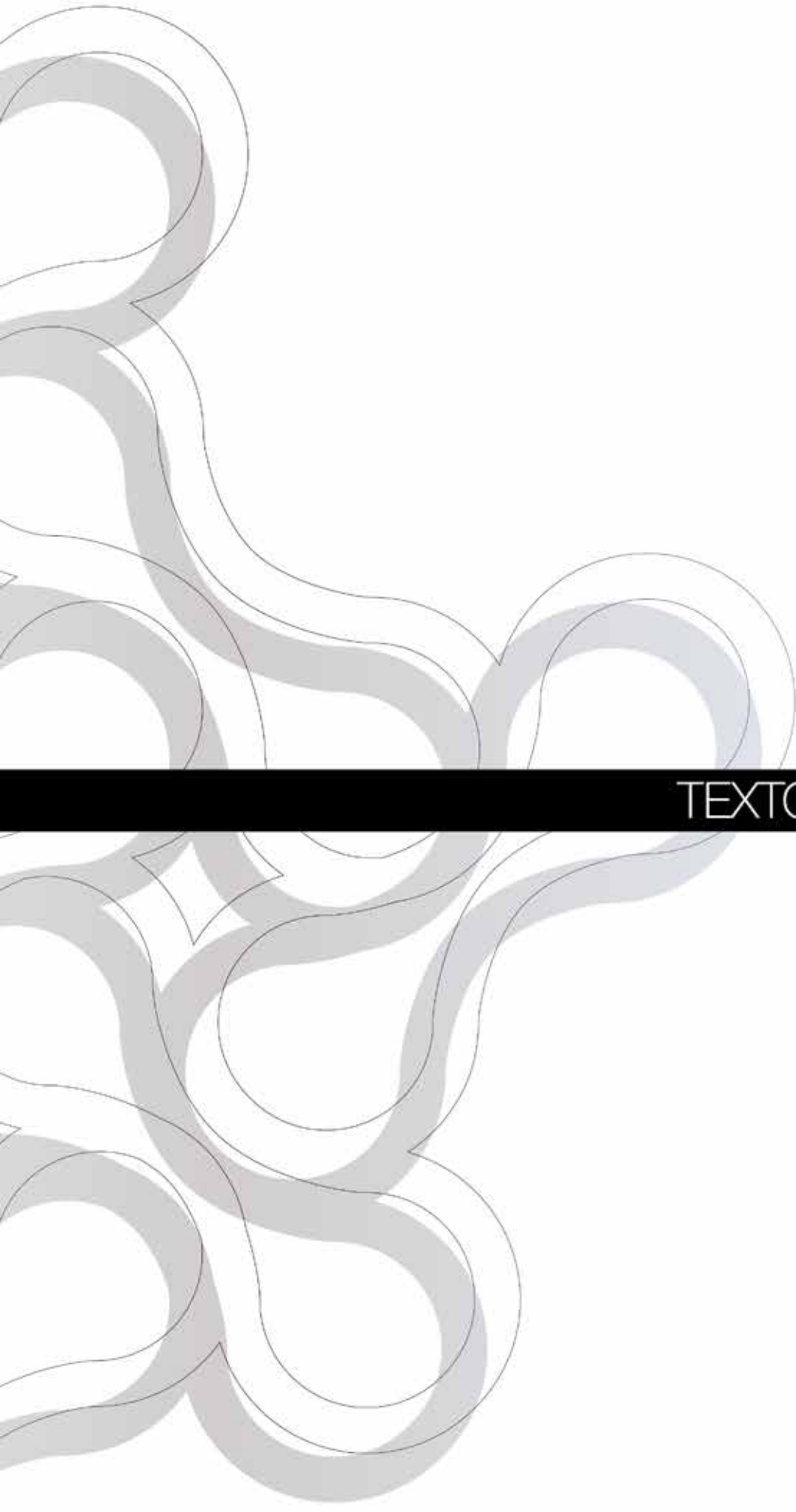
mente es bienvenido, de allí el éxito de la droga, por ejemplo, no hay ninguna otra definición de la droga que ésta, es lo que permite romper el matrimonio con el pequeño pipí» (Santiago, 2001, p. 167 y ss.).

La discusión exhaustiva de la definición lacaniana de droga –«es lo que permite romper el matrimonio con el pequeño pipí» (op. Cit.)–, promovida por este autor, esclarece la distinción entre goce masturbatorio, y sus vías autoeróticas, perversión y goce en la toxicomanía, situando la pista de Lacan para la castración como goce que libera, necesariamente, una angustia. La metaforización del Deseo de la Madre por el significante del Nombre-del-Padre –y las formas de carencia paterna que pueden producirse en esta operación lógica– sitúa la investigación sobre el fenómeno toxicómano en el terreno de la conceptualización de la falla, del agujero en el goce fálico, introducida por Lacan en el curso de su investigación sobre las psicosis. «Esa conceptualización sobre la exclusión del orden fálico en las psicosis es, inicialmente, formalizada por el matema phi sub cero [Fo]; y, para la falla de la simbolización del Nombre-del-Padre, Lacan propone la notación [Po]» (Santiago, 2001, p. 176). El trabajo riguroso de investigación de Jesús Santiago nos lleva de la mano hasta el núcleo de las interrogaciones lacanianas sobre las diversas condiciones en las cuales un término implicaría necesariamente a otro, y, en especial, las posibilidades de efectuar una ruptura con el goce fálico sin que haya forclusión del Nombre-del-Padre. Campo abierto a la investigación desde el momento en que, como analistas, estamos frente a los más genuinos fenómenos de la práctica de la droga en nuestro días.

Traducción del portugués: Maximiliano Zenarola

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

LACAN, J. «IV Jornadas de Estudos dos Cartéis da Escola Freudiana/Sessão de Encerramento.» Publicado en este número de Pharmakon Digital.
SANTIAGO, J. «A droga do toxicômano: uma parceria clínica na era da ciência», Rio de Janeiro, Zahar, 2001 (Campo Freudiano do Brasil).



 PHARMAKON Digital

TEXTOS TEMÁTICOS

CINCO AXIOMAS APLICADOS A LA CLÍNICA DE LAS TOXICOMANÍAS

FIVE AXIOMS APPLIED TO THE CLINIC OF DRUG ADDICTIONS

Darío Galante (Buenos Aires, Argentina)

Analista Practicante de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

Co-director del TyA Argentina.

Resumen: El trabajo se propone revisar cinco axiomas que Jacques-Alain Miller postula para la clínica psicoanalítica de nuestra época actual y su aplicación a la clínica de las toxicomanías.

Palabras clave: psicoanálisis, toxicomanías, hipermodernidad.

Abstract: This paper deals with five axioms that were forged by Jacques-Alain Miller to illustrate the actual psychoanalytical clinic and their application to the clinic with drug addictions.

Keywords: psychoanalysis, drug addictions, hypermodernity.

En la clínica actual el psicoanalista suele encontrarse con un sujeto desorientado. Podemos verificar en el campo de la toxicomanías que muchos pedidos de tratamiento no son más que una demanda en la que el discurso capitalista ya operó en su faceta más estragante. Frecuentemente se demandan tratamientos para moderar el consumo para, precisamente, poder seguir consumiendo.

La proliferación de objetos que el mercado ofrece produce la paradoja por la cual se promociona un goce en el que el sujeto queda atrapado en un falso dilema. Al no haber una responsabilidad orientada, surge la ansiedad, confundiendo así una práctica de goce con una elección.

A su vez se impulsa una cura al malestar contemporáneo con los métodos propios que el sistema ofrece como fantasía. Una ficción basada en la idea de que se puede abordar el sufrimiento sin pasar por el síntoma.

Debemos preguntarnos si esto es posible, es decir: ¿se puede abordar el sufrimiento sin pasar por el síntoma? Y debemos contestar que, en principio, sí. Sobre todo si partimos de la idea de que tratar un malestar no es lo mismo que transformarlo en una experiencia en la que un sujeto pueda hacer algo distinto con lo inefable.

En muchas ocasiones el psicoanalista es demandado como un especialista en toxicomanías, erigido como un representante del agente de salud. Ubicado en ese lugar suele demandársele lo mismo que a muchos otros: sentido, devenido en un objeto de uso.

EL TÓXICO Y EL CUERPO

¿Qué es lo que lleva a un sujeto a querer incorporar una y otra vez un tóxico en el cuerpo? Esta pregunta es clave para entender la problemática de las toxicomanías. Es decir, que el meollo del asunto no pasa tanto por el consumo en sí, que incluso puede ser ocasional, sino por la repetición de esta práctica.

Para responder a esta pregunta, podemos orientarnos con Jacques Lacan cuando en su Seminario XIX plantea la relación desordenada que tiene el Ser hablante con su cuerpo, atribuyéndole al goce la causa de tal perturbación y al lenguaje

la función de suplencia que ordena, en cada sujeto de un modo en particular, la intrusión del goce en la repetición corporal.*

Esta referencia se puede entender mejor, sobre todo en lo que atañe a la problemática de las toxicomanías, a partir de lo que plantea Jacques-Alain Miller (Miller, 2003, pág. 272) cuando destaca que lo que Lacan demuestra es que todo goce material es goce Uno, goce del cuerpo propio. Es decir que siempre es el cuerpo propio el que goza. Siguiendo este razonamiento es que podemos sostener que «uno puede drogarse con drogas, pero también con el trabajo, la pereza, la televisión. En otras palabras, esta intuición que se repite sin pensar demasiado descansa en una evidencia: el lugar propio del goce es en todos los casos el cuerpo propio, y así el goce es una dimensión esencial del cuerpo».

Podemos suponer entonces que, originariamente, está el goce del cuerpo, y luego el objeto del goce, siendo las drogas uno de esos objetos posibles.

A partir de *Aún* (Lacan, 1989), Lacan se dedica a mostrar que el goce es fundamentalmente Uno, poniendo el énfasis en que, primariamente, es el cuerpo propio el que goza, más allá del Otro.

EL SER Y EL CUERPO

Para el hombre, su falta en ser, como efecto del significante, divide su ser de su cuerpo. Por un lado se es (ser) y por otro se tiene un cuerpo (tener).

Por el hecho de poseer un cuerpo el hombre también tiene síntomas. Se tiene síntomas porque no se es un cuerpo sino porque se tiene un cuerpo. Los imprevistos que suceden en el cuerpo señalan cotidianamente que no se es un cuerpo, sino que se lo tiene.

Estos imprevistos los encontramos, por ejemplo, en un sujeto que en un momento importante de su vida, al dar un discurso, siente ganas de orinar; u otro que siente que se le seca la garganta; y también en un joven que conquista muchas mujeres, pero que cuando encuentra una que sí le interesa, sistemáticamente, tartamudea.

Estos sucesos, como tantos otros –si se los sabe analizar– son acontecimientos discursivos que dejan huellas en el cuerpo, que producen síntomas. Es decir que el sujeto en análisis puede encontrar los acontecimientos que trazan sus síntomas.

El significante tiene efecto de significado y al mismo tiempo afecta a un cuerpo. El acontecimiento funda la huella de afecto, viene a ocupar el lugar del trauma como aquello que mantiene un desequilibrio permanentemente: esto es lo que llamamos acontecimiento traumático. El afecto esencial, entonces, es la marca del lenguaje sobre el cuerpo.

Diferenciamos, entonces, lo que puede ser un acontecimiento que genera angustia –por ejemplo, la observación del coito de los padres– de la marca del lenguaje sobre el cuerpo, aunque un episodio caiga justo en el lugar de lo traumático.

Esta idea –la del lenguaje como traumático– conduce a Lacan a trabajar paulatinamente sobre una idea del sujeto con un complemento corporal. Y ese complemento corporal se va construyendo en la conceptualización del objeto *a*.

Este objeto marca el exceso de goce que el sujeto padece en el cuerpo por el solo hecho de ser un sujeto

del lenguaje. Es un objeto en el que se destacan dos vertientes. Por un lado, en términos lógicos, es un vacío, cuando se lo considera como el objeto de la pulsión, es un vacío en torno al cual gira el sujeto, su consistencia es de lógica pura. El segundo aspecto del objeto es que es una extracción corporal (Miller, 2003). Finalmente, Lacan salva esta dicotomía entre el sujeto y el objeto con el término *parlêtre*.

Lo importante en este punto es marcar al síntoma como estructural en el sujeto; su aspecto contingente es lo que le va sucediendo en la vida al sujeto, lo que forma parte de la envoltura formal del síntoma, mientras que su faceta real se organiza a partir de lo que Lacan conceptualiza como no relación sexual: ¡éste es el gran trauma del *parlêtre*, lo que deja huellas en el cuerpo del sujeto!

Miller (Miller, 2012) señala que, a partir del seminario XX, Lacan va a trabajar el pasaje del sujeto al *parlêtre*, es un pasaje que tiene como consecuencia el mayor peso que cobra el cuerpo en la dirección de la cura; se pasa de este modo del significante puro (sujeto) al sujeto más el cuerpo (*parlêtre*).

Es en el seminario XXI, *Les non dupes errent*, donde Lacan va a destacar que el acontecimiento es el decir de cada uno (Lacan, 1974). Este acontecimiento no se refiere a lo simbólico, en tanto lo que sucede en la historia del sujeto, sino a lo real, a lo que se escribe más allá del desciframiento.

Que el síntoma sea un acontecimiento de cuerpo destaca entonces que la referencia al síntoma no está en el Otro. El síntoma, desde esta perspectiva, deja de ser un significado que le viene al sujeto del Otro para pasar a ser algo que le sucede en el cuerpo en tanto Uno.

La definición del síntoma como acontecimiento de cuerpo nos permite analizar un rasgo muy presente en la práctica de las toxicomanías, que se presenta como el primer obstáculo a sortear: en dicha práctica se ingiere una sustancia en el cuerpo que, en principio, no se significa como síntoma.

LOS CINCO AXIOMAS

Si algo nos enseña la clínica de las toxicomanías es precisamente esto: el goce está en el cuerpo. Entonces el problema que se reedita una y otra vez, cuando la solución encontrada por el sujeto es el tóxico, es cómo pasar, en la transferencia, del Uno al Otro.

Esta suerte de encrucijada que constatamos cotidianamente en nuestros consultorios nos permite pensar en una serie de casos en los que la apertura al discurso del Inconciente se presenta en un horizonte de imposibilidad.

Hay muchas consultas que de algún modo quedan en esa fase en la que no hay un llamado al Otro sino que en verdad a veces solo son tibios intentos de manifestar alguna queja. Este mundo de hoy, el mundo de las adicciones, en el que todo puede convertirse en una adicción, condiciona de un modo muy particular los casos que llegan a la consulta del analista. Como planteaba al comienzo, considero que es fundamental precisar en cada consulta qué es lo que se le demanda al analista y cómo se le demanda.

En su seminario *El lugar y el lazo*, Miller plantea que «podríamos forjar principios, verdaderos axiomas (en el sentido de “evidencias indiscutidas”) que hoy encontramos en lo que yo llamaba el mundo, nuestro partenaire-mundo» (Miller, 2013, pág.82). Miller propone allí cinco axiomas que pueden darnos una orientación muy precisa de cómo llegan los sujetos hipermodernos a la consulta. Considero que estos desarrollos están es-

pecialmente indicados en los que se constata que la consulta al analista se orienta más por conseguir un alivio en el principio del placer que en asumir una responsabilidad en la posición de sujeto (Lacan, 1985, pág. 837), es decir, que son especialmente indicados para aplicarlos al caso de las toxicomanías.

PRIMER AXIOMA: EL DESEO MANIPULADO EN EL SENTIDO DE LA DEMANDA

El primer axioma consiste en reducir el deseo y falsearlo para convertirlo en demanda, determinando de este modo una oferta acorde a esta manipulación.

Doy un ejemplo de cómo se puede entender este punto. Un sujeto llega a una consulta y, luego de esbozar algo de lo que le sucede, se obtura su decir con enunciados similares a: «lo que a usted le pasa es...», «entonces debería hacer...», «porque lo que usted quiere y no puede es...». Es un procedimiento relativamente sencillo que explica en parte el auge de determinadas psicoterapias que ofrecen tratamientos «fast food»**.

De este modo se construye un deseo con el formato de la demanda. Es decir que si, por ejemplo, el sujeto está excedido de peso, se lo conduce a que quiera adelgazar, dando por sobreentendido que el deseo de un sujeto excedido en peso es adelgazar. Del mismo modo, si consume drogas se supone que, si eso no es bueno para su salud, entonces seguro que su «deseo» es dejar de consumirlas.

Con el psicoanálisis sabemos que no hay nada más engañoso que la demanda, y que no contemplar en la misma cierta obscuridad implícita en todo pedido puede llevar al tratamiento a innumerables callejones sin salida.

SEGUNDO AXIOMA: EL DERECHO AL GOCE.

Este axioma, que implica la inserción del goce en el registro del deseo, toca muy de cerca a quienes trabajamos en el campo de las toxicomanías. Es muy notable el modo en que se muestra, por ejemplo con el consumo de marihuana y todo el fenómeno asociado a la cultura cannábica. Las publicaciones, los foros, las marchas por la despenalización del consumo de marihuana apuntan a esta reivindicación del goce.

Si ponemos el acento en ese individuo contemporáneo cansado, atormentado por la inseguridad en sus múltiples formas, agobiado por la falta de certidumbres, y que llega a la noche a su casa y se enchufa al televisor a mirar lo que se le ofrece, es posible entender mejor por qué se reivindica el derecho al goce.

En este punto es importante destacar la relación existente entre el encierro en el que un individuo puede caer y el encuentro con un goce envasado y de rápido acceso. Es ingenuo pensar que lo va a dejar así como así porque eso le haría mal a su salud: es fundamentalmente desconocer el principio pulsional que rige la conducta del ser hablante. Se reivindica entonces el derecho a gozar del cuerpo, acentuado en muchas ocasiones por la escasez de goce, por la falta de satisfacción en lo cotidiano.

TERCER AXIOMA: LA PALABRA CONCEBIDA COMO INSTRU-

MENTO DE BIENESTAR

Dice Miller que esto sustrae a la palabra de su función de verdad para convertirla en una función de equilibrio psíquico, un medio de homeostasis. Este sería un principio catártico basado en la idea de que hablar hace bien, lo que en parte es cierto.

Nuestra clínica nos muestra el límite de esta idea; lo constatamos, por ejemplo, en los casos de alcoholismo. El alcohólico suele hablar, y mucho. Sin embargo, es el mejor ejemplo de que hablar no es decir, y que se puede hablar mucho para no decir nada. Se puede registrar en este punto esos casos que suelen encontrarse en los centros públicos de atención, en los que los individuos «consumen» su tiempo de atención, y, cuando se termina dicho plazo, van en busca de otro espacio en el que puedan «hablar de lo que me pasa».

Es importante destacar en este punto que los individuos no van al terapeuta necesariamente a efectuar un cambio en sus vidas: muchas veces van a justificar su modo de vida y sus miserias. Es primordial asimismo ubicar la repetición y la justificación asociada en algunos sujetos de por qué se drogan. En muchas ocasiones, cuando el analista insiste con el síntoma, constata una intensificación de la resistencia.

Por lo tanto, en este axioma se destaca especialmente el goce de *lalangue*.

CUARTO AXIOMA: EL SENTIDO ES INVITADO A JUGAR CONTRA LO REAL

Dice Miller que esta es la causa por la cual actualmente se puede llegar a sostener que lo real no existe. En una epistemología en la que todo puede ser relativizado, es lo mismo ser una cosa que otra, tomar una decisión o dejar que las cosas pasen, etc. Consecuentemente, el riesgo más próximo es que un individuo puede «jugar» a «analizar» sus consumos para, precisamente, seguir consumiendo. Es decir que puede hablar, por ejemplo, una y otra vez durante años sobre su adicción a determinada sustancia para, precisamente, justificar su consumo.

En este punto le corresponde el analista forzar la idea de que hay un real, y que ese real afecta al cuerpo, debido a que la metonimia al servicio del goce es cómplice de la situación que se denuncia.

QUINTO AXIOMA: NO JUZGUÉIS

En la hipermodernidad se denuncia la inexistencia de un fundamento real para juzgar al otro. Esta falta de fundamento está basada en un cambio en el rol de la autoridad.

El psicoanálisis inventado por Freud forjó sus principios y su terapéutica a partir de un exhaustivo análisis de la sociedad disciplinar, en la que el mundo estaba condicionado por el nombre del padre, cuya principal función era establecer la prohibición. En cambio, actualmente atravesamos una etapa de consensos que, si bien tienen, por supuesto, su lado positivo –porque se le da voz a cada sujeto en particular–, en un punto se torna desconcertante.

En muchos casos esa pluralidad esconde una dificultad para establecer un juicio. Se nota el problema que eso trae aparejado cuando se constituyen los colectivos humanos en los que hay que llegar a un acuerdo entre las

partes interesadas. A veces se suceden escenas tragicómicas. Desde lo más importante hasta lo menos importante debe ser consensuado; en algunos casos hay grupos que ¡se autodisuelven tratando de poner un horario de reunión!

Este principio –no juzgar– puede inhibir de preguntar lo que sí se tiene que preguntar. Habría que diferenciar en este punto lo que sería juzgar determinada situación, de hacer una valoración moral. Por ejemplo, se puede tomar una posición determinada sobre las consecuencias que tiene para un sujeto el consumo de una sustancia en el lazo social. No hay que confundir entonces las consecuencias éticas de una determinada posición subjetiva de lo que puede ser su valoración social y la serie de prejuicios asociados a lo que según las épocas adquiere un sentido determinado.

Es decir que el tratamiento de las toxicomanías implica, además del análisis de cada situación en particular, la toma de decisiones concomitante a ese análisis. Sobre todo en el punto en el que nos encontramos. Ya no es tan frecuente encontrar a aquel sujeto traumatizado por su falta en relación al Ideal, sino a un individuo desorientado, confundido por sus practicas de goce (Forbes, 2015).

La consulta en las que se presenta un sujeto afirmado en su ser de goce cuestiona los estándares de cualquier práctica. Estos cinco axiomas, muy presentes en la clínica de las toxicomanías, son obstáculos a considerar sobretodo en los inicios del tratamiento, debido que en algunos casos impiden llegar a un punto en el que el caso pueda comenzar a considerarse como tal. Lo que es indicativo, de algún modo, de estas nuevas presentaciones del malestar contemporáneo.

En este nuevo (des)orden simbólico que se plantea en el siglo XXI, la practica de las toxicomanías interpela al psicoanalista: ¿estará a la altura de las circunstancias o se refugiará en viejas recetas? Con Lacan aprendimos que nuestra clínica siempre debe preservar la dimensión de la sorpresa...

NOTAS

* «[...] el lenguaje funciona originariamente como suplencia del goce sexual. De ese modo ordena la intrusión del goce en la repetición corporal» (Lacan, 2012, pág. 41).

** Llamo de este modo a determinadas ofertas terapéuticas que se promocionan acentuando los logros rápidos que supuestamente conseguirían al no requerir por parte del paciente que se comprometiera con el tratamiento. Es decir, ofrecen un producto –el terapeuta–, que se «digiere» con facilidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FORBES, J. "Inconciente y responsabilidad", Manole (San Pablo), Barueri, 2012.
LACAN, J. "La ciencia y la verdad", en *Escritos II*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, 1985.
LACAN, J. "El Seminario, Libro 19. ... o peor", Buenos Aires, Paidós, 2012.
LACAN, J. "El Seminario, Libro 20. Aún", Buenos Aires, Paidós, 1989.
LACAN, J. "Les non dupes errent", inédito.
MILLER, J.-A. "La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica", Buenos Aires, Paidós, 2003.
MILLER, J.-A. "La fuga del sentido", Buenos Aires, Paidós, 2012.
MILLER, J.-A. "El lugar y el lazo", Buenos Aires, Paidós, 2013.

LA ESPECIFICIDAD DE LA TOXICOMANÍA

THE SPECIFICITY OF DRUG ADDICTION

Maria Wilma S. de Faria (Belo Horizonte, Brasil)

Analista Practicante de la Escola Brasileira de Psicanálise (EBP), Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

Responsable por TyA en Brasil.

Resumen: El texto procura localizar qué es lo específico de la toxicomanía, diferenciándola de la adicción. Promueve una reflexión sobre el uso de la sustancia en el cuerpo, y cómo el cuerpo en su vertiente de resto está presente en la toxicomanía, de un modo diferente que en las adicciones.

Palabras clave: objeto droga, cuerpo, goce

Abstract: This paper aims to identify what is specific in drug addiction, differently from addictions. It promotes a reflection about the use of substances in the body, and how the body as a rest is present in drug addiction, differently from addictions.

Keywords: drug as an object, body, jouissance

EL OBJETO DROGA

La invitación propuesta por Mauricio Tarrab* para avanzar en la especificidad de la toxicomanía nos incitó a ponernos a trabajar. Desde que nos dedicamos a la investigación en el campo de la toxicomanía, el psicoanálisis de orientación lacaniana nos enseñó a *no detenernos en el objeto droga*, sino en la singular relación que un sujeto establece con la misma –su forma de enlace–, y también a procurar localizar la *función que la droga ocupa en la economía psíquica de cada sujeto*. Sin embargo, una cuestión que nos persigue: el uso incesante, masivo, repetitivo de una sustancia en el cuerpo, la adherencia pulsional de un sujeto a una determinada droga, ¿podría ser colocada en el mismo nivel que una relación intensa de un sujeto a uno de los *gadgets* de nuestra cultura, como los objetos electrónicos, celulares, internet, entre otros? Un poco de cautela es necesaria al considerar en el mismo nivel la relación con objetos tan diferentes. Si no, veamos: el objeto droga, sustancia introducida en el cuerpo, sea por vía oral, nasal, inyectable, causa efectos químicos en el cuerpo, alterando la percepción, la consciencia, provocando sensaciones nuevas, llevando a veces hasta el colapso de ese cuerpo. Hay un real en juego en la relación que el toxicómano establece con la sustancia, real que muchas veces coloca a la muerte en el horizonte y como límite, lo que no se puede omitir. En la práctica clínica, especialmente en instituciones especializadas, nos encontramos con urgencias de gravedad, cuadros de intoxicación y/o de abstinencia, donde una intervención en lo real del cuerpo se vuelve también necesaria por parte de los médicos y clínicos, para que el sujeto no sucumba. El uso del crack muestra a la clínica contemporánea cuestiones donde la dimensión autística del goce lanza al sujeto a una relación circular en el límite entre la vida y la muerte. El cuerpo, en tanto desecho reducido a la dimensión de resto, nunca se colocó tan en foco como en la actualidad. Testimoniamos cada vez más un cuerpo que se presenta abandonado, donde el sujeto ha salido mucho de la escena. Al principio no hay subjetivación posible frente a ese real atravesando el cuerpo. Esa parece ser una especificidad que nos autoriza a no abandonar el significante *toxicomanía*. Muchas veces, el cuerpo precisa

ser tratado, cuidado, hidratado, «ganar cuerpo», como los toxicómanos dicen, para que alguna dimensión de la palabra pueda aparecer. Recursos institucionales –como camas para desintoxicación o reposo, medicación, alojamiento diurno y nocturno, talleres, etc.– son estrategias clínicas que posibilitan una interposición, una distancia mínima entre el sujeto, la droga y la escena de uso, tornándose necesarias para promover una escansión temporal. En la urgencia, en la crisis, en los pasajes al acto, las palabras faltan, el silencio impera. Un intervalo se torna imprescindible para que algún contorno a este real acontezca y un esbozo de la palabra advenga. En este intervalo, si hay un encuentro con alguien capaz de alojar esos pedazos de real, dispuesto a una escucha, estando presente con su cuerpo, su deseo, ahí sí una diferencia se puede dar. El fragmento del caso que sigue ilustra esa relación con la sustancia:

«*Mi nombre es crack*». Esa forma bizarra de presentación me llamo la atención cuando M vino a la consulta a un servicio de salud mental. En la toxicomanía no es sólo el sujeto quien define su existencia por su condición de satisfacción, reducido a un objeto, sino, como apunta Bassols, «para ser un sujeto representado por el Otro del campo social hay que convertirse primero en un producto» (Bassols, 2011, p. 17). Ya no estamos frente a aquella antigua forma de representación: «¡Yo soy toxicómano!». M es crack, M es el producto que consume, el retrato del consumidor consumido. La clínica nos ha mostrado que hay un elemento de toxicidad inherente a las sustancias, presente en la fijación del sujeto con la droga que es incorporada. Una invitación a una invención se vuelve necesaria para regular el goce en esta degradación del cuerpo.

OTROS OBJETOS

Tenemos, por otro lado, otros objetos de la cultura, también objetos de goce, que no son sustancias accionando en el cuerpo, y, podríamos decir, son de uso externo. Estos otros objetos funcionarían como un apéndice, un accesorio, una prótesis, difiriendo de algo que es incorporado. No hay una acción necesariamente directa que haga un cortocircuito en el interior del cuerpo, causando su entorpecimiento y borradura. Ésta, posiblemente, es la gran diferencia. El uso del término *adicciones*, en su amplia gama y espectro, con relación a los objetos de consumo denota y concierne a las innumerables patologías del acto, como el juego, la comida, internet, así como también otras prácticas adictivas y sus compulsiones. Miller nos enseñó que vivimos en una época regida sobre la primacía de los objetos y toda suerte de excesos, donde se cruzan el discurso de la ciencia y el discurso del capitalismo. En la lógica capitalista hay un culto al consumo desregulado, los vínculos a los objetos son fugaces, fluidos y totalmente intercambiables. Hay un imperativo de ser feliz, a pesar de la creencia de que la felicidad puede ser encontrada a través de los objetos que se tiene. El acto de consumir se tornó en el orden del día. Así, el campo libidinal en su vertiente de goce también puede estar presente en las adicciones. Tenemos, en el consumo, diferentes maneras de adicciones de los sujetos a los productos ofrecidos por la cultura que también dejan a cada uno solo con su goce, intentando aliviar el malestar de vivir. Objetos de demanda que entran como pura exigencia de repetición, haciendo de la cultura un campo fértil para la intoxicación generalizada. Pero aquí, a pesar de ser frágiles, las relaciones aún se mantienen preservadas, hay algún lazo con el Otro. La repetición estaría, entonces, más próxima a las adicciones, mientras que la fijeza, más próxima a las toxicomanías.

REVISANDO CONCEPTOS

Retomando a Bernard Lecouer:

«El vino es un socio silencioso y conciliador, que guarda la promesa de un goce solicitado. [...] La satisfacción tóxica es un goce fabricado, monótono, sin postergación; es eso que podría haber sido un goce del sí mismo. Se trata para el sujeto de ser, no importa lo que acontezca, siempre lo mismo para el Otro» (Lecouer, 1992, p. 26).

La clínica nos enseña que hay toxicómanos que establecen una relación de fidelidad y exclusividad con una droga. No alienta a ofertarles otra sustancia, ya que en su elección buscan siempre la misma. Continúa el autor:

«La fianza del bebedor con la ingesta es tal, que cada trago representa también una palabra, una palabra reducida a su expresión más simple y más saturada: el chasquido de los dientes, el tragar de una deglución. Beber de un solo trago, el trago de una palabra. Eso sustenta una práctica de la pulsión comandada por la búsqueda de una satisfacción que las escorias de un cuerpo de goce no. Una consecuencia importante se deduce de ese proceso: el ser, o sea, esa reunión del sujeto y del cuerpo, reunión a la cual el bebedor se dedica, transformándose en un término, que no se puede calcular, por lo menos de un modo finito» (Lecouer, 1992, p. 26).

Podemos decir, entonces, que el goce buscado, en su vertiente de plus de gozar, es siempre lo mismo. Hay otros sujetos toxicómanos, sin embargo, que toman y usan cualquier cosa que les cae en sus manos, en un aparente desplazamiento metonímico. Sin embargo, este aparente desplazamiento tampoco deja de remitir a la droga que no deja de ser la misma. «La serie de vasos no se cierra en una adicción. No se escapa, sin embargo, al registro de lo contable y del número. Sólo cuenta el vaso que falta [...]» (ibidem, p. 27). Así, el vaso, la piedra, la línea de polvo que representa lo que falta, viene a promover, de alguna manera, un tratamiento, o, podríamos decir, serían recursos utilizados por un sujeto que esquivo y/o rompe la relación con la falta, el falo y el Otro. De ahí la exigencia de mantener un goce total en el cuerpo y también fuera de él, de forma dialectizable.

A su vez, sobre la perspectiva de lo contable, podemos ver con Miller (Miller, 2011) que en la repetición de un Uno hay una «irrupción de goce inolvidable» y en ese ciclo de repeticiones a las cuales el sujeto queda ligado no hay una adicción de nada.

«Llamamos a eso *adicción* a fin de cualificar esa repetición de goce. La llamamos así, precisamente, porque eso no es una adición, ya que las experiencias no se adicionan. Esa repetición de goce se hace fuera de sentido. [...] El goce repetitivo que se dice de la adicción sólo tiene relación con el significante Uno, con un S_1 . Eso quiere decir que no tiene relación con un S_2 que representa el saber. Ese goce repetitivo está fuera del saber, no pasa por el autogocce del cuerpo por la parcialidad del S_1 sin el S_2 » (Miller, 2011).

Aprendemos con Lacan, a partir del Seminario 20, que el cuerpo está hecho para gozar y que «el goce es aquello que no sirve para nada» (Lacan, 1985, p. 11). «Hay en el *parlêtre* al mismo tiempo goce del cuerpo y también goce que se deporta fuera del cuerpo, goce de la palabra que Lacan identifica, con audacia y con lógica, con el goce fálico en tanto que este es disarmónico con el cuerpo. El cuerpo hablante goza, pues, en dos registros: por una parte, goza de sí mismo, se afecta de goce, *se goza*; por otra parte, un órgano de este cuerpo se distingue por gozar por sí mismo, condensa y aísla un goce aparte que se reparte entre los objetos *a*» (Mil-

ler, 2015, p. 29-30). Cuando hablamos de los toxicómanos, por lo menos los neuróticos, nos encontramos con sujetos enmudecidos, sujetos que con la droga hacen un cortocircuito, contorneando la castración y evitando lidiar con todos los embarazos que la función fálica promueve. De ahí la pertinencia de la definición clásica de Lacan, cuando nomina la droga como aquello que permite al sujeto romper el casamiento con el falo. En la tentativa de hacer uno con la droga, el toxicómano se aleja del Otro, se mantiene solo, ubicado en ese plus de gozar, refractario al otro sexo, al otro del significante, al Otro del deseo. El toxicómano se torna un paradigma de nuestra época y como cuerpo hablante se entrega al goce autoerótico.

PARA NO CONCLUIR

Retomando las cuestiones iniciales, parece importante preservar el significante *toxicomanía* para designar esta relación que el sujeto establece con un objeto droga, donde el cuerpo está colocado como lugar de goce. Apostar al significante *toxicomanía* nos direcciona a la escucha del *parlêtre*, haciendo valer la orientación lacaniana de un sujeto siempre responsable por su modo de goce y de estar en la vida. Si en la época que vivimos hay un declive de los ideales y de la autoridad, y ocurre una multiplicación de S_1 , la adicción a los objetos de consumo deberá ser pensada, en cada caso, cuando ésta se torna o no una toxicomanía. «Hacer pasar el goce al inconsciente, es decir a la contabilidad, es en efecto un retomado desplazamiento» (Lacan, 1970, p. 418).

Traducción del portugués: Estefanía Elizalde

NOTAS

* En ocasión del cierre del II Coloquio Internacional TyA realizado en San Pablo en septiembre de 2015.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BASSOLS, M. "Adicciones: un dormir sin sueño", en: *Pharmakon 12. Publicación de grupos e instituciones de toxicomanía y alcoholismo del campo freudiano*, Buenos Aires, Grama, 2011.
- LACAN, J. "Radiofonía", en *Otros escritos*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1970.
- LACAN, J. "El Seminario, libro 20: Aun", Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1985.
- LECOEUR, B. "Clínica de un casamiento feliz. Elementos para una clínica psicoanalítica del alcohólico", en *Un hombre borracho: Estudios psicoanalíticos sobre toxicomanía y alcoholismo*, Belo Horizonte, Centro Minero de Toxicomanía-FHEMIG, 1992, p. 20-29.
- MILLER, J.-A. "El inconsciente y el cuerpo hablante", en *Scilicet - El cuerpo hablante. Sobre el inconsciente en el siglo XXI*, San Pablo, Escuela Brasileira de Psicoanálisis, 2015, p. 19-32.
- MILLER, J.-A. "Curso de orientación lacaniana III, 13: El ser y el Uno", Inédito. Clase del 23 de marzo de 2011.

UN TIRANO ABSULOBO*

AN ABSOLOUP TYRANT

Jean-Louis Aucremanne. (Bruxelas, Bélgica)

Psicólogo clínico. Miembro de la École de la Cause Freudienne (ECF) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Responsable del Dispositivo para Internaciones Breves del Centro Enaden (para toxicomanías y adicciones). Profesor de la Facultad de Psicología de la Universidad Libre de Bruselas.

Resumen: Un caso de toxicomanía tratado institucionalmente demuestra cómo la elección de la droga está condicionada por las coordenadas significantes.

Palabras clave: toxicomanía, estructura, significante.

Abstract: A case of drug addiction treated in institution demonstrates how the choice of the drug is conditioned by the significant coordinates.

Keywords: drug addiction, structure, significant.

En 1989 J.-A. Miller anuncia un programa de investigación: «En su punto de origen, la elección de la droga ¿no ha estado siempre condicionada por el significante? [...] En todos los casos, la posibilidad del psicoanálisis pasa por el esfuerzo de deshacer la identificación bruta al “yo soy toxicómano”» (Miller, 1989, p. 138). Consiste en cernir las coordenadas de la droga en las de la estructura: en su raíz, el choque del significante con el cuerpo, y todas sus consecuencias de pérdida, de imposibilidad, pero también las manifestaciones concretas de la angustia, índice de la presencia real de un objeto enigmático. Aflojar las identificaciones que han anudado la relación –fijación– con la droga se verifica por los efectos de un *bien decir* que se replique favorablemente en la estructura.

Hace algunos meses, MD abandona nuestra institución, un centro de tratamiento para toxicómanos, agradeciéndonos calurosamente: «¡Me han salvado la vida!». ¿Qué es lo que ha operado en este caso?

La estaba en nuestro centro, así como en otros hospitales, comenzó y se repitió desde hace seis años. Su demanda era parar con la heroína, la cocaína y la metadona, puesto que quería emprender una formación como chofer de «transporte de carga pesada» [*poids lourds*]. Este proyecto (camionero) se mantuvo a lo largo del tratamiento, siendo la desintoxicación de la metadona la última etapa a franquear. ¿Es esto su «progreso», una suerte de larga rehabilitación decreciente? Esto es, en parte, cierto, pero hubo también otros franqueamientos marcados por la puesta en palabras de su sufrimiento subjetivo.

«TOXICOMANÍA»

La formación de una toxicomanía tiene siempre una historia construida por rebotes, hallazgos, traumas. Entre sus once y doce años, MD tiene que vérselas con un cuerpo que cae luego de un accidente. A los once años, un grave problema de sobrepeso [*surpoids*] impone una operación de las caderas: nueve meses de hospitalización y de reeducación. Poco después, es atropellado por un auto. Esto requiere una hospitalización igual de

extensa, pero, en esta ocasión, encuentra la morfina. No es sólo el dolor físico lo que trata con ella, sino también una «gran soledad» en su habitación: él mismo se administraba su morfina, bastaba con apretar el botón.

A los dieciséis años comienza a consumir cannabis y heroína e interrumpe sus estudios. Sus padres, que trabajan mucho, apenas controlan la situación. A los diecisiete años encuentra a su novia, que permanecerá con él durante dieciocho años. Ella lo calma, lo devuelve a la senda escolar. No consume más que los fines de semana. A los diecisiete años y medio asiste a la muerte de uno de sus amigos en un accidente automovilístico. Nuevamente, la droga ayuda para «olvidar el horror».

A los veinte años se hace detener por la policía a causa de su consumo. Esto oficia de corte.

A partir de allí se calma por un cierto tiempo, encuentra trabajo, se instala junto a su novia; aporta económicamente por ambos mientras ella estudia. Reduce su consumo a «una vez por mes».

Doce años más tarde, a los treinta y dos, es despedido de su trabajo a causa de una «reestructuración». La pareja se muda cerca de sus padres. Esta vez, es su novia quien se encarga de los gastos de ambos. Su consumo se torna regular, el dinero de la pareja se va en ello, los padres los deben ayudar financieramente. Es reconocido por la medicina como «deprimido». Se encorva bajo el peso de la culpa.

Dos años más tarde su novia lo abandona «sin decir nada», mientras él se encuentra hospitalizado por una rehabilitación. Éste «sin explicación» es una tortura para él. Se enclaustra en su habitación, duerme, consume, mira la televisión. Evita incluso a sus «compañeros de consumo» para no «consumir demasiado». Tiene por único compañero y sostén a su perro... Consume heroína «para no pensar en la separación», pero allí no encuentra ya «placer alguno». Es en este momento que nos contacta.

FAMILIA

Las coordenadas del sujeto no pueden cernirse sin preguntar: «¿con qué Otro se ha relacionado?». Pregunta compleja, ciertamente, conlleva la posición que el sujeto ha podido encontrar, como elección, así como en relación con el goce del cuerpo. En este caso, el padre es portador más de ideales que de deseo: hombre exigente, es entrenador deportivo, un educador. La madre, «excelente cocinera», se vuelca más bien a la gordura, ¡rica en grasas! Ambos trabajan juntos, y, como hemos visto, apenas tienen tiempo para asegurar la continuidad escolar de sus hijos. MD tiene un hermano mayor diagnosticado desde sus dieciséis años por «trastorno bipolar». MD no puede decir sobre la «enfermedad» de su hermano mucho más que ciertas «crisis» que tiene cuando deja la medicación: amenaza de muerte a sus padres. Su novia, su trabajo han sido suplencias importantes, pero cuando las dos desaparecieron, MD se encontró sin recursos, caído.

EL TRABAJO EN LA INSTITUCIÓN

El trabajo en la institución no es un «psicoanálisis», pero puede orientarse por el psicoanálisis. Más allá de la focalización en un síntoma médico, se orienta por una «construcción del caso» que implica las coordenadas del sujeto, su relación con el Otro, o los otros, su relación con el cuerpo, con sus objetos de goce, que permiten situar sus tratamientos, sus tentativas de separación. Cuando decimos que la droga tiene una función, es tam-

bién para manifestar a la vez su «demasiado» deletéreo y la tentativa de separación que encierra. MD consume droga para soportar el dejar caer. En este sentido, la droga es vital, ella es una «defensa», pero tan peligrosa como deletérea. La institución que se ocupará de la toxicomanía tiene una función crucial: hacerse sustituto de la droga, al mismo tiempo que mantiene este recurso a distancia.

TRATAMIENTO DE MD

Se trata ciertamente de ayudar a MD a separarse al menos un poco de un consumo deletéreo, desesperado. Utilizó el apoyo médico y sus propios medios terapéuticos tantas veces como le hizo falta, pero el tratamiento también fue un sostén para el sujeto. Me gustaría ilustrar esto mediante un encuentro que tuvo lugar durante su última internación. Testimonia haber sido crucial, incluso siendo la consecución de toda una serie de tomas de posición por su parte.

MD está a punto de obtener su permiso de «chofer de carga pesada». Ahora bien, su estadía se termina, desde el punto de vista administrativo, quince días antes de este plazo, y él viene a pedirme una prolongación. Según las reglas «administrativas», no se trata de una justificación «médica». Pero su preocupación es que no podrá estudiar tranquilamente si regresa con su padre, quien –dice él, equivocando la expresión– «ejerce un control absulobo». Utilizo entonces el equívoco de la lengua: «¿es un lobo?». «¡Oh –me dice él –, es peor que un lobo!».* Y, como confirmación, llega una llamada de teléfono de su padre para recordarle, en tono de reproche, todo lo que tiene que hacer. La conversación pasa luego a un cantor que le gusta mucho por sus letras comprometidas, de revolución. Tomo el partido de imprimir las letras de muchas canciones de este autor compositor, resaltando la fuerza y la pertinencia de sus propósitos de revolución. ¡Y sostengo su pedido de prolongación!

MD, al dejar la institución, me dice –con lágrimas en los ojos–: «¡Usted y su equipo me han salvado la vida!» Y me ofrece copias de los CD de este cantor que acompañó sus momentos de soledad. Desde entonces, se sostiene de entrevistas regulares con nuestro equipo de consulta: a partir de allí, le es importante sostenerse de la palabra, al menos para decir sus nuevos emprendimientos (paseos, refacción de su departamento, nueva novia), no sin ocasional alcoholización, pero limitada. ¡No hay milagro! Pero hay un acompañamiento efectivo que toma en cuenta lo que MD llama por sí mismo «mi sensibilidad por las palabras».

Traducción del francés: Maximiliano Zenarola

NOTAS

* El autor juega con la proximidad fonética entre *absolu* (*absoluto*) y *absoloup* (*loup = lobo*) en francés que, como tal, es intraducible al español. [N. del Trad.]

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

MILLER, J.-A. "Clôture: Le toxicomanes et ses thérapeutes", Navarin Éditeur, 1989. p. 138. Publicado en este número de Pharmakon Digital bajo el título *Para una investigación sobre el goce autoerótico*.

EL JUEGO DE AZAR: UNA ADICCIÓN SINGULAR GAMBLING: A SINGULAR ADDICTION

Rodolphe Adam (Bordeaux, França)

Miembro de la École de la Cause Freudienne (ECF). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP)

Resumen: El trabajo presenta la singularidad del juego de azar desde la perspectiva de su causalidad subjetiva. Se presenta un caso a los fines de ilustrar algunas tesis fundamentales sobre el juego de azar. Finalmente, se establece una distinción estructural entre adicción al juego y adicción a las sustancias químicas.

Palabras clave: psicoanálisis, juego de azar, adicción

Abstract: This paper deals with the singular addiction which represents gambling from the point of view of its subjective causality. The author presents a clinical case to illustrate some basic thesis about gambling. Finally, a structural distinction between gambling and addiction to chemical substances is made.

Keywords: psychoanalysis, gambling, addiction

La adicción a los juegos de azar es un fenómeno clínico singular. Una pregunta simple y radical será nuestra brújula: si el jugador no juega fundamentalmente para ganar dinero –puesto que todo lo que gana irremediamente lo vuelve a apostar–, ¿a qué exactamente es adicto? Responder esta pregunta nos permitirá contribuir a una clínica diferencial de las adicciones que la noción de adictología impuesta por la salud mental tiende a desdibujar. En efecto, unir bajo el mismo término el juego de apuestas, el adolescente preso de los videojuegos, o incluso el heroinómano, es un atajo comportamental permanente que el rigor propio del clínico no podría tolerar. Nuestro objetivo es entonces contribuir a una elucidación precisa de la especificidad del jugador a partir de una clínica basada en su propia palabra. El concepto de *posición subjetiva* permite así demostrar que el jugador apunta a otra cosa que a la omnipotencia eufórica del alcohólico o a la pequeña muerte del heroinómano. Hacer clínica del modo en que el sujeto por sí mismo intenta pasar al decir aquello que lo atraviesa autoriza un saber más rico que la etiología introducida de desde hace algún tiempo de manera corriente en el campo del juego patológico, a saber, una disfunción en el sistema de gestión de las gratificaciones.

El juego de azar, práctica vieja como el mundo*, es, en efecto, rico para mostrar que una adicción puede ser sostenida, no por el efecto inducido por una sustancia, sino por el goce propio de un sujeto hablante –donde está comprometida su relación con el dinero como objeto libidinal– y con el azar –donde se cristaliza su relación con el sentido–. El estudio neurobiológico no carece por lo tanto de argumentos. Ciertas investigaciones (Breiter, 2001) han puesto al día, mediante técnicas de resonancia magnética, las respuestas neurológicas que acompañan la anticipación y la experiencia de la ganancia y la pérdida monetarias. Ahora bien, las áreas activadas son las mismas que las implicadas en el consumo de cocaína. Por lo tanto, el estudio argumenta a favor de una localización cerebral involucrada en la conducta adictiva. Sin embargo, esta conclusión no tiene nada de evidente, dado el problema que origina: ¿por qué, allí donde el cocainómano no puede más que gozar de la administración *asegurada* de cocaína, el jugador debe pasar por la *incertidumbre* sobre su goce para maximizarlo?

¿UNA CLÍNICA INANALIZABLE?

La problemática intrínseca a la posición subjetiva del jugador no puede ahorrarnos la siguiente constante; en diez años, de cincuenta sujetos que vinieron a consultarme en un centro para el tratamiento de las adicciones por problemas de dependencia a los juegos de azar, solamente uno volvió para hablar pasada la tercera entrevista. Este no compromiso con la prueba de la palabra y de la transferencia contrasta con las frecuentes demandas del sujeto alcohólico y el toxicómano. El rechazo de la alienación a la palabra autoriza una hipótesis: la adicción al juego presenta una dimensión inanalizable para el jugador mismo. La escasez en la literatura especializada de monografías aptas para enseñarnos sobre esta clínica puede hallar aquí una de sus razones**. Otras tres razones esclarecen esta falta de deseo de desciframiento.

En primer lugar, el jugador patológico no pone en peligro su cuerpo, como es fatalmente de rigor en el adicto a las sustancias. La afectación somática no alcanza para disparar, como es habitual, la función del despertar del sujeto al silencio de su pulsión de muerte. La urgencia que lo aprisiona no pasa por el cuerpo, sino por la ley del hecho del endeudamiento, y por la pareja que le plantea la queja y el ultimátum luego de descubrir esta práctica clandestina*** en el seno del matrimonio. Estos elementos efectúan un contrapeso en la balanza de las pérdidas posibles para el jugador.

En segundo lugar, casi todos estos jugadores han podido testimoniar, desde sus primeras apuestas, el encuentro con la buena fortuna del ganar. El valor de este acontecimiento inaugural se presenta a menudo como una *eutuché*, un azar bueno y desconcertante que ha logrado hacer consistir la irrupción de un primer goce que el sujeto intenta repetir indefinidamente. Esta lógica de la repetición de un goce perdido e iniciado por una contingencia afortunada no es sin activar la creencia en el estatuo de excepción del sujeto. Al respecto, Roger Caillois hacía del jugador «el hombre de la providencia» (Caillois, 1967). El azar tiene para el sujeto del inconciente, en efecto, el privilegio paradójico de permitirle leer allí su condición de ser el elegido del Otro.

En tercer lugar, el jugador siempre se sostiene de la posibilidad de anular todas las pérdidas anteriores en la siguiente apuesta. Es este el caso único de una adicción que, paradójicamente, podría resolverse mediante su consecución. «Me repongo y paro» es la fórmula inalterable. Interrogando la esencia del juego, Lacan evoca a una pequeña niña que juega a acercarse a su padre para saludarlo, simbolizando en tres palabras su aceleración progresiva hacia él: «¡va a pasar, va a pasar, va a pasar!» (Lacan, 1965). La anécdota que convoca al padre y su goce destaca la intimidad del jugador con la modalidad de lo posible, convertida fatalmente en necesaria. Esta conversión supuesta opera en cada jugador bajo la temporalidad específica del «próximamente». Esta repetición prueba que el deseo no se extingue con la ganancia. Otra cosa alimenta esta disyunción que Lacan destacó desde el comienzo de su enseñanza, vinculada a un puro efecto simbólico: «Es con el simbolismo de este dado que gira que surge el deseo. No digo deseo *humano*, pues, a fin de cuentas, el hombre que juega con el dado es cautivo del deseo así puesto en juego. Él no conoce el origen de su deseo, girando con el símbolo escrito sobre las seis caras» (Lacan, 1955). Lo que él, especialmente, no quiere saber.

LA SUSPENSIÓN DE LA VIDA Y EL CAYADO^{****} DEL DESTINO

El caso inusual de alguien que concurrió semanalmente durante un año nos dejó cierta enseñanza al exponer las coordenadas de su síntoma durante un tiempo suficiente como para experimentar un poco de alivio en cuanto a la ferocidad de su pasión. Africano de origen, treinta años de edad, casado y padre de dos niños, con un empleo estable en el cual administra rigurosamente el dinero, el Sr. B se ve obligado por su esposa a pedir ayuda ya que juega desde hace mucho tiempo a la lotería. Está endeudado y espera, ansiosamente, un plan de pagos de su banco. No quiere que su esposa lo ayude, ni vender un pequeño apartamento comprado para el futuro estudio de los niños. Luego de desprenderse un poco del síntoma que lo trae a la consulta, confiesa que él «da incesantemente a los que sufren», sintiéndose obligado a ayudar a las personas de su comunidad, y a su familia en su país. «Es más fuerte que yo ayudar a la gente, a mi familia, dar a mis hijos todo lo que quieren, todo lo que yo no tenía. Pero no les puedo decir que eso no es posible. No puedo darles algo que no tengo». Esta última fórmula, que retoma felizmente por la negativa aquella que Lacan colocó en el principio del amor, muestra ya las dificultades del sujeto en el ámbito de la castración. Obsesionado con su lógica oblativa, a menudo repite la frase que escande su vida: «Estoy en busca de una solución. El juego es lo único que he encontrado para salvarme de todos mis problemas. Es la facilidad». Cuando llega el fin de semana –en el que «tiene que ser bueno con los niños»–, en secreto juega al loto y recupera inmediatamente el afecto de un alivio alegre en la espera del sorteo del domingo por la noche. Tiempo durante el cual piensa: «Mañana por la noche quizás tengas todo resuelto, serás salvado». Se define como «drogado con la esperanza a corto plazo». Lo que no cesa de escribirse, según la ecuación de lo necesario planteada por Lacan –que es lo que se encuentra interrumpido en el tiempo de un fin de semana–, tiene para él dos aspectos que va a desplegar: el padre y la muerte.

Vino a Francia hace doce años para proseguir sus estudios, en contra del consejo de su padre, un hombre rico, tiránico y erudito, muy poco presente en su infancia. Esta elección no fue fácil porque, afirma, «hay un dicho entre nosotros que dice que uno debe respeto y obediencia a su padre, sin importar lo que éste haga». La localización freudiana de la culpabilidad propia del neurótico, en relación con el padre, encuentra aquí una apoyo firme. El Sr. B llegó a Francia con una compañera no aceptada –de nuevo– por el padre. Él se destaca como estudioso, deportista brillante y con una autonomía financiera resuelta. Pero, abruptamente, su compañera enferma de un tumor cerebral. «Su muerte me cambió. Pensé: ¿por qué preocuparse? ¿Por qué luchar si uno no puede estar allí para aquellos que ama?». El juego, entonces, se impone en un primer momento como una «solución fácil» que viene a paliar el colapso de su «temperamento aguerrido». La merma de su soporte fálico continúa en la actualidad en su rechazo de responsabilidades profesionales. ¿Cómo satisfacer el deseo paterno del éxito de la carrera sin ausentarse de su familia, repitiendo la falta del padre, de la cual ha sufrido? Hacer o no hacer como el padre es la cuestión de este hombre.

Luego del abrupto fallecimiento de su compañera –que hará menguar su deseo–, conoce poco después a su mujer actual, una mujer con una situación brillante. Se casa a pesar –nuevamente– de la amenaza paterna de ser repudiado. El padre llegará incluso a prohibir al Sr. B visitar su tumba el día de su muerte. «Pero yo no tenía capital, y en mi cultura es el hombre quien debe sostener a su familia. Como hizo mi padre. ¿Qué podrían pen-

sar ella y la gente? ¿Que la desposé por su dinero? Así pues, viendo a mis amigos ganar en la lotería, me dije: ¿por qué no a mí? Pero eso era la facilidad». A pesar de lo que obtendrá a continuación –un trabajo, un salario, una casa, hijos–, la práctica del juego no se detendrá más.

El Sr. B no juega hasta perderlo todo como Dostoievsky, en quien Freud señalaba la sustitución de la culpabilidad por el peso de una deuda y la condición de su creatividad. El Sr. B se sacrifica para taponar la falta en el Otro. Su oblatividad –que comenzará a asociar a aquello respecto de lo cual él mismo ha faltado– le evita el riesgo de su deseo, deseo neutralizado en el juego. Si el juego «encapucha el riesgo» (Lacan, 1965, clase del 19 de mayo), el sujeto puede vincular con ello su destino «a la idea de que allí se revela algo propio» (Lacan, 1955, p. 345). El Sr. B tiene, en efecto, una convicción: «Siempre tuve suerte». Ha podido incluso confirmarlo hace algunos años: cuando su mujer descubre la amplitud de sus deudas, él le jura que parará de jugar. Apuesta sus últimos billetes y gana trescientos mil euros, que confía prudentemente a su esposa.

Gracias a este comienzo de historización inédita, se siente menos aplastado por el superyó de aquél que no deja caer a los otros y menos angustiado ante la idea de que él se acerca un poco a sus niños. De un talante más ligero, interrumpe brutalmente nuestros encuentros luego de algunos meses a causa de este beneficio terapéutico. Algún tiempo más tarde quiere que nos volvamos a ver puesto que ha vuelto a jugar, acumulando nuevamente los préstamos. Hará falta intervenir en las sesiones para detener las ideas suicidas. El desencadenamiento de su recaída en el juego tiene para él una causa: la muerte reciente de su suegra. Conmocionado por el sufrimiento de su mujer, dice «haberse sentido completamente impotente» –sin poder nombrar en qué–, y se ha imaginado que «ganar en el juego solucionaría los problemas». Querer ganar dinero en lugar de realizar un duelo muestra bien la singularidad del desplazamiento del objeto perdido donde se perfila una identificación. El Sr. B nos confía, en efecto, haber hecho una mala maniobra en el lugar del accidente automovilístico de su hermano mayor, a punto de encontrarse con él en la muerte. «Se diría que espero hasta el último momento, grave, para sortearlo. Siempre hice así».

La idea de ser afortunado le viene a sus dieciséis años, cuando, por primera vez, decide algo por sí mismo: realiza los trámites para obtener la nacionalidad francesa, de la cual su padre no se ocupó –siendo que el Sr. B nació en Francia durante los estudios de aquél–, quien regresó poco después a su país. Ve un signo enviado por el destino en haber sido el único de sus amigos que consiguió la ciudadanía. Este signo es confirmado por su interpretación de una serie de éxitos futuros –becas, exámenes, concursos–, donde la importancia de sus esfuerzos es denegada y atribuida a la cuenta del Otro de la suerte, o, como dice él –puesto que es creyente–, de Dios mismo. La consistencia de este Otro se revela y subsume todos los méritos del sujeto. Mortificando su posición fálica, el Sr. B no debe nada a sí mismo, sino todo a «Dios, es decir, la buena suerte» (Lacan, 1971, p. 15). Esta convicción es chocante, y nosotros nos sorprendemos frente a él por el hecho de la marca recurrente y trágica de la muerte en su vida: su primer compañera –cuya fecha de nacimiento aún juega a la lotería–, una tía, su hermano muerto en un accidente automovilístico dos años atrás. Ahora bien, a pesar de su tristeza, esta serie confirma una cosa: «¡Qué suerte que tengo! No tengo nada, estoy bien de salud, no tengo derecho a quejarme». Mañana y tarde agradece a Dios por todo lo que le ha dado y por cada día que pasa. Este Dios del don le permite sostener al padre.

Esta presencia repetida de la muerte en su existencia muestra el otro resorte del jugador en su relación con la vida. Una tesis de Lacan lo indica: «¿Qué eres, figura del dado que hago girar en tu encuentro con mi fortuna? Nada, sino esa presencia de la muerte que hace de la vida humana ese emplazamiento conseguido mañana a mañana en nombre de las significaciones de las que tu signo es el cayado» (Lacan, 1966, p. 39). El juego hace así signo de una actualización de la muerte, haciendo de la vida una suspensión cotidiana, y del cara o ceca un derecho a vivir. La significación de esta suspensión viene de un recuerdo inédito que surgió en el curso del trabajo. A los dieciocho años su padre se rehúsa a que él tenga su carnet de conductor, permitido sin embargo a su hermano, muerto más tarde en un accidente automovilístico. «Mi padre me dijo que unos adivinos habían predicho que yo moriría en un accidente de autos. Sin embargo, yo obtuve mi carnet sin dificultad. No tenía miedo. Cuando mi hermano se mató con el auto, yo me pregunté por qué. ¿Había tomado mi lugar?». Se atemoriza hoy en día ante los riesgos corridos, alcoholizado al volante en su juventud. «Podría haber matado a alguien». El Sr. B no alcanzará a percatarse del deseo de muerte de su padre, pero osar cuestionar el ideal de este padre imaginario le permitirá separarse más fácilmente de él. Asimismo, se atenuará su inhibición de decidir cuando haya advertido en qué medida este significante estaba ligado a este padre que «decidió siempre por mí». Encuentra entonces una solución a su endeudamiento al vender su departamento y se postula a un cargo más calificado. Esta puesta en juego de la castración, que borra las deudas, se acompañará de un cierto aflojamiento del deber oblativo, y de alejarlo de esta vida aplazada, suspendida del azar del juego que agujereaba el anhelo de muerte del padre y su aspecto profético. El Sr. B interrumpe aquí su trabajo con la palabra, sin precisar que ese deseo de muerte es también el suyo. Pero, a partir de aquí, apuesta menos por la «facilidad» de la suerte que por un nuevo deseo.

CONCLUSIÓN

Este caso es rico en diversas enseñanzas. Demuestra, en primer lugar, que la adicción al juego es un fenómeno clínico que se origina en una causalidad subjetiva. La contingencia tiene su lugar en esta dependencia que empuja a un sujeto a gozar del azar. Lacan señaló la raíz dialéctica de este fenómeno: «Si hay algo que soporta toda actividad de juego, es ese algo que se produce en el encuentro del sujeto dividido con ese algo por lo cual el jugador se hace él mismo el deshecho de algo que se ha jugado en otra parte, en otra parte a puro riesgo, en esa otra parte de la cual ha caído del deseo de sus padres, y es allí, precisamente, el punto desde el cual se desvía yendo a buscar al opuesto» (Lacan, 1965, clase del 19 de mayo). Sólo el riesgo de otra apuesta, la de la palabra, permitirá que el dinero, como objeto *a*, objeto perdido, represente al sujeto mismo. El mayor interés del caso apunta a aquello que revela la existencia de un Otro del jugador, testimoniando así una singularidad propia de la cuestión de la adicción a los juegos de azar. En efecto, mientras que las adicciones a sustancias develan un goce que cortocircuita la alienación al Otro simbólico, encarnado en el casamiento perfecto del bebedor con su botella –según Freud–, la adicción a los juegos de azar convoca una figura del Otro cuyo pseudónimo es la suerte. El alcohólico y el toxicómano son adictos a un goce del Uno, solitario y fuera del lenguaje, y, por tal razón, uno puede llamarlos ateos. A la inversa, el jugador es un creyente, un religioso para quien lo aleatorio hace hablar al destino.

Traducción del francés: Darío Galante & Maximiliano Zenarola

NOTAS

* Ian Hacking nos enseña en *L'émergence de la probabilité* que el goce en la impredecibilidad del lanzamiento del *talus* o *astrágalo* ya existía en el antiguo Egipto, así como entre los sumerios.

** Por lo tanto, no es un azar el que Freud mismo tomara para su artículo *princeps* sobre Dostoievsky y el juego un caso extraído de la literatura.

*** La prevalencia de género de los jugadores es fuertemente masculina.

**** La *houlette*, el cayado, es el bastón que utiliza el pastor. Metafóricamente, indica la posición de poder que alguien tiene sobre otros, su capacidad de recepción

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BREITER, H.; AHARON, I.; KAHNEMAN, D.; Dale, A.; SHIZGAL, P. 2001. «Functional Imaging of Neural Responses to Expectancy and Experience of Monetary Gains and Losses», en *Neuron*, Vol. 30, Issue 2, 2001, pp. 619-639.

CAILLOIS, R. «Les jeux et les hommes», Paris, Gallimard, 1967.

FREUD, S. «Dostoïevski et le parricide», en *Résultats, idées, problèmes*, Paris, PUF, 1928,

HACKING, I. «L'émergence de la probabilité», Paris, Seuil, 2002.

LACAN J. «Le Séminaire II, Le Moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse», Paris, Seuil, 1955.

LACAN, J. «Le Séminaire XII, Problèmes cruciaux de la psychanalyse», inédit, 1965.

LACAN, J. «Je parle aux murs», Paris, Seuil, 1971.

PAGES, G. «Hasard et duplicité», en *Psychotropes*, 3-4, Vol. 13, 2007, pp. 77-96.

LA FUNCIÓN DEL TÓXICO EN LA ÉPOCA DEL HIPERCONSUMO

THE FUNCTION OF THE TOXIC IN THE ERA OF HIPERCONSUMPTION

Eugenio Díaz (Barcelona, España)

Analista Miembro de la Escuela (AME) de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Miembro del Consejo de Administración de la ELP

Resumen: El trabajo repasa los lineamientos fundamentales de la orientación lacaniana en lo que atañe a las toxicomanías, especialmente, la noción de función del tóxico como brújula clínica.

Palabras clave: psicoanálisis, toxicomanía, tóxico

Abstract: In this paper the author reviews the basic lines within the lacanian orientation towards drug addictions, especially the concept of the function of the toxic as a clinical compass.

Keywords: psychoanalysis, drug addiction, toxic

La función del tóxico sigue siendo hoy una orientación mayor en la dirección de la cura de las prácticas que se orientan por el psicoanálisis con sujetos que se presentan como toxicómanos.

Aprendimos en los '90, en los inicios del TyA, que saber de la función del tóxico permitía dirigir la cura hacia una desestandarización, lo que permitía a su vez ir de un síntoma que no quiere decir nada para el sujeto –la adicción al tóxico como causa–, a un síntoma en el que el sujeto está implicado. La función del tóxico como respuesta o como solución (Díaz, 2012) orientó nuestra práctica.

Las consecuencias de la definición de la droga, «lo que permite romper el matrimonio con el pequeño pipí» (Lacan, 1975), o la función de suplencia en los casos de psicosis, fueron guía en el tratamiento de sujetos que se situaban bajo identificaciones toxicómanas.

Más adelante, los desarrollos sobre la inexistencia del Otro (Miller & Laurent, 1996) en la perspectiva de la última enseñanza de Lacan sobre el *parlêtre*, el cuerpo y el goce, permiten repensar el sentido de la función del tóxico.

Hoy estamos en condiciones de afirmar que la función del tóxico siempre es de suplencia –de la caída del padre como excepción, del no hay relación sexual–, y que la droga como goce autoerótico que no pasa por el Otro da un vuelta de tuerca con el goce que es del Uno y que no es sin el cuerpo, abriendo la vía del uso del tóxico vinculado a la satisfacción fijada en las marcas primordiales de la constitución del sujeto.

DE «LA CHÁCARA COMUNITARIA» A LAS COMUNIDADES DE GOCE

Ausente la carretera principal que daba una ficción de consistencia, lo que queda son modos de goce, en una época

donde lo *hiper* promete la felicidad en una dosis más de lo que sea.

Si antes eran los comités de ética, la «cháchara comunitaria» (Miller, 1996, p. 89), lo que venía al lugar del Otro que no existe, hoy se trata más bien de comunidades agrupadas alrededor de modalidades de goce, que vienen al lugar del no-todo, rasgo de la hipermodernidad que equivale a la idea de la feminización del mundo que ha implicado esta inexistencia.

Micrototalidades las llama Ernesto Sinatra en *L@s nuev@s adict@s*, jugando de manera magistral ya de entrada en el título con lo femenino y las nuevas tecnologías. Anudado a este no-todo, encontramos un «todos adictos al consumo de masas», en donde cualquier objeto pueda ser considerado adictivo: desde el sexo al trabajo, la comida, las compras, el juego o las nuevas tecnologías, hasta el amor, que, bajo la clasificación de «relaciones sociales alienantes», cae en los manuales de educación para la salud en el campo de las adicciones sin drogas. Incluso las personas y las relaciones son nombradas hoy como tóxicas. Fórmula que tiende a desconocer la compulsión a la repetición freudiana, pues supone una voluntad en juego que no incluye el equívoco, los tropiezos.

Pero lo más impactante es que no sólo pueden convertirse en objetos adictivos, sino que cada vez con menos pudor se busca que lo sean. El marketing es explícito en ello, como lo muestra, es un ejemplo, un anuncio de crema para hombres que usó como reclamo la siguiente frase: «un chute de anti-edad para que los excesos no queden marcados en la piel».

Advirtamos aquí el uso de un significante de las toxicomanías, *chute*, de la puesta en relieve del ideal de la eterna juventud y del empuje al exceso. Verdadero ejercicio de control sobre los cuerpos que promueve la alianza con el capitalismo, en la promesa de que lo contingente puede ser eliminado, que los signos de la vida pueden ser borrados.

NEUROCIENCIAS DEL CONSUMO

Las toxicomanías nombradas en los informes «científicos» como «neurociencias del consumo y dependencia de sustancias psicoadictivas», producen un desplazamiento que pone aún más al descubierto las políticas actuales de reducción de la subjetividad (Díaz, 2005).

Si el término *toxicomanías* permitía situar cierta posición del sujeto en relación al tóxico –las manías por una sustancia–, al poner el acento en lo *neuro*, haciéndolo equivaler al sujeto mismo, tiene efectos aún más de estigmatización, desresponsabilización y, por tanto, de reducción máxima de lo subjetivo.

Como señala Javier Peteiro, experto en Biofísica y Nanomedicina: «[...] En la perspectiva reduccionista (del sujeto a la genética), hay un riesgo serio de eludir el auténtico problema de la libertad y la responsabilidad humana y el papel que en su configuración tiene una educación marcada por el ideal conductista» (Peteiro, 2011, pp. 85-6).

Entonces, el término neurociencias del consumo no es para nada inocente en el intento de la tecnociencia y su aliado el mercado –«a los que la psicología no sólo abastece, sino que se muestra deferente a sus estudios» (Lacan, 1964, p. 811)– de liquidar todo lo que no es controlable: la pulsión, el deseo, en último extremo el sujeto mismo. La clínica está plagada de testimonios sobre el empuje a la repetición que produce esta oferta sin

límites.

A un joven consumidor de drogas de diseño la psiquiatría le propone la realización de pruebas cerebrales para determinar la causa biológica de la compulsión al consumo y la tensión agresiva que conlleva. «Si es mi cerebro, no soy yo, luego puedo no esforzarme en saber lo que me pasa», fue la respuesta que dio a dicha oferta, previo abandono de un tratamiento por la palabra que había iniciado no hacía mucho. Decisión que supuso el reinicio de su actividad adictiva y agresiva, de la que sin duda el sujeto es responsable, pero en la que colaboró el saber «benefactor» y ciego de la ciencia, y un ideal *familiarista* nada inocente.

Así, las terapéuticas al uso acaban convirtiéndose en herramientas al servicio de propuestas adaptativas, duplicando identificaciones toxicómanas, en donde el uso de las drogas en un intento de sutura de la angustia sin mediación de la palabra es un modo de goce que no es sino pulsión de muerte.

IDENTIFICACIONES TOXICÓMANAS Y POLÍTICA DEL PSICOANÁLISIS

Si el psicoanálisis es posible en su práctica con tales sujetos y con el empuje generalizado al plus de goce, es por la vía de la creencia en el síntoma, en tanto éste incluye –más allá del sentido– el goce y el cuerpo.

La política del psicoanálisis se orienta a ofrecer al sujeto la posibilidad de encontrar las puertas de salida de la subordinación del goce a la suerte del hiperconsumo.

Lo subversivo que el psicoanálisis aporta como anverso a este *liegen lassen* de la época es el síntoma, entendido como lo más singular del sujeto, como «la rebelión del *no como todo el mundo*» (Miller, 2011, p. 36). Aquí la función del tóxico no ha dicho su última palabra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DÍAZ, E. “Consumidores de nostalgias y el vértigo de la mirada hipermoderna”, en Mundo Psicoanalítico. Sin límites. Conductas de riesgo. Pomarie, Caracas, 2012, págs. 21-3.
- DÍAZ, E. “Neurociencias del consumo y dependencia de sustancias psicoactivas”, en Freudiana 43/44, Paidós, Barcelona, 2005, págs. 57-63.
- LACAN, J. “Cierre de las Jornadas de Estudio de Carteles de la Escuela Freudiana”, 1975. Publicado en este número de Pharmakon Digital.
- LACAN, J. “Posición del inconsciente”, en Escritos II, Madrid, 1989, pág. 811.
- MILLER, J.-A. “Sutilezas analíticas”, Paidós, Bs. As, 2011, pág. 36.
- MILLER, J.-A.; LAURENT, E. “El Otro que no existe y sus comités de ética”, Paidós, Bs. As., 2001.
- PETEIRO, J. “El autoritarismo científico”, Miguel Gómez Editores, Málaga, 2011.
- SINATRA, E. “L@s nuev@s adict@s. Implosión del género en la feminización del mundo”, Tres Haches. Bs. As., 2013.
- Informe de la OMS de 2004, <http://docplayer.es/893567-Neurociencia-del-consumo-y-dependencia-de-sustancias-psicoactivas.htm>

CON LA MANDÍBULA ENTUMIDA... WITH A NUMB JAW...

Ana Viganó (Ciudad de México, México)

Psicoanalista. Miembro de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL), Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Máster en Psicoanálisis y Salud Mental. Docente titular de la Maestría en Estudios Psicoanalíticos de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Responsable por la NEL del Observatorio de FAPOL: «¿Vamos hacia una cultura toxicómana?»

Resumen: El trabajo revisa algunos fenómenos relativos al consumo en la sociedad mexicana desde el punto de vista del goce implicado en la satisfacción del cuerpo. Se destaca el análisis de una corriente musical basada en la cultura toxicómana.

Palabras clave: psicoanálisis, goce, México, música.

Abstract: The paper presents some phenomena pertaining to the consumption of substances in the Mexican society from the point of view of the jouissance implied in the body satisfaction. It highlights the analysis of a musical trend based in the drug addiction culture.

Keywords: psychoanalysis, jouissance, Mexico, music.

«La mandíbula entumida, así me gusta traerla
Los dedos engarrotados, rígidos como las piedras
Con los ojos bien volteados y la mirada desviada
Quiero ponerme bien guano, bien loco, bien taquicardio
Quiero amanecer loquiando».*

DISTINTOS TRATAMIENTOS PARA UN GOCE QUE INSISTE

Nuestra época y sus expresiones de cultura más variadas evidencian un deslizamiento en los modos de tratar el malestar que trae tanto la vida en sí misma –la vida a secas– como el modo que tenemos de vivirla –modo civilizado, es decir, con otros–. ¿Cómo podría quedar excluida la práctica del psicoanálisis de tal deslizamiento? Sólo si se pensara en un psicoanálisis de museo, letra muerta sin orientación por lo real del sufrimiento. Apostamos a que no sea nuestro caso. Por eso insistimos en un esfuerzo más, cada vez, uno por uno. Bordeando, atravesando, arrancando, rompiendo, haciendo hablar o haciendo litoral a los distintos silencios que habitan las relaciones de cada quien con su goce.

Freud advertía en *El malestar en la cultura* que no hay civilización sin malestar, porque el sufrimiento nos acecha, tanto desde el propio cuerpo, como del mundo exterior y de las inevitables relaciones con los otros. Lacan aportó con precisión, siguiendo la letra freudiana, que esta pesadumbre es inherente a nuestra cualidad de seres hablantes. De manera tal que conocemos los sabores y sinsabores de la vida porque nuestra existencia es hablada-hablante.

Cada cultura –y cada sujeto– tiene sus modos de paliar tal malestar, y, en la lista de «quitapenas», los narcóticos tienen su lugar en la pluma freudiana como remedios posibles. Pero es en la perspectiva de «*pharmakon*»,

que da nombre a esta revista: remedio y veneno a la vez, en una sutil topología, pues Freud mismo advierte que esta estrategia trae aparejada un peligro. Lo que puede curar o envenenar es, a veces, una cuestión de dosis. La cuestión de la dosis plantea una barrera difícil de establecer. Una joven analizante que despertaba de sus intoxicadas de fin de semana sin saber cómo había llegado adonde estaba, sin poder recordar lo vivido, sin reconocer a su compañero en la cama, y sin saber si había tenido relaciones sexuales con él o no, se preguntaba cuándo era hora de llamarse a sí misma toxicómana, o alcohólica, o ambas –por las mezclas a las que recurría–. Ella planteaba las cosas en términos de cantidad y de tiempo, variables a considerar cuando de dosis se trata. Sabemos, sin embargo, que, ni las sustancias, ni las cantidades son las que hacen a alguien toxicómano. Hay culturas que consumen determinados tipos de drogas en cantidades y frecuencias que alarmarían en otros contextos sin que podamos ubicar allí toxicomanías declaradas. La joven empezaba a advertirlo: es el goce librado a su propio circuito el que tiende a un vector mortífero, que a veces se vale de los tóxicos para proseguir su camino. La doble cara de «*pharmakon*» tendrá entonces que despejarse en éste y en todos los casos por lo que se ha llamado la función del tóxico, lo que implica antes que una identificación bajo el manto de una nominación obtenida por ciertos *item* a medir, una singularísima operación analítica que toque el núcleo real de esa función. En todo caso, por ejemplo, advertimos que, en esta joven, los tóxicos le permitían abrir el camino de una «experiencia sexual» de la que se quejaba, pero a través de la cual eludía entre los múltiples encuentros intercambiables, borrables, riesgosos y, en lo posible, sin palabras, la posibilidad de un encuentro, al menos uno, que la tocara: para ella, sólo el tóxico «toca de verdad el cuerpo y el alma» porque todo lo demás le es «imposible de creer». Esto requería de tóxicos a la altura, tanto de su amnesia, como de su desinhibición y de la posibilidad de «desprenderse de su cuerpo» que, a la vez, se consumía adelgazando con rapidez, y con el cual, sobria, no sabía muy bien qué hacer. El hallazgo de esta «solución tóxica» fue totalmente azaroso, del orden de un tropiezo que, una vez tropezado, no podía dejar de tropezarse, tomándolo todo a su paso como «un tornado» que cada vez pedía arrastrar consigo más... sólo más.

EL OBJETO DROGA, EL CUERPO Y SU SATISFACCIÓN

La relación del ser humano con las drogas es ancestral y ha tenido distintos desarrollos y destinos muy bien estudiados por varios autores. En México, por ejemplo, el uso ritual ancestral de ciertas drogas alucinógenas convive tanto con el uso de sustancias muy variadas, como con la aún defendida por algunos «guerra contra las drogas» y con el narcotráfico permeando en los mercados, el consumo, la violencia, la cultura. Cada uno de estos campos merece un estudio aparte. Pero me detendré en el último para señalar cómo, bajo una forma específica, la llamada narcocultura permite una aproximación a la cara más oscura quizás del objeto droga y su satisfacción alojada en el cuerpo.

El llamado narcocorrido es un subgénero musical que hunde sus raíces en los corridos de la Revolución mexicana y sus alabanzas a los valientes revolucionarios, prófugos y pistoleros de botas y a caballo. Con sones típicos del norte, el narcocorrido canta una filosofía de vida al borde siempre de la muerte –propia o de otros– al servicio o a cambio del goce que de esas vidas –aun efímeras– se pueda tener. Es una expresión muy clara de

la relación que la pulsión de muerte tiene con la vida misma: solo hay pulsión de muerte mientras hay vida; la vida es inseparable de las marcas de esa pulsión. Pero más aún, es paradigmática del goce puesto en el centro de la escena de la vida y su horizonte mortífero.

Cuestionado por múltiples voces, denunciado como apología del delito, estudiado con interés desde distintas disciplinas, con mayor o menor publicidad, el subgénero tiene cada vez más popularidad, y son los músicos mismos quienes defienden la propuesta: «*Me gusta la buena vida y eso que tiene de malo. Que escuchar corridos, compa, le aseguro, no me hace un mal mexicano*»**. Sin embargo, la promoción excesiva de algunos dudosos signos de distinción en esta estética musical combinada con tóxicos se ha visto considerada un empuje al goce tal que, por ejemplo, en Sinaloa se han prohibido los narcocorridos en lugares públicos en los que se venda alcohol –no se habla de narcóticos ya que son de venta ilegal– pues se los considera algo que «calienta la sangre». Los «calientasangres» combinados con los tóxicos pueden tener consecuencias violentas y muchas veces fatales sin ninguna razón aparente. Es decir, se trata de estímulos desligados de historias subjetivas en las cuales encontrar una trama de posibles determinaciones. Vemos la forma acéfala de un goce desregulado, emplazado en la cultura misma y en su intento desbrujulado por hacer, con ello, lazo.

Pero encontramos también ahí fragmentos, dichos sueltos, ilustrativos de un goce autista rayando insistentes trazas sin conseguir una inscripción efectiva –regulatoria–, como en la frase que elegí como epígrafe. O en esa misma rola: «*Siento mucho escalofrío, el cuerpo me está temblando / Me siento muy alterado, siento estarme acalabrando / De tanto que le he jalado, la nariz ya me ha sangrado / Pero la verdad me encanta, parece que ando volando*»***.

Decires que aluden al goce; expresiones –desamarradas de un discurso– de la operación toxicómana «que no requiere del cuerpo del Otro como metáfora del goce perdido y es correlato de un rechazo mortal del inconsciente» (Tarrab, 2000, pág. 81), y del deseo. Esos trazos del goce autista que se cierra sobre sí mismo en su circuito libidinal, ¿pueden ser leídos como un escrito, aun sin dirigirse a Otro? Quizás encontrando un analista que, haciendo existir un Otro donde se colocó el objeto, inventando un Otro a contracorriente, haga allí, de su acto, una apuesta.

NOTAS

* El Komander, “El taquicardio”, *Narcogobiernos*. Top 20, LA Disco Music, 2012.

** Calibre 50, “Qué tiene de malo”, *Contigo*, Universal, 2014.

*** El Komander, *Ibid*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

TARRAB, M. “La sustancia, el cuerpo y el goce toxicómano”, en *Más allá de las drogas. Estudios psicoanalíticos*, La Paz, Plural, 2000.

DE UNA ADICCIÓN A OTRA FROM ONE ADDICTION TO ANOTHER

Nelson Feldman (Ginebra, Suiza)

Psicoanalista. Miembro de la New Lacanian School (NLS). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Responsable del Grupo TyA (Ginebra). Actual presidente del Bureau de l'Asreep-NLS. Trabaja en el Hospital Universitario de Ginebra.

Resumen: El trabajo revisa la noción de *fijación* freudiana para localizar el elemento en común entre el sin número de adicciones existentes en la actualidad.

Palabras clave: psicoanálisis, adicciones, fijación, goce

Abstract: The paper deals with the concept of *fixation* in the freudian psychoanalysis in order to reveal the common element within the innumerable addictions of our times.

Keywords: psychoanalysis, addictions, fixation, jouissance

La propuesta para este texto es abordar el concepto de la *Fixierung* freudiana y de sus lazos con las adicciones.

La fijación a una fase libidinal fue una de las acepciones del término «*Fixierung*» en Freud (Freud, 1905). En psicoanálisis, el término *fijación* caracteriza el modo de apego de la libido a la organización de las fases de la evolución según la teoría de la sexualidad infantil en los *Tres ensayos para una teoría sexual*. Es en este texto donde evoca la fijación oral, anal y fálica.

La fijación testimonia del peso del pasado (regresión) y de la dificultad para despegarse de él. Este término está más presente en la primera tópica, y en la segunda es citado en las fases de regresión de la cura psicoanalítica. Este concepto remite a la predominancia de un tipo de satisfacción, que podemos transpolar a cierto tipo de goce.

En su texto sobre los complejos familiares de 1938, Jacques Lacan evoca los *impasses* en el complejo de *destete*: «el destete es un traumatismo psíquico cuyos efectos individuales, anorexias mentales, toxicomanías orales, neurosis gástricas, revelan sus causas al psicoanálisis» (Lacan, 1984, p. 27&34). ¿No es acaso en Lacan una manera de abordar la fijación oral? Allí hace referencia al «*envenenamiento lento de toxicomanías orales*» y la anorexia mental como un regreso a la madre a través de la muerte. Una manera de evocar ciertas formas clínicas con una pendiente mortífera.

DESPLAZAMIENTOS: DE UNA ADICCIÓN A OTRA

En ciertos casos, la constancia del objeto de adicción puede verificarse en el consumo compulsivo de *un solo tipo* de sustancia («mi droga»). Sin embargo, actualmente en la clínica se constata que los sujetos adictos consumen varias sustancias en sus trayectorias adictivas, aunque una de ellas pueda tener el lugar principal.

En otros casos, la constancia puede referirse a un *modo particular de consumo*: inyectarse en las venas, fumar o inhalar, beber o el *sniff*.

En la Europa de los años 80, la toxicomanía heroínómana ocupó un lugar central en la escena de la toxicomanía endovenosa. Posteriormente, los consumos fueron cambiando y extendiéndose a otras sustancias como la cocaína inhalada a partir de los años 90, y, a partir de los años 2000, la expansión de las nuevas drogas de síntesis.

En ciertas situaciones clínicas, un sujeto adicto deja de consumir una sustancia de la que era dependiente y los terapeutas que trabajan con él pueden pensar que el tratamiento ha sido eficaz. Pero, al poco tiempo, se comprueba que, luego de haber dejado el alcohol, el sujeto prosigue su adicción de otra manera: con otra sustancia, con el uso compulsivo de tranquilizantes o con otra adicción.

La adicción se ha *desplazado* de un objeto a otro, el tratamiento pudo favorecer un cambio, pero la modalidad adictiva persiste de otra manera. Se podrá poner a prueba si esta nueva adicción es menos autodestructiva o no, pues puede implicar algún tipo de desplazamiento en los riesgos y en el tipo de satisfacción y de goce, lo cual es a analizar caso por caso.

En el caso de los tratamientos de sustitución con heroína sintética, los pacientes tratados en estos centros entran en un dispositivo médico de consumo regulado; refieren que el efecto mismo de la sustancia es mucho menos intenso pese a una mayor pureza que la droga de la calle: no es el mismo goce, algo se ha perdido (Feldman, 2014, p. 41-44).

LAS NUEVAS ADICCIONES

En su editorial de la revista “La cause freudienne” sobre la experiencia de los adictos, Marie Hélène Brousse afirma que el significante «adicción está en boca de todos, brilla en el discurso contemporáneo, reemplaza pasión o hábito y es síntoma del imperativo de goce» (Brousse, 2014, pp. 5-6). Ernesto Sinatra, con su teorización acerca de la toxicomanía «generalizada», nos acerca también a esta «multiplicación de los cocteles infinitos de drogas ofrecidos al consumidor» (Sinatra, 2010, p. 13-14).

En la clínica se verifica una nueva presentación de sujetos que se apropian de este significante y consultan por «adicciones sin sustancia»: juego patológico, ciberadicciones, adicciones sexuales (*hypersexuality*), compras compulsivas, *workaholics*, dependencias «afectivas». Es el campo que las recientes lecciones del TyA denomina las *adixiones*.

¿Cuál es el punto en común de estas modalidades tan diversas? El goce repetitivo es el punto en común que reúne modalidades tan diversas con la queja de pérdida de control y el componente compulsivo. En todas ellas se verifica un efecto en el cuerpo a través de la sensación de goce que procuran: el efecto de anticipación y excitación (*craving*), la tensión que precede a la práctica seguida de la sensación de descarga. El cuerpo participa de manera diferente pues no es comparable una inyección endovenosa con una máquina tragamonedas. Pero sí hay una fijación a una modalidad adictiva que remite a un circuito de goce y a la compulsión de repetición. Hay, entonces, una sustancia gozante (*substance jouissante*), aunque se las denomine adicciones «sin sustancia». Jacques-Alain Miller recuerda que «el goce repetitivo, el goce de la adicción es lo que Lacan denomina el *sinthome*, correlativo de la adicción» (Miller, 2011, clase del 23 de marzo).

La función subjetiva para cada sujeto es lo que permitirá precisar lo singular de esa práctica y la construcción del caso. Esta clínica del caso por caso es lo que permite no caer en la generalización de un tratamiento uniforme para todos. La clínica podrá avanzar a partir de los significantes que cada sujeto aporta a la propuesta del analista de trabajar a partir de su palabra. En sujetos que consultan por una misma modalidad adictiva, la función puede ser muy diferente.

UN CASO

Mr. L consulta por una «adicción a las imágenes pornográficas». Directivo de una empresa, se siente desbordado por la compulsión a mirar imágenes homosexuales, no sólo en los momentos libres, sino también en su lugar de trabajo, durante las pausas, en el baño o incluso mientras conduce su vehículo. La pérdida de control en la visión cada vez más intensa de esas imágenes lo impulsa a consultar y viene con una pregunta: ¿por qué esa fijación?

Desde hace años, ha hecho una elección homosexual y vive con su pareja, aunque no tiene relaciones con la frecuencia que desearía; se siente atraído por su partenaire. A través del trabajo en sesión rememora algunos detalles familiares: su hermano mayor, con trastornos psíquicos severos, se masturbaba en su presencia. El hecho de hablar de esta contingencia no tuvo un efecto resolutivo, pero sí aportó al sujeto, a través del trabajo asociativo, la posibilidad de abordar cierta fijación a un goce que lo invade, y de reconocer ciertos significantes que pudieron participar de la elección de las imágenes. Este trabajo asociativo trae una mirada sobre sus prácticas y la compulsión repetitiva a ese tipo goce. El esfuerzo por hablar e interrogarse le aportó cierto alivio y la atenuación del desborde pulsional. Al mismo tiempo, develar cierto sentido no es resolutivo de este tipo de compulsión. Como lo señala J.-A. Miller: «a diferencia del síntoma, el *sinthome* no es correlativo de una revelación, sino de una constatación» y está por fuera del saber y del sentido, dificultad mayor en esta clínica (6).

Queda otro punto central: ¿qué tipo de goce procuran esas imágenes, acceder y realizar fantasmas inconscientes, una satisfacción escópica a través la mirada? La pulsión escópica tiene sus puntos de fijación y un desborde pulsional. Son cuestiones a elucidar.

Como S. Freud lo señala en *La interpretación de los sueños*, siempre habrá un resto imposible de interpretar, «un punto oscuro» (Freud, 1987, p. 446), y ese resto de real por fuera del sentido está presente en la clínica de las *adixiones*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BROUSSE, M. H. "L'expérience des addicts ou le surmoi dans tous ses états", en *Revue La cause du désir*, N° 88, Navarin Éditeur, 2014, pp. 5-6.
FELDMAN, N. "Les lieux de la drogue: l'expérience suisse", en *Revue La cause du désir*, N°88, Navarin Éditeur, 2014, pp. 41-44.
FREUD, S. "L'interprétation des rêves", chapitre VII, Presses universitaires de France, 1987, p. 446.
FREUD, S. "Los tres ensayos para una teoría sexual" (1905), en *Obras completas, tomo II*, Biblioteca Nueva, 1981, pp. 1169-1271.
LACAN, J. "Les complexes familiaux", Navarin Éditeur, 1984.
MILLER, J.-A. "L'Être et l'Un", inédito, 2011.
SINATRA, E. "¿Todo sobre las drogas?", Grama Ediciones, 2010, p. 13-14.